

JOAN  
MARGARIT

PARA  
TENER  
CASA  
HAY QUE  
GANAR  
LA GUERRA



AUSTRAL



# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Nota del autor	
Justificación	
1. El nombre perdido	
2. Un lugar difícil y otro imposible	
3. Diario de guerra	
4. Un mosaico hidráulico	
5. Ni rastro de mi nombre	
6. Tres fotografías	
7. Miseria	
8. Vida civil, oscuridad y alegría	
9. La enfermedad	
10. Tejados junto al río	
11. Jugar en la calle	
12. Soledad, navaja	
13. De repente, el mundo	
14. Instituto Ausiàs March	
15. Trenes, bosques	
16. Religión y política	
17. La isla del tesoro	
18. Final de la inocencia	
19. La segunda isla	
20. Cimientos profundos	
21. Últimos barcos	
Agradecimientos	
Créditos	

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Después de centenares de poemas publicados, Joan Margarit nos ofrece un broche narrativo, un recorrido vital que llega hasta la primera juventud. La intención que lo acompaña es comprender por qué determinados recuerdos siguen presentes, duros y luminosos, sin necesidad de acudir a ningún diario o álbum de familia. ¿Por qué la vida se construye de una manera y no de otra? ¿Por qué Joan Margarit ha escrito los poemas que ha escrito?

JOAN  
MARGARIT

**PARA  
TENER  
CASA  
HAY QUE  
GANAR  
LA GUERRA**

INFANCIA, ADOLESCENCIA,  
PRIMERA JUVENTUD

Traducción de Josep M. Rodríguez



 Planeta

## Biografía

Joan Margarit (Sanaüja, Cataluña, 1938) es el poeta vivo más leído de la literatura catalana. Arquitecto y Catedrático de Cálculo de Estructuras de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. En el ámbito de las letras catalanas se le han concedido los galardones más prestigiosos, como los premios Carles Riba en 1985 y el Premio Nacional de Literatura de la Generalitat de Catalunya en 2008. A nivel español, se le han concedido el Premio Nacional de Poesía y el Rosalía de Castro, ambos en 2008. *Tugs in the Fog*, la primera y extensa antología de su obra en inglés, en versión de Anna Crowe, obtuvo el Poetry Book Society Recommended Translation en 2007. En 2013 se le otorgó en México el Premio Poetas del Mundo Latino, juntamente con el poeta mexicano José Emilio Pacheco. En 2017 recibió en Chile el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda.

El mejor consejo que cualquier maestro le diera alguna vez al poeta que yo intentaba ser se lo escuché —hablando de arquitectura— a José Antonio Coderch: «Una casa no debe ser ni independiente, ni hecha en vano, ni original, ni suntuosa». Siempre he pensado lo mismo de la poesía.

## Justificación

Mis primeros recuerdos tienen esa nitidez con la que a veces nos sorprende la salida del sol. Probablemente, los recuerdos de senectud también la tendrían si me quedara el tiempo suficiente para considerarlos. En realidad, son la puesta de sol. Queda sólo el misterio. El niño aprendió a utilizar la soledad para hacer frente al dolor y al infortunio. Pero a la memoria hay que tratarla con dureza. Como he dicho en algún poema, desconfío del recuerdo, igual que desconfío del sexo, pero los dos me atan a la vida. Uno siempre recela de lo más importante, ésa es nuestra cobardía.

Para escribir este libro —cuyo título coincide con un verso de «Primera noche en Forès», poema de *Se pierde la señal*— me he servido de una hoja de papel donde un día, hace muchos años, mi madre y yo hicimos lo posible por rehacer la secuencia temporal de los movimientos de nuestra familia durante los años de posguerra. También de un breve dietario de mi madre que, a su muerte, mi hermana Esther encontró oculto entre sus cosas. Las pocas fotografías a las que hago referencia las recuerdo lo suficiente como para no tener que volver a mirarlas. A pesar de que no he tenido nunca una memoria demasiado buena, esta pobreza de recursos ha sido intencionada. Hay dos tipos de narrativa basada en los recuerdos: uno, lo que se suele llamar «memorias», trata de recuperar los hechos, movimientos, encuentros, situaciones... Aquí, en cambio, he querido bucear exclusivamente en los recuerdos que han quedado en mi mente, intentando entender por qué están aún ahí. Y qué tienen que ver con la construcción de mis poemas. Porque, ¿de dónde surgen los poemas? Empecé a escribir este libro para buscar alguna señal que explicara o iluminara ese lugar, si es que es un lugar. Los veintiún capítulos que siguen son el epílogo más extenso que he escrito. Un acompañamiento necesario a mi obra poética.

Nací en uno de los tiempos más sórdidos de España. A la una de la madrugada del 11 de mayo de 1938, en plena Guerra Civil. Mi nacimiento tuvo lugar a no muchos kilómetros de donde, hacia el oeste, se acababa de romper el frente de Aragón. Más lejos, en dirección al sur, ya se preparaba la batalla del Ebro, con la que empezaría el avance final del ejército nacional en Cataluña. El 26 de enero cayó Barcelona y el primero de abril terminaba la Guerra, con la derrota de la República. Tenía cuatro años cuando los nazis aprobaron una ley que obligaba a asesinar a cualquier judío que encontraran vivo, sin importar donde lo encontraran. Y a los catorce leí en un diario la muerte de Stalin.

Podría decirse que la única suerte de los que nacimos en aquella época fue que, durante nuestra vida, ya no conoceríamos un país más triste y lóbrego que aquel en el que abrimos los

ojos. Ahora, pasados ochenta años, cuarenta de los cuales bajo aquella dictadura militar, me sumerjo en los primeros años de mi vida pasando con precaución por unos lugares y hechos que, a pesar de no haberlos recordado o vivido directamente, al niño que fui le llegaron sus efectos de una manera tan rápida y directa a través de la familia que son un fundamento del fundamento.

De manera creciente al alcanzarme la senectud, ha aumentado la zona del recuerdo a la que va cubriendo ese velo translúcido que sólo deja pasar vagas luces y sombras, lo justo para que no se rompa la sensación de continuidad. He ido perdiendo precisión en los recuerdos menos necesarios, pero hay recuerdos que, por razones contrarias, se mantienen con más intensidad. Es como si la debilidad de la edad aplicara todas las fuerzas de la memoria a velar por lo que es realmente importante, lo que aún significa algo.

Tengo unos orígenes que se sitúan en torno a los lugares de procedencia de mis dos abuelos y mis dos abuelas. Esto me llevará a escribir de La Cala en el caso de los abuelos maternos, de Sanaüja para mi abuela paterna y del Vallès al buscar el origen de mi abuelo paterno, de quien tengo menos referencias. En los dos primeros capítulos trataré, pues, del Delta del Ebro, de la Alta Segarra y de Castellbisbal, tres lugares donde, a veces con dureza, con saña incluso, comienza mi historia antes de que yo existiera.

## El nombre perdido

Pisé por primera vez las tierras del Delta del Ebro cuando ya tenía nietos. Y no fui por ningún motivo remarcable. ¿Por qué me he sentido siempre tan lejos de mis orígenes maternos? Convoco los nombres: La Cala, Tortosa, Tarragona. Tantas veces oyéndola hablar de esos lugares con aquel acento cerrado que nunca perdió. Si algún vago sentimiento surge dentro de mí es el de una frialdad vecina al miedo. También me ocurre algo parecido con Castellbisbal, de donde era el padre de mi padre. Dos lugares sobre los que el olfato sentimental ya desde muy pequeño me advertía de que lo mejor era no buscar nada por allí. El tercero de los orígenes, la Sanaüja de mi abuela paterna, ha sido la roca a la que, al arrastrarme la riada del tiempo, he podido agarrarme. De ahí que sea el lugar donde empieza mi vida recordada.

Y, sin embargo, que siempre evitara pensar en ello no quiere decir que haya podido anular la influencia, poderosa quizá, de aquellos lugares y de aquellas personas sobre mí. Ahora que ya nadie, ni yo mismo, puede sospechar que el propósito al hablar del pasado más lejano sea mejorar de alguna manera un mañana con el que ya no cuento, puedo aventurarme en esta narración.

De mis visitas al Delta me quedó una sensación de permanente presencia de aire y agua. El agua salada extendiéndose hasta el horizonte, unida siempre a la luz de un cielo tan vasto como sólo he visto desde el Teidvere; el agua dulce cruzando, inundando y moteando una tierra plana, que apenas sobresale de la línea del horizonte del agua. Campos de arroz de un verde rotundo y sensual, extensiones de plantas de unos verdes más humildes y variados, con flores de sorprendente suavidad, una vegetación elegante y resistente cubriendo todo el espacio, desde las grandes ciénagas a la arena de las playas. Y poblando este escenario, las aves de colores brillantes y delicados, grandes como cigüeñas o minúsculas como petirrojos o chorlitos.

Pero ahora imaginemos el Delta del último tercio del siglo XIX y el primer tercio del XX, cuando ya están ahí los imparables cambios estructurales. Ha sido una región fronteriza, con gente llegada de todas partes, con una alta mortalidad a causa del paludismo endémico. Gente que ha vivido del pastoreo, la caza, la pesca o de actividades que van de la extracción de sal, o sosa, hasta el comercio de sanguijuelas, pasando por el cultivo de los campos de arroz desde la apertura, en 1860, del canal de riego de la Derecha del Ebro. Mi abuelo todavía vivía en Tortosa, ciudad donde nació. Si bien, todo apuntaba ya al otro canal, el de la Izquierda del río, que pronto se construiría.

Fue cuando el hombre joven que ya era mi abuelo decidió buscarse la vida y el futuro en La Cala, pueblo de topónimo duro y precioso por el que sus habitantes lo conocieron, al menos hasta la generación de mi madre. Después se impuso el actual nombre, Ametlla de Mar. Mi abuelo abrió allí una tienda que tenía un poco de todo, aunque primaban la ropa y los productos de farmacia, de ahí los nombres con los que popularmente se conocía el establecimiento: Cal Panyero o Cal Farmaciero. Se casará en La Cala con una muchacha procedente, también, de Tortosa. Y tendrán seis hijos, cuatro chicas y dos chicos. El Canal de la Izquierda se termina curiosamente en 1912, el año en que nace su hija menor: mi madre. En aquellas tierras ya ha empezado una revolución económica que incluirá la eliminación del paludismo, su terror ancestral. Entre la inauguración de los dos canales, la población ha crecido de tres a cuatro mil personas, y es el pueblo de Cataluña que tiene la flota más importante dedicada a la pesca del atún.

La pareja formada por el abuelo Josep Consarnau Balfegó y la abuela Trinidad Sabaté Nivera se instala en la casa grande y blanca, de tres pisos, en cuyos bajos han abierto la tienda. Frente al puerto. Nunca nadie me contó de dónde procedían las familias, pero se hace difícil no pensar en la relación entre Consarnau y la población bretona Concarneau teniendo en cuenta que durante siglos las migraciones francesas hacia Cataluña fueron frecuentes. Como ya he apuntado, en La Cala nacieron sus seis descendientes: la primera hija en 1892 y la quinta, Milagros, en 1902. Mi madre llegaría diez años después.

No entré nunca en aquella casa. Recuerdo vagamente haberla visto —pero ya no pertenecía a ningún miembro de nuestra familia— mientras acompañaba a mi madre en el único viaje que hice con ella. Siempre habló con añoranza de su infancia, pero regresó muy pocas veces a su pueblo. Y de sus dos hermanos y dos hermanas vivos sólo llegué a tratar a Milagros, durante un par de años fugaces que duró la buena relación entre ellas. Este enojarse que lleva bruscamente al olvido, cerrando las etapas conflictivas de un portazo, forman parte también de mi carácter: soy nieto de los *pañeros* y *farmaceros*. Suelen ser cuestiones que no acostumbro a tratar con nadie, pero quienes me conocen saben que mi indiferencia es la actitud que disimula el rechazo insoportable de algún nudo sentimental que no sé o no tengo la paciencia o la tolerancia necesaria para poder deshacer, y que termino cortando —o sólo amenazo con hacerlo— en seco.

De aquella casa, que ya hace mucho tiempo que no existe, me llegan una limpieza y un orden que rayan peligrosamente con la violencia, pero que a la vez son responsables de una fortaleza imprescindible para la supervivencia como poeta. Una supervivencia de largo alcance que tiene mucho que ver con cuestiones que sólo en apariencia están lejos de la poesía, precipicios familiares, profesionales, sexuales, la fuerza para vivir con dos hijas muertas. Los poemas viven y surgen siempre entre cosas así.

Josep y Trinitat eran más viejos que mis abuelos paternos, y no los recuerdo. Quizá por eso mi madre me hablaba de ellos siempre que podía, para compensar la ventaja abrumadora de la familia de mi padre, mucho más reducida pero la única presente en mi infancia. Las fotografías de Josep Consarnau muestran a un hombre tan convencido de lo que debía hacer en la vida como de lo que no. Quién sabe si de ahí procedía esa tristeza oculta que uno descubre al contemplar su retrato con atención. Las fotografías de Trinitat Sabaté son las de una mujer menuda, con unas gafas también pequeñas y una cara seca y tensa, muy lejos de la sonrisa. Eran gente adusta —«no

se reían nunca», solía decir mi padre—, conservadora y exigente. Pero a mi padre se le escaparon otros aspectos, por ejemplo, la imagen cariñosa que mi madre guardaba de aquel hombre. Ella era un juguete tardío que llegó a una casa donde había ya poco lugar para la permisividad y el desorden. Su padre, entrado en años, se permitió con aquella niña debilidades sentimentales que no se había permitido con sus otros hijos. Por eso, en su juventud, mi madre fue una mezcla de la dureza propia de La Cala con la inocencia e incluso un cierto temperamento caprichoso de la chica que de alguna manera ha sido consentida, razón que explica en parte su mala o inexistente relación con sus hermanos. Pero a las dos últimas chicas, Milagros y Trini, la pareja de Cal Pañero las obligó a estudiar para maestras. La familia se trasladó a Tarragona con ese fin. Hoy llevan el nombre de la mayor una calle y un Grupo Escolar de l'Hospitalet de Llobregat que ella dirigió.

Durante la Guerra Civil, por miedo a que alguno de los comandos anarquistas o comunistas que actuaban en la zona republicana pudiera presentarse en su casa de Tarragona, mis abuelos se trasladan a Barcelona, a la casa de Milagros, en la calle Calàbria, entre Diputació y Consell de Cent, que había sido el piso de un hermano de la abuela —«el tío cura», le llamaba mi madre— que ya había huido. A dicho religioso, precisamente, fue a buscar uno de esos comandos de la FAI —la Federación Anarquista Ibérica— y, al no encontrarlo, interrogaron a mi abuelo. El Panyero no se limitó a decirles que no sabía dónde estaba, lo cual era verdad, sino que les soltó: «¡Y si lo supiera tampoco os lo diría!». Así que se lo llevaron a él y lo encerraron en una *checa*, una de las temidas cárceles de las milicias comunistas, la de la calle San Elías. La habían organizado habilitando una escuela que tenía en medio del patio un pozo que habían llenado de cal viva. Él mismo le contó a mi madre que cada noche arrojaban allí a un preso. El abuelo Consarnau, que entró allí con el pelo negro, salió cano por completo. Mi madre me llevó de visita a la *checa* cuando tenía tan sólo unos meses para que me conociera. La hija consentida, convertida ya en una mujer angustiada, y su padre envejecido prematuramente y sin fuerzas. Los dos desarbolados por el huracán de la Guerra Civil. Soltaron a mi abuelo unos meses después de aquella dramática reunión familiar, pero murió enseguida.

Resulta extraño no recordar un hecho tan terrible protagonizado por uno mismo. Llevo toda la vida dándole vueltas a este episodio y, de hecho, cuando aún existía aquella escuela —ahora ya sólo queda la iglesia que estaba justo al lado— alguna vez me acerqué hasta allí expresamente. Me pregunto si aquel hombre, al ver a su hija pequeña con una criatura que él no vería crecer, se llegó a arrepentir del instante de violencia de su carácter. Ahora que soy más viejo de lo que él era entonces, me doy cuenta de que también he sentido esa furia, ese pronto. Si ya no he estado a tiempo de evitarlo, siempre me he arrepentido y, a menudo, avergonzado. Y, sin embargo, en ocasiones, preso de esa alteración de ánimo, he empezado a vislumbrar un poema.

Mi madre era una mujer bajita. Solía repetir un proverbio catalán: «En el bote pequeño está la buena confitura», a lo que mi padre replicaba de forma inmediata: «Y también el peor veneno». Mi madre era bajita, sí, pero bien proporcionada. Con una cara atractiva, de grandes ojos, brillantes y oscuros, y un cuerpo sensual en el que destacaba la altivez de sus pechos. Tenía la vitalidad —que se tornaba en rabia si era necesario— de las personas del Bajo Ebro, pero los miedos y sufrimientos provocados por la guerra la habían hecho más dura y más conservadora.

Nunca creyó en nada que no se sustentara en las estructuras de autoridad moral en las que había sido educada. Hasta el punto de que, para ella, la religión estaba al servicio de la moral, y no al revés.

El desencuentro y el posterior distanciamiento con su hermana Milagros estuvieron relacionados con la herencia de aquel *tío cura*. A mis diez o doce años hicieron las paces. Recuerdo haber pasado alguna tarde en la calle Calàbria, en aquel piso grande y gélido en el que mi tía vivía con su marido, el piso donde habían detenido a mi abuelo durante la guerra. A su marido lo recuerdo tranquilo, gordo y cordial. Era violinista, aunque sólo tocaba en la iglesia. Mi padre se reía de él, lo llamaba *Il Tocatori de Milano*. En cuanto a mi tía, tenía la misma vena implacable de mi madre, pero su dureza era una dureza en bruto, sin pulir. Quizá porque no tuvo hijos.

Además de a mi tía Milagros, también conocí, pero muy de pasada, a uno de los hermanos de mi madre. Yo era un muchacho y fue una visita breve. Recuerdo que era un piso insalubre de la calle del Carme, al que se llegaba por una escalera terriblemente estrecha y oscura. Fuimos allí porque se estaba muriendo. Era poco más que un esqueleto de piel pálida tumbado en la cama. A su lado, su mujer. Más joven. Suspirando continuamente con tristeza pero conformidad. Una escena de Dostoievski. Mi relación con aquella familia termina, en esa misma época, con un hijo de su otro hermano que se había ido a París a trabajar de modisto y que, según decía mi madre, «se había casado con una francesa». No añadía nada más. Mi padre me contó que la primera vez que fue a casa de los padres de su prometida, aquella casa de La Cala frente al puerto, se topó en la puerta precisamente con él, que cargaba una máquina de coser en el hombro e iba gritando invectivas contra la familia y proclamando que se iba y que no volvería nunca. Pues bien, un hijo de ese personaje apareció un día por casa. Fue el único primo que conocí de aquella familia de cinco hermanos. El joven había sido o era drogadicto. Delgado, pálido y de trato afable. Mi madre hizo alguna gestión para ayudarlo a entrar en el cuerpo de la policía municipal de Barcelona. Luego solía venir a casa de uniforme y ella siempre trataba de sobrealimentarlo durante las horas que duraba su visita. Muy poco después murió de tuberculosis.

La familia que veía tras la figura de mi madre me dio siempre, por una parte, una imagen de frialdad, pero, por otra, una sensación de empuje que tenía un punto de locura: la locura que mi madre dominó siempre con mano de hierro, con la severidad que era el eje con el que su padre y su madre educaron a aquella maestra, que llevaba el nombre de su madre porque la primogénita, otra Trini, había muerto a los pocos meses hacía muchos años, y cuyo nombre recuperaron para aquella pequeña hermana con la que ya nadie contaba.

El mar de La Cala se teñía de sangre en la gran fiesta anual de los atunes, acorralados en la Aladraba, bajo la mirada entusiasta de grandes y pequeños. De niña, mi madre no se la perdió nunca. Era el recuerdo más resplandeciente y, a la vez, sobrecogedor de su infancia. Ella, que jamás se cuestionó lo que le habían enseñado, en un momento de debilidad —sus hijos ya éramos mayores y vivíamos fuera de casa— nos contó que nadie, ni siquiera su madre, le había advertido sobre lo que iba a suceder en la noche de bodas, añadiendo con repentina dureza: «ni falta que hacía». Y, por supuesto, en ningún momento llegó a sospechar que aquel Delta, quiero decir, la parte que yo llevaba dentro, pudiera llegar a convertirse en poema. Y eso que la mandaron a

estudiar a la Escuela de Maestros de Tarragona, donde, además de libros de pedagogía y de las novelas —que ya nunca dejaría de leer—, descubrió la poesía.

Al pensar en la rama materna de mi familia intuyo el misterio de la palabra «ancestros». Pesan dentro de mí, aunque apenas conserve un extraño recuerdo, casi sin rostro, de las personas. Me queda el relato del abuelo Consarnau, su rudeza y su seriedad inflexible. Y el de la rabia contenida de mi abuela, provocada por la falta de amor y por ese enorme agujero del miedo que debía taparse a toda costa mediante el orden. Cuentan que el Delta se pobló con exconvictos: fortaleza y dolor y miedo. Sentimientos reprimidos hasta casi hacerlos desaparecer, la mala fe del silencio. También en mi madre. Pero haber sido la hija pequeña, a tanta distancia de sus hermanos y hermanas, le permitió escapar mínimamente de la dureza de aquella casa. Sin embargo, ya en su vejez, todavía recordaba el esfuerzo hasta las lágrimas que le suponía lavar los platos de aquella numerosa familia siendo una niña tan pequeña que tenía que subirse a una silla para llegar al fregadero. Cómo muchas veces lloraba de impotencia ante aquella responsabilidad impuesta por su madre en un territorio, la cocina, donde la ternura de su padre no podía protegerla.

Mi madre arrastró esas carencias afectivas a su propio núcleo familiar. Siempre tuvo dificultad para expresar afecto. Tenía una colección de gestos —apretarte con fuerza la mano, mirarte a los ojos mientras te dedicaba algún cariñoso adjetivo, traerte un pequeño ramo de tomillo de algún sitio en el que antes había estado contigo para que así supieras que se había acordado de ti o, ya de mayor, darle dinero casi a escondidas a sus nietos—, a pesar de los cuales, nunca logró mostrar su amor con naturalidad, siempre se notaba el esfuerzo que hacía, cuánto le costaba expresar sus sentimientos. Ahora me doy cuenta de lo desgraciada que debió de sentirse, sacrificándose y trabajando hasta la vejez, menos pendiente de sí misma que del bienestar de su marido, su hijo y sus dos hijas. Con unos recursos que eran la antítesis de los de su suegra, mi otra abuela, una mujer que desde los doce años se dedicó a cuidar de los demás y de la que no conservo ningún momento digno de mención: su afecto fluía como un río, de forma natural pero imparabile, sin esfuerzos concretos ni manifestaciones ejemplares.

Siempre pensé que existía una relación directa entre el amor que te dan y el que recibes. Pero al reflexionar desde la senectud sobre la vida de mi madre, me doy cuenta de que este planteamiento es simplista, porque fueron muchas las veces que confundí su torpeza con desamor. Ella me quiso con toda su alma, por más que no supiera expresármelo. Y los dos sufrimos por ese motivo. Las circunstancias familiares y las constantes separaciones a las que nos obligó la guerra tampoco ayudaron. Me pregunto, ahora, si no sufro también esa carencia para expresar amor. ¿No responde mi poesía a dicha dificultad para transmitir afecto? Tal vez el hecho de querernos sea menos natural de lo que nuestra cultura nos hace suponer. Me cuesta interpretar el mandamiento: «Amaos los unos a los otros» más allá de una norma moral, demasiado práctica si cabe. Y que uno cumple como puede y cuando puede, normalmente en el entorno de su familia. Fuera de ese núcleo, el sentimiento se difumina hacia sinónimos de menos voltaje como *amistad* o *afecto*. Quizá el orden moral dice *amor* con la esperanza de alcanzar algún sinónimo que se le acerque, a pesar de quedar muy lejos. El moralista es siempre un desgraciado.

La tranquilidad interior tiene mucho que ver con el amor que has recibido y con el que has sido capaz de dar en cada una de las particulares circunstancias en las que se ha ido desarrollando

la vida. Y esto está relacionado también con la poesía, con las razones que justifican la necesidad imperiosa de cualquier artista por crear. En el hecho poético participan el poema, el poeta y el lector. Quien escribe el poema y quien lo lee son dos personas desconocidas, pero con una relación silenciosa mucho más intensa de la que tenemos con algunas personas cercanas. Es lo máximo que me he podido acercar a aquel «ama a los otros», al prójimo, otra palabra de dudoso significado.

Mientras escribo este relato, La Cala —ya, definitivamente, Ametlla de Mar— es una población de unos siete mil habitantes. El sector servicios, centrado en el turismo principalmente, representa más del 70 % de la actividad económica. La pesca ya sólo el 10 %.

## Un lugar difícil y otro imposible

Mis primeros recuerdos empiezan en Sanaüja, con tres o cuatro años. Ahora es un pueblo que no llega a quinientos habitantes, pero antes de empezar la Guerra Civil tenía más de mil. La migración que llegó de tierras francesas hizo crecer la población en el siglo XVII. Debió de ser por entonces cuando se asentaron mis antepasados, a juzgar por la inscripción que todavía hoy puede leerse sobre el portal de la casa donde nací: 1685. Aquella casa era conocida como Cal Nosa, que en realidad es una abreviatura de Ca l'Avellanosa. Aún hoy resiste el paso del tiempo en la estrecha calle Escots. Recuerdo que al entrar me topaba con un carro que llevaba años sin usarse. Y, en el primer rellano, con una letrina de madera. Si levantabas la tapa, dejaba ver un agujero que daba directamente al establo inferior, donde llegó a haber una mula. De niño me sentaba allí y, como mis pies no tocaban el suelo, tenía miedo de caerme dentro. La casa también tenía un patio trasero, con la pocilga del cerdo, las jaulas de los conejos y el corral de las gallinas. Todo viejo y destartado. Y ya sólo había conejos. En el piso superior, la cocina con su hogar. Mi cuarto daba allí y como no tenía ventilación propia, en invierno dejaban abierta la puerta para que me alcanzara el calor del fuego.

En mi casa nadie hablaba del pasado. Todo lo que sé de aquellos ancestros que llegaron a Sanaüja empujados por la hambruna se reduce a dos historias que me contó mi abuela. La primera se remonta tres o cuatro generaciones y guarda relación con un hombre que hacía de porteador en solitario, con una o varias mulas. Sin carro. Llevaba vino hasta Andorra y volvía cargado de carbón. El otro personaje que mi abuela rescató del olvido fue a la hermana —quizá la hija— de dicho porteador. Una víctima trágica de las guerras carlistas. Fue fusilada por espía en una de las incursiones de los soldados. Si bien, en aquella Cataluña, el sustantivo catalán *soldat* no aclara gran cosa. Una vaguedad lingüística que no es inocua, pues oculta un dato importante en la interpretación de nuestras penalidades históricas. Los catalanes llevamos a cabo el extraordinario cometido de preservar una lengua y, más difícil aún, el alto nivel de su cultura a pesar de estar situados entre dos, históricamente, grandes Estados. No sé de ningún otro pueblo que haya sobrevivido en semejantes condiciones. Pero una vez hecho lo más complicado en apariencia, no fuimos capaces de algo que muchos pueblos consiguieron a lo largo de los últimos siglos, a veces en unas condiciones más adversas que las nuestras: constituir un Estado propio. Parece que la articulación de una Administración o de un ejército nunca estuvo entre nuestros intereses. La

palabra *soldat* vale tanto para soldado raso como para coronel. En cualquier caso, digamos que unos soldados regulares —no sé si del bando carlista o del bando liberal— pensaron que aquella humilde campesina de un pueblo de la Segarra espiaba, a saber qué, para el enemigo y, con tétrica solemnidad militar, la fusilaron contra el muro del cementerio.

Mi abuela debió de pasar mucho miedo durante la época siempre violenta que le tocó vivir. Especialmente durante los tres años que duró la contienda. Había nacido en 1879 y se llamaba Lola Serradell Torres. Me contó que, cuando era niña, en aquellos pueblos de la Cataluña interior, todavía se vivían los últimos coletazos de las guerras carlistas, a pesar de que oficialmente el enfrentamiento ya había terminado. De noche oía desde la cama las peleas, los gritos y las persecuciones entre jóvenes de ambos bandos que se esperaban en la oscuridad de las calles sin iluminar del pueblo. Y era habitual encontrarse heridos o incluso algún cadáver al amanecer. Ese conflicto subterráneo entre el conservadurismo y el liberalismo terminaría desembocando en la Guerra Civil.

Cuando mi abuela tenía doce años, la inseguridad latente y la pobreza provocaron que su familia la enviara a Barcelona, a trabajar como criada. Entró en casa de una familia de banqueros que vivían en la calle Ample. Los Miquel i Planas. La trataron bien y trabó amistad con una de las hijas, que tenía su edad. Se llamaba Leonor. Una relación importante, el único foco de ternura que tendría hasta que conoció a mi abuelo y formó su propia familia. Una amistad que duró toda la vida. Recuerdo que yo debía tener doce o trece años cuando, una tarde, me llevó al piso de Leonor, en el Eixample. Quería presentarle a su nieto. Estaba orgullosa de que fuera al instituto. Y así fui testigo de la cordialidad y el calor entre aquellas dos mujeres, a las que contemplaba satisfecho mientras me tomaba una taza de chocolate.

En Barcelona también fue donde mi abuela conoció a mi abuelo. Él era de Castellbisbal, una tierra más rica y fértil que La Segarra, cuya proximidad a la urbe —sólo veinte kilómetros las separan— facilitó el contacto con esa fuerza irrefrenable que es el progreso. Mi abuelo, Joan Margarit Rabella, nació en 1881 y era hijo de una de las mejores familias del pueblo —allí todavía existe la espléndida masía Can Margarit, hoy convertida en un centro cívico—, pero su padre lo perdió todo jugando a las cartas. Así que no le quedó más remedio que emprender el camino a pie hasta la ciudad, con un hatillo al hombro. Tenía catorce años. En Barcelona empezó a trabajar descargando mercancías en el Mercado Central del Born. La imagen que conservo de él es la de un hombre de pelo blanco, nariz aguileña y peinado con la raya perfecta. Un viejo apuesto que caminaba erguido y con la cabeza alta. Sin embargo, al hablar con él, te dabas cuenta de que su empuje se había terminado. De aquel primer impacto, que lo hizo despertar de forma repentina y triste a la vida adulta, a la Guerra Civil, que lo condenó de nuevo a la pobreza. Su vida no fue fácil. Y no obstante siempre me dedicó palabras cariñosas y una amable atención, a pesar de sus temores y sus pocas esperanzas.

Nunca lo oí hablar de sus padres. Ni de su vida en aquella casa familiar que siento tan lejana. La verdad es que poco puedo decir de él, y eso que lo traté hasta su muerte: aquel día yo era un adolescente igual que lo era él cuando abandonó para siempre su casa. Más de tres décadas después viajaba con mi mujer y mis hijos y nos detuvimos en un área de servicio cerca de Igualada. Allí, en la figura de un camarero de la cafetería, me pareció reconocer a mi abuelo.

Confieso que me emocioné. Y, desde entonces, siempre que regresábamos, lo primero que hacía era buscar con los ojos a aquel hombre. Sin embargo, no recuerdo más que conversaciones generales con mi abuelo, conversaciones alejadas de su propia intimidad. Nunca hacía referencia a su vida anterior. Y mis padres tampoco supieron contarme nada. Me pregunto si en su fracaso por intentar escapar de esa indignidad en la que se encontró a los catorce años no estaba el mismo maleficio que llevó a su padre a perderlo todo. Algún tipo de carencia profunda. Un agujero negro que los absorbía. Una fuerza que mi padre intentó neutralizar con unas herramientas equivocadas —la poesía, la pintura y la filosofía— que nunca manejó con destreza. Y era un buen arquitecto, aunque con poca fe en él mismo.

He aprendido a utilizar esa fuerza oscura en mis poemas. Probablemente fui el primero en identificarla y utilizarla en beneficio propio. Por eso estoy tan agradecido al silencio de mi abuelo. El silencio de un huérfano de pelo cano que siempre ocultó su orfandad. Mi abuela y él llevaban una misma herida: la infancia. Ambos abandonados a su suerte en Barcelona con doce y catorce años. Exactamente igual que aquella canción que mi hija Mónica cantaba feliz en su infancia y que podría traducirse:

*Iremos a Barcelona, donde a nadie conocemos,  
tú para hacer de criada y yo de mozo de cuerda.*

Mi abuela trabajó de criada hasta que se casó. Mi abuelo a los catorce ya trabaja como mozo de cuerda. Después tuvieron otros trabajos, pero la pobreza siempre los tuvo cogidos igual que un perro que ha clavado los dientes en su presa y no la quiere soltar.

Cal Nosa, Can Margarit y Cal Panyero tienen historias de pérdida. Y mi generación es la primera en la que ninguna de las tres casas pertenece a la familia. En algún lugar de mi poesía debe de estar esa sensación de último eslabón de una cadena. El final de una época. He transmitido a mis hijos muy poco de aquel mundo rural. Un mundo que ellos olvidarán sin problemas, pero que forma parte de mi escritura. La pérdida recorre de un extremo a otro mis poemas. Ése es mi verdadero punto de partida.

Veintidós meses antes de que yo naciera estalló la Guerra Civil. El abuelo y la abuela ya habían tenido, sucesivamente, un restaurante en la plaza Reial, una pensión en la calle del Carme —«para empleados de comercio», solía decir ella— y una lechería en la calle Mallorca, por entonces una calle sin pavimentar, donde los muchachos jugaban a pelota.

A comienzos de 1936, mi abuelo trabajaba de encargado en una pequeña fábrica de galletas. El matrimonio vivía con sus dos hijos en un piso de alquiler situado en la avenida Mistral. Mi padre tenía veintiocho años. Su hermano, Lluís, veintidós. Eran altos como su padre, pero sin su nariz aguileña. Mi abuelo era un hombre que estaba dispuesto a sacrificar el presente por un mañana mejor. Empujó a sus hijos a estudiar en la universidad, buscando así el salto en la escala social, el objetivo último que se había impuesto para ellos. Mi abuela, en cambio, nunca manejó tantas ambiciones: le bastaba con que los estudios sirvieran para «entrar a trabajar en un banco».

Los dos hermanos tenían personalidades muy distintas. Mi padre, de cabellos muy negros, la mansedumbre de su madre y la apariencia de su padre, aceptó el camino que éste le marcaba. Se

convirtió en un hombre culto e inteligente cargado con todas las contradicciones que procedían de una pobreza que sintió siempre humillante. Odiaba a *los señores* pero quería ser *un señor*. Alguien con demasiados miedos y resentimientos como para no desconfiar de la vida.

Estos problemas se le exacerbaban estudiando arquitectura. Por entonces era una carrera muy elitista. Con un examen de ingreso absurdamente largo y difícil. Por ejemplo, los exámenes de dibujo solían aprobarlos en cada convocatoria ocho o diez de los doscientos o trescientos candidatos. Todo esto servía para mantener la profesión entre los miembros de las clases altas.

Mi padre nunca dejó que ningún compañero de estudios fuera a su casa. Ocultaba su familia a la gente de clase superior que iba conociendo. Fue presidente de la Asociación de Alumnos, de ideología socialista: asistía al claustro de la escuela (el primer representante estudiantil admitido) y presentó a Josep Puig i Cadafalch, el arquitecto, presidente de la Mancomunidad y diputado por la Lliga Catalanista, y a Jaume Aiguader, entonces alcalde de Barcelona, de Esquerra Republicana, en un ciclo de conferencias sobre la vivienda obrera.

Cabe añadir un hecho puntual importante que lo había marcado en cuerpo y alma. Siendo un niño de meses y estando su madre manejando una sartén con una mano mientras lo sostenía en brazos con la otra, cayó hacia adelante con su cara sobre el aceite hirviendo. Mi padre tenía una gran cicatriz que abarcaba la parte izquierda del labio superior, de la nariz y de parte de la mejilla. Yo, acostumbrado a verlo siempre así, no era consciente de ello. Hasta que un día un amigo me preguntó: «¿Qué le pasó a tu padre en la cara?». Fue como si de repente descubriera a un hombre del que ignoraba muchas cosas y cuya principal característica física —con profundas raíces sentimentales— hubiera dejado de ser evidente por el hecho de ser mi padre.

Mis padres compraron un piso en la calle Pintor Fortuny en 1960. Allí vivieron hasta su muerte. Desde casa se veía la galería del piso donde había estado la pensión de mis abuelos —todavía con el mismo aspecto miserable— y muchas veces sorprendía a mi padre mirando en silencio hacia aquellas traseras dejadas y penosas, tan lejanas y cercanas a la vez.

Mi tío Lluís, alto, cabello y bigote negros, piel olivácea y tersa, ojos centelleantes. Era el favorito de su madre y totalmente partidario de sus tesis de modestia. Con una belleza un poco cinematográfica al modo de Clark Gable, era más alegre que su hermano mayor, el cual siempre lo consideró alocado y poco fiable aunque en secreto le envidiara la valentía. Lógicamente, mi tío consideraba demasiado serio y creído a mi padre, y le reprochaba la poca disposición a arriesgarse. Estudió mecánica en la Escuela del Trabajo y todo el mundo le atribuía unas manos de oro para imaginar, articular o reparar cualquier tipo de ingenio, al contrario de mi padre, que era lo que se dice un manazas.

Mi padre tenía un concepto idealista, en el sentido de irreal del amor sexual, mientras que lo que pensaba mi tío queda bien claro en lo que una vez —yo tendría unos catorce años— me dijo para explicarme lo que él consideraba la gran ventaja de los hombres sobre las mujeres: «Nosotros nos levantamos, nos abrochamos los pantalones y nos vamos. Ellas se quedan en la cama». Ni que decir tiene que el más exitoso con las mujeres fue siempre Lluís.

Nunca coincidieron en casi nada, pero siempre se quisieron y se ayudaron. Al acercarse ambos a los ochenta, mi padre tenía una finca agrícola en Tamarite de Litera, en Huesca. Solían ir juntos desde Barcelona y conducía siempre Lluís, y era cómico verlos discutir por todo y al mayor

regañar al más joven, y al joven rebelarse primero y obedecer después, pero a la vez emocionaba ver cómo se necesitaban, cómo compartían el sentimiento de ser los últimos miembros de aquella familia.

## 3

### Diario de guerra

Mi padre se llamaba Joan y mi madre Trinitat, aunque todo el mundo se refería a ella como Trini. Se conocieron en 1929, a través del correo de los lectores de una revista. Ella escribió solicitando correspondencia con alguien a quien le interesara la poesía. Así comenzó una relación que los llevaría a casarse siete años después, cuando ella ya tenía el título de magisterio. A él le faltaba sólo el último curso de arquitectura y daba clases particulares a compañeros más jóvenes. Uno de ellos se apellidaba Mangraner y era hijo de una familia de Tortosa que le encargó a mi padre, a pesar de no haber terminado aún la carrera, la instalación de la calefacción y el proyecto de remodelación del edificio donde vivían. Un cometido que, sumado a las clases particulares y al sueldo de maestra de mi madre, les permitió alquilar un pequeño chalé en el barrio de Sant Gervasi.

Se casaron el 27 de abril de 1936 en la iglesia de Santa Mónica y después las dos familias se fueron a desayunar a la chocolatería de la calle Petritxol. Sin conocer este antecedente, veintisiete años más tarde, Mariona Ribalta y yo desayunaremos en la misma chocolatería después de casarnos. A mí también me faltará un curso para acabar arquitectura. Mi padre no quiso asistir a nuestra boda.

De su viaje de novios por Castilla, los dos solían recordar el desfile del Primero de Mayo en Salamanca. Los impresionó la imagen de una mujer embarazada, con el puño en alto, y el gran fondo de banderas rojas. Después de pasar un día en Ávila y otro en Segovia, tuvieron que adelantar su regreso a Barcelona por un ataque de estreñimiento de mi padre. Llegaron tres días antes de lo previsto al chalé que habían alquilado justo antes de salir de viaje, y se lo encontraron aún sin muebles. Así que esa noche y la siguiente tuvieron que dormir en el suelo. El 18 de julio, al volver de darse un baño en la playa de Castelldefels, se enteraron de que había estallado la Guerra Civil. El ejército republicano no tardó en llamar a filas al tío Lluís. Mis abuelos dejaron su piso de alquiler de la avenida Mistral para irse a vivir con mis padres y muy pronto se sumó mi tía Sara, la mujer de Lluís.

Cuando los nacionales bombardearon Barcelona, mi padre habilitó el hueco de la escalera — el lugar estructuralmente más rígido— para guarecerse durante las alarmas y no tener que salir a los refugios. Llamaron a filas a los de su quinta y decide no presentarse. A partir de ese momento y durante la primera parte de la guerra, la familia se dividirá: mi abuela y mi tía Sara se irán con él

a Sanaüja, mientras mi madre —que trabaja de maestra en Rubí— y mi abuelo, que continúa en la fábrica de galletas, vivirán entre Sanaüja y Barcelona en función de sus respectivos empleos, cada vez más precarios.

Mi padre vivirá oculto en Sanaüja desde el verano de 1936 hasta la primavera de 1938. Su desertión se organiza cuidadosamente: vive en la cabaña de la viña y a los amigos y a la gente del pueblo se les dice que está en Valencia. Desde aquella ciudad llegan cartas que parecen enviadas por él mismo, un montaje tramado por Lluís. Pero pronto aumenta el número de soldados de paso por Sanaüja y los pueblos de los alrededores. Pertenecen a las tropas de los frentes de Aragón y del Ebro, donde la intensidad de los combates crece día a día. Algunos cruzan por la viña. Si mi madre está en el pueblo, pasa la mayor parte del tiempo en la barraca. A veces incluso prepara un par de huevos fritos para aquellos hombres, a los que pide información sobre el devenir de la guerra. Mi padre escucha cuanto puede, escondido debajo de un camastro. La cabaña va dejando de ser un lugar seguro, así que un atardecer de luz dudosa sale de ella un hombre joven con aspecto de anciano. Lleva los cabellos espolvoreados con harina para darle aspecto canoso y carga con un gran saco de hierba que le oculta la cara. Se dirige a Cal Nosa, donde se ocultará en el desván.

En una carta de octubre de 1937, Joan escribe a su querida Trini, embarazada de mí desde el verano:

Me aterroriza pensar lo que puede sucederte. Hoy domingo, muy temprano, ha llegado gente del pueblo a decirle a la mama [mi abuela] que en Barcelona ha tenido lugar una gran batalla entre los antiaéreos y la aviación enemiga. Ahora cada día será peor, porque, por lo visto, los de aquí también bombardean Zaragoza, Palma, Granada. Pobre hijo nuestro, en qué ambiente se gesta. Y cuánto peligro corres tú.

Mi madre se va a Sanaüja con mi padre siempre que puede. Los regresos son tristes para ella. En el diario que mi hermana Esther encontró tras su muerte había anotado:

El viaje ha sido bastante bueno pero muy amargo desde el punto de vista sentimental. Llego a Barcelona a las cinco y media. Al avistar la ciudad siento asco, inquietud y un temor tan grande que si fuera posible volvería atrás. Desde la misma terminal de autobuses telefono al papa [así llama a su suegro], que viene a recogerme y me deja sorprendida al decirme que Lluís está en casa desde el martes. Llegamos y me encuentro que no es él el único huésped: la malaputa está también en nuestra casa (ahora oigo que abre el papa y dejo de escribir).

La «malaputa» no sé quién era porque la mujer de Lluís seguía en Sanaüja. Mi tío siempre tuvo una vida sentimental complicada.

La casa está helada y triste. No hay gas. He encendido la cocina y preparo una sopa de pan.

Por la tarde, mientras estaba cosiendo, la radio ha interrumpido la emisión: «¡Atención ciudadanos!». Y otra vez las sirenas. Por suerte, sin detonaciones. La alarma ha durado una hora.

Ha sido una noche larga por el temor a otro bombardeo. A las siete en punto, cuando me vestía, se han oído varias explosiones, pero no han sonado las sirenas. Mientras me peinaba y el papa acababa de levantarse, han vuelto las bombas, esta vez más crueles. Apresuradamente nos hemos puesto a cubierto bajo la escalera.

A la una, al acabar la colada, me disponía a trocear leña para encender la cocina, ¡y otra vez! Una serie de bombas y otra de cañonazos. El miedo me ha hecho llorar. Dicen que ha sido muy grave. Que han caído cerca de

la calle Calàbria y de la casa de mi madre.

Los bombardeos aumentan en frecuencia e intensidad. La empresa en la que trabaja mi abuelo cierra. Mi madre está de más de ocho meses. A partir de la primavera de 1938, ninguno de los dos se mueve ya de Sanaüja. A pocos kilómetros, acantonada en Torà, hay una compañía regular del ejército republicano a las órdenes del comandante Ferran Larrosa, compañero de curso y amigo de mi padre. Sabedor de que su familia era de Sanaüja, se presenta en Cal Nosa y habla con mi abuela, que le cuenta que mi padre estaba en Valencia. Él no la cree y, al levantarse para irse, le dice: «Cuando vea a Joan, dígame que, en estas circunstancias, estará mucho más seguro dentro de mi compañía que en cualquier otro lugar. Que venga y se presente, lo estaré esperando».

Al día siguiente mi padre abandona su desván y se incorpora a la compañía del comandante Larrosa. En la casa de Sanaüja se quedan mis abuelos con mi tía Sara y mi madre. Esto empeora las cosas para ella. Hasta ahora, iba a Sanaüja con la seguridad de encontrar a mi padre. Desde hace una semana él ya no está y ella se angustia porque no tiene noticias y no sabe cómo se ha resuelto su situación militar. Ni siquiera sabe si sigue en Torà. Pero mi padre, desde la unidad de fortificaciones del comandante Larrosa, pronto hallará la forma de salvar los doce kilómetros que lo separan de Sanaüja y visitar a su mujer. A ella le preocupa dónde nacerá el niño. Quiere tenerlo en una clínica de Barcelona, aunque sabe que la dificultad para trasladarse es cada vez mayor. Se consuela con lo que considera casi un milagro: que Joan se haya salvado del grave peligro de continuar como desertor. Aunque sufre todavía porque él no tiene los documentos militares en regla.

Sale de cuentas. Está asustada por la falta de atención médica, ya que considera al titular del pueblo «un borracho» y desea, por encima de todo, dar a luz en una clínica. Tiene tanto miedo que cada mañana, cargando con una maleta que lleva preparada varios meses, mi abuela o Sara la acompañan a la carretera a la hora que pasa el autobús. Ellas saben que la proximidad de la guerra los ha dejado aislados. Pero así, manteniendo y perdiendo la esperanza cada día, ayudan a mi madre a llegar hasta el anochecer del 10 de mayo de 1938:

Un paseo con Sara por el pueblo: oscuro y lleno de barro por tantos días de lluvia, la plaza llena de soldados... Uno que toca la armónica, el otro que canta, silencio, la mayoría escucha. Casi no hay nadie en la calle. Llegamos a casa y comienzo a sentir dolores que van en aumento. Crece mi desamparo sin Joan. La comadrona tardará en llegar porque viene de Manresa, y la mama va a buscar a Antònia, una mujer del pueblo, sin estudios, que ayuda en los partos. Sara telefona a Torà y, a las nueve y media, llegan el médico militar, el practicante y el hermano de Larrosa, pero Joan no. Ningún hombre me ha visto nunca así aparte de él, y me da vergüenza. El médico comenta que el parto se presenta normal, pero faltan algunas horas. Recomienda que lo avisemos de madrugada si el niño no ha salido y regresa a su unidad.

Ha venido Antònia: tiene una enfermedad nerviosa y, cada vez que se acerca a la cama, me horroriza. A pesar de mis protestas me introduce sus dedos de uñas sucias. A media tarde, llega la comadrona titular, la señora Maria, pero aún no he roto aguas. Pregunto por Joan y ruego que lo llamen. Imagino que le ha sucedido algo y no quieren decírmelo. No entiendo que no esté aquí conmigo.

A las once de la noche tengo dolores más fuertes. La mama por un lado y Sara por el otro me sostienen en la cama. Intento empujar con todas mis fuerzas, aunque me estoy agotando, no puedo soportar tener las piernas tan abiertas. Por fin, en medio de un dolor muy fuerte siento un gran chasquido: he roto aguas. La criatura no puede tardar más de unas horas, porque hay peligro de que se ahogue. Los dolores siguen en aumento, vomito cada vez

con más intensidad. De pronto siento los piececitos que se apuntalan en mi estómago, como si lo estrujaran, y convierto los gritos en un largo gemido. La comadrona está tranquila porque el parto avanza con normalidad, pero el niño es grande y debo empujar más. Hacia las doce entran en el cuarto el médico militar y Joan. No tengo fuerzas para decirle nada. Nos miramos en silencio. Enseguida lo hacen salir. El único hombre que se queda en el cuarto es el médico.

Nací a la una de la madrugada. No sé cuánto pesé porque mi madre, a medida que envejecía, aumentaba el número de kilos. Todos brindaron con un champán que se guardaba para la ocasión. Faltaba un mes y medio para la batalla del Ebro, de la que mi tío Lluís saldría llevando a la espalda a un compañero al que un proyectil de mortero dejó ciego.

Mi madre suele confiar sus miedos a la escritura. Tanto ese miedo como su remedio, hoy forman parte de mi poesía.

Hace seis días que nació el niño y Joan todavía no ha vuelto. Miro al pequeño, que duerme. Vuelvo a escribirle otra carta. Sara, sin decir nada, porque el abuelo refunfuña si ve que le escribo con demasiada frecuencia, ha ido a echarla al correo.

¿Dónde, cómo? Seguramente mi abuela y Sara siguen fingiendo para ocultarle la gravedad de la situación.

Mi padre llegará ese mismo día, a las ocho de la tarde. Le explicará que ha estado en Barcelona. No dormirán juntos porque ella tiene al pequeño consigo. Por eso ponen un colchón junto a la cama. Casi no dispone de ropa para taparse.

La noche ha sido pesada. Sufro al ver a Joan durmiendo en el suelo y temblando de frío. El pequeño, como siempre, se ha despertado cada dos horas para mamar. Al darle el pecho no puedo dejar de gritar de dolor. Hoy es el primer día que me he levantado. Sin barriga echo de menos algo. Parece que estoy borracha. Además, llevo mucha ropa, incluida una bufanda doblada dentro del sostén, ya que, si me tocara el aire, los pechos podrían secárseme. O eso dicen.

Ésta será la última vez que mi padre vaya a Sanaüja antes de la retirada. Se abrazan y lo nota triste, preocupado. Mientras almuerzan se oye el motor del automóvil que viene a buscarlo. Parece que a él le quiten un peso de encima y se enfada cuando mi madre le pide que le diga algo al niño. La besa y se va rápido. Ella se sienta en el lugar que ha dejado mi padre en la mesa y apenas prueba nada. Entra en el cuarto donde juntando dos pequeños sillones han improvisado una cama para mí.

Los cuatro mil hombres de la División n.º 46 del Campesino ocupan Sanaüja. Han echado a la señora Maria de Cal San Pere de su casa, que ocupa el Campesino con sus hombres. A mi madre le da miedo quedarse sola y mi abuela o Sara duermen con ella por las noches. Echa de menos a mi padre, tan reciente aún el parto. Aquella chica de veinticuatro años, consentida, feliz de haber estudiado magisterio, soñadora, limpia y ordenada, se había casado en un cuento de hadas y, al volver del viaje de novios, se encontró con la Guerra Civil. Siempre está «cosiendo tras los cristales», vigilando por si vuelve su amor. La desespera no saber qué hace Joan, ni siquiera dónde está. No parece consciente de la situación real ni de que nadie, ni mi padre, hayan querido

alarmarla. No entiende que su marido no pueda evitarle aquella situación.

Aquí todos los militares están de fiesta y salen a pasear. ¿Y tú? No soy tan bonita como muchas mujeres con las que seguramente te cruzas, no sé sostener una conversación. Tengo los pechos horrorosos, con unos cortes cada día peores. Paso un calvario cada vez que doy de mamar al niño. Esta noche me he despertado llorando.

El 23 de mayo se marchan el Campesino y sus hombres. Mi madre y mis abuelos permanecen en Sanaüja hasta septiembre de 1938: entonces, mi padre se retira con su unidad y mi madre, conmigo, un bebé de tres meses, vuelve a Barcelona. Allí tiene lugar el último encuentro entre los dos, seis días antes de que los nacionales entren en la ciudad. Mi padre huyó en dirección a Francia.

Todavía de uniforme, a pie y en solitario, se topa con los hombres del general Líster, que apresan y fusilan a los soldados que escapan de esa guerra perdida. Esto le ocurre cerca de un pequeño pueblo abandonado. Entra en el ayuntamiento y, con una máquina de escribir y un sello muy usado, se fabrica un documento que lo acredita como oficial de voladuras en la retirada. El gorro militar que lleva es de soldado raso por un lado y con las dos estrellas de teniente por el otro. Se presenta a Líster, que le despide con un pomposo: «Cumpla con su deber». No se sabe nada más de él hasta que llega al campo de concentración de Argelès. Allí fue de los primeros que escogieron la opción —que las autoridades francesas ofrecían— de volver a entrar en España por San Sebastián. Desde esta frontera, las nuevas autoridades españolas lo trasladan al penal de Santoña, del que sólo me contó que no podían acercarse a las pequeñas ventanas de las celdas porque los centinelas tenían orden de disparar al menor movimiento. De esta larga andadura, quedaba el testimonio silencioso de un bol de porcelana inglesa, con su correspondiente bandeja rectangular, decorados con paisajes verdes y ocres y una inscripción en inglés antiguo. Hasta el día de su muerte lo vi desayunar, días tras día, en aquella gran traza. Cuando mi madre ya era muy vieja me contó que la había traído mi padre de su huida a Francia, pero ¿cómo pudo hacerlo con todo lo que le sucedió? ¿Fue un regalo, un objeto de saqueo? ¿Y cómo pudo sacarla del penal?

Cuando ya nada podría preguntar a mi padre y a mi madre surgieron las preguntas sin respuesta. Toda tragedia tiene algo de maleficio. De mal agüero. Lo cierto es que mi infancia transcurrirá bajo un gran paraguas negro de violencia y muerte. Ahora, escrita ya la mayor parte de mi poesía, tengo el convencimiento de haberlo hecho condicionado sobre todo por la Guerra Civil y la tétrica quietud de los años de represión. También por la manera en que me cuidaron y educaron mis padres, absolutamente aterrorizados.

Mi poesía contiene la certeza de que sobre las vidas casi siempre actúa algún fatídico movimiento del destino. Un sentido trágico de la existencia que procede de mi infancia. No recuerdo la primera vez que leí a Shakespeare y a los trágicos griegos. Tengo la absurda sensación de que no hubo una primera vez. Nunca los sentí como un descubrimiento porque siempre me dejaron una sensación de *déjà-vu*. Me moldeó la tragedia de una guerra cruel y fratricida que sigue ejerciendo su fuerza sobre la vida y la política de este país, llámese España o Cataluña.

## Un mosaico hidráulico

Un mes antes de terminar la guerra, mi madre recibe la primera carta desde el penal de Santoña y emprende una frenética búsqueda de avales para sacar a mi padre de allí. Decepciones y angustia. Hasta que gracias al señor Mangraner —el mismo que encargó a mi padre su primer proyecto y a quien ocultaron unos días en el pasaje Sant Felip, al comienzo de la guerra— consigue acceder a don Rafael Galcerán, secretario general de Justicia del Gobierno de Burgos. Mi padre saldrá del campo de concentración y se incorporará al ejército en Vitoria el 15 de marzo.

Pero la incertidumbre continuará: no había fecha alguna que señalara su licenciamiento. Mi madre soportaba mal las tensiones que generaban la espera, su trabajo —el único de la familia— y la lógica preocupación por el cuidado de su hijo de menos de un año. Mi padre estuvo más veces de permiso en Barcelona, y ella se obsesionó con la idea de acompañarlo a Vitoria. Algo extremadamente complicado y a lo que, por supuesto, mi padre se negó. Es significativo lo que relata el 10 de mayo de 1939:

¡Ayer se marchó! Fui con Lluís a acompañarlo a la Estación de Francia. Yo estaba triste y angustiada al pensar que tenía por delante tantas horas de viaje. Me habría ido con él, pero no ha querido. ¿Por qué? No lo sé, dice que es por las malas condiciones del viaje, aunque yo no las notaría a su lado. Pero no ha querido. Entró rápido en el andén para buscar sitio: lo perdí de vista y, cuando Lluís y yo nos miramos, me propuso ir por detrás de la estación y entrar en el andén por las vías, para poder verlo de nuevo. Ilusionada al pensar que aún podría estar un rato con él, caminaba apresuradamente. Me faltaban ojos para mirar dentro del tren. Comenzamos a ver vagones vacíos y otros con poca gente. Yo suponía que iba a estar allí, porque siempre insistía en cuánto le gustaban la soledad y la comodidad: según me decía siempre, no tenía humor para sostener conversación alguna. Y entonces oigo cómo Lluís dice: «Ahí está». Miro, y lo veo sentado, conversando y riendo, apretujado en medio de la gente. Perdí el mundo de vista. Él estaba allí. Con tanto espacio libre como había en el resto del tren, hablando y riendo con una mujer. Yo que lo suponía solo, leyendo y recordándome. Hubiese querido morir. Quería regresar sin decirle nada, pero Lluís lo llamó. Se quedó parado, al verme. Me miró presintiendo, estoy segura, mi estado de ánimo. La chica se volvió a mirarme, y yo la miré fijamente, como pidiéndole explicaciones, con los ojos llenos de odio.

Y continúa, continúa describiendo, desahogándose durante páginas y páginas de su monumental ataque de celos.

Pero al día siguiente, después de apuntar que es el día de mi cumpleaños, escribe:

Ya ha escapado de mí, ya se ha ahogado el odio, el rencor, el recelo o los celos.

Y dos meses más tarde:

Estoy muy preocupada. Por más que aparente lo contrario, estoy triste. Me encuentro moralmente sola y separada de mi marido. Padezco terriblemente con mi exceso de amor, la locura en el cariño y el egoísmo exagerado.

Es la violencia de La Cala, luchando siempre contra ella misma para alcanzar algo de paz. Muchas veces yo he hecho lo mismo: sólo que, en lugar de escribir diarios, he escrito poemas. Creo que esto explica por qué no soy un poeta críptico del estilo de Paul Celan o de J. V. Foix. La parte del poeta o del lector que busca en la poesía su propia salvación, o al menos un refugio, me ha exigido siempre la referencia explícita a lugares, personas, colores y sonidos de la vida con el suficiente realismo como para que me sirvieran de hitos y así poder orientarme. Si el poema es bueno, la persona que lo leerá, ajena naturalmente a los hechos concretos, llegará a reconocer misteriosamente otros suyos y podrá usarlos como tabla de salvación de una forma parecida a la mía.

Mi madre, que se ha incorporado a su escuela, está muy sola en Rubí. Todo bulle en su cabeza: la escuela, el ayuntamiento, reuniones, alcalde, nervios, disgustos, la Fonda Nova con su horrible habitación sin luz, donde casi no ve lo que escribe y donde tiene que dormir sin echar la llave. No puede coser, no puede distraerse con nada. Una de sus pequeñas alumnas le hace compañía un rato y ella se pregunta si sería posible alojarse en su casa. La ha aterrado y a la vez indignado el discurso del primer alcalde de los vencedores. Todo han sido prohibiciones.

Prohibidas las sustituciones: el que no pueda que renuncie, o que la Inspección nombre una interina. Nada de comidas en las escuelas. A la hora de salida de los chicos, todo cerrado, nada de repasos en clases extraordinarias. Prohibidas las retribuciones.

«Pasas más hambre que un maestro de escuela.» La historia de España puede entenderse a partir de esta frase hecha. A mediodía los niños se van a comer a casa y ella se cierra con llave en la escuela para que no entre ese alcalde falangista que, desde el comienzo, está acosándola. No debió de ser fácil, en aquellos primeros momentos de represión y miedo, hacer frente a la autoridad de aquel individuo siendo la mujer de un hombre que había pasado por el ejército republicano y el penal de Santoña.

En la casa del pasaje Sant Felip se ubican mis recuerdos más lejanos. Desde que leí los relatos de Mercè Rodoreda, la identifiqué con el escenario donde dichos relatos transcurren. La nuestra era una versión desolada de las casas que describe la escritora. Teníamos pocos muebles y muy sencillos. Mi primer recuerdo recoge esa sensación de vacío: estoy de rodillas sobre un mosaico hidráulico con cenefas verdes y rosa, bajo la alta mesa de dibujo en la que mi padre delinea sus proyectos. Hace calor, pero puedo notar la agradable frialdad de las baldosas. Es una imagen con mucha luz. Estoy a punto de cumplir cuatro años. Aunque mi padre esté inmerso en su

trabajo, mi sensación es de amparo.

Él ya había aprobado las asignaturas que le faltaban para terminar la carrera. Seguían siendo tiempos difíciles. Los estudiantes que habían combatido en el bando ganador a veces se iban a examinar de uniforme y dejaban la pistola encima de la mesa. Mi padre ahora ganaba algo de dinero ayudando a sus compañeros con el proyecto de fin de carrera. Uno de ellos se llamaba Francesc Mitjans y sería uno de los arquitectos más importantes de la posguerra en Barcelona. Mi madre era amiga de Angelina, la mujer de Francesc. Pero el ambiente de riqueza y éxito que siempre los acompañará y, por el contrario, el ambiente de necesidad en el que se desarrollará la vida de nuestra familia durante mucho tiempo será para mi padre una barrera que no podrá superar. Sólo mi madre defendió y disfrutó hasta su muerte de esa amistad.

¿Y si fuese el proyecto de Mitjans lo que mi padre delineaba esa mañana de verano? Como solía hacer cuando nadie me prestaba atención, salí al jardín, a lo que quedaba del jardín después de muchos años de abandono. Mi primera aproximación al sentimiento de que el lugar más solitario y frío puede ser un refugio. Que la soledad puede serlo. ¿Dónde, si no en el primer recuerdo, puede surgir la profecía de lo que será tan importante en mi vida, en mi poesía?

## Ni rastro de mi nombre

En febrero de 1942 regreso a Sanaüja con mis abuelos. El autobús no tiene plazas libres, así que viajo sentado en las rodillas de mi abuela. La carretera va cuesta abajo. De pronto, el ambiente cambia. Lo noto porque mi abuela me aprieta contra ella y por el silencio extraño, más grave. Años después me explicará que al vehículo se le rompieron los frenos y que, con habilidad, el chófer lo condujo hasta detenernos en un llano. No se ha oído un solo grito. Eran curtidos campesinos a quienes la guerra había enseñado el valor del silencio. Aquel día no experimenté ninguna sensación de peligro. El abrazo de mi abuela me protegía.

Por entonces pasaba ya de los sesenta, aunque sus cabellos seguían siendo oscuros. Su cara era ante todo afable, surcada por las arrugas que han dejado el trabajo y la angustia de una vida siempre amenazada por la pobreza. La guerra fue la prueba final. Pero su bondad era indestructible. De carácter tranquilo, ocultaba una resistencia dura y paciente. Cuando la pena se hacía demasiado grande, brotaba, silencioso, el llanto. Nunca me levantó la voz. Si una virtud podía representarla era la generosidad. La generosidad también es una parte importante de la poesía: ofrecer algo al lector desconocido sin pedir nada a cambio. Esto podría aplicarse a todas las artes, pero a ninguna como a la poesía, siempre a disposición de los más pobres. Aquellos que no podían ir al museo ni comprar entradas para un concierto o para el teatro, los que no podían comprar libros pero se sabían poemas de memoria.

Mi abuela apenas sabía leer. Recorría con el dedo las palabras y era capaz de escribir, muy despacio. De ella me llegará el pasado cultural de mi país, una tradición oral muy limitada, áspera, profundamente sentimental. Ella lloró en el entierro de Verdaguer, que llenó las calles de Barcelona, porque conocía la vida triste e injusta que los poderosos obligaron a vivir al poeta. Ésa será toda la cultura en catalán que me legará mi abuela. Una base pobre pero sólida. Mi madre me regalará *Terra i ànima*, el primer libro que leí en mi lengua y que dejará poca huella en mí: su mezcla de fantasía y moralidad no me impresionará tanto como los relatos de mi abuela.

En mi memoria, el campo de Sanaüja es una expansión de lo que me ocurrió en el jardín de aquella casa del pasaje Sant Felip: la conciencia de mi propia medida en el mundo. Pero en el campo todo es más brutal. Mi abuela llega por un camino, con un saco enorme de hierba encima de la cabeza. Mi abuelo y yo la esperamos sentados en un margen, comiendo racimos de uva. Cuando llega a nuestra altura, agarran el saco entre los dos y nos vamos a casa.

Las tareas del campo están perfectamente repartidas. La tierra y la azada son para mi abuelo, los animales pequeños, para mi abuela. Ella es la que cocina y entre los dos traen los alimentos del huerto, situado junto a la riera, desde donde él desvía el agua de riego. Ver cómo mi abuelo levanta o destruye barreras de tierra con la azada, gobernando el paso del agua de un lugar al otro, era uno de mis pasatiempos favoritos.

En mi obra se pueden contar casi setenta poemas en los que aparece un jardín o un parque. Ya en la infancia significaron, para mí, mucho más que un elemento del paisaje. Y el antecedente de todos ellos es el huerto de Sanaüja, mi descubrimiento de la riqueza dentro de la miseria. Una interpretación renacentista y neoclásica de los abuelos y el nieto después de una guerra. La revelación de las básicas patatas. Unas humeantes patatas hervidas siempre serán para mí un símbolo de alegría. Por ello, entre mis cuadros más queridos están los que Van Gogh pintó con el título de *Los comedores de patatas*: aquellos campesinos dentro de las sombras que rodean la mesa, mostrando los rostros y las manos a la luz de la lámpara de petróleo que cuelga del techo. Bajo la lámpara humea el punto más luminoso de la pintura: el blancor de la bandeja llena de patatas, de la que todos comen directamente, cogiéndolas con las manos.

En Sanaüja empieza a decidirse qué será y cómo será mi poesía, quince años antes de los primeros versos que escribí y que terminaron en el fuego. Ese fuego que ahora es protagonista de mi primer dolor: sentado en una silla baja, introduzco mis pies detrás de su barrote delantero. Pasado un rato, de repente intento levantarme, me balanceo hacia delante y me doy de cabeza contra el borde de piedra del hogar. Sangre, gritos. Viene el médico, que me cose la ceja. El consuelo es no haber caído en las brasas, pudo haber sido más brutal que el accidente infantil de mi padre.

Fue por entonces cuando empecé a ir a la escuela. El primer día acudo —todavía confiado— con mi abuela. Pero ella se marcha, dejándome solo en un lugar extraño. No olvidaré el pasillo desde donde se oye el rumor de una clase. Recorro el edificio sin cruzarme con nadie y con una idea fija: encontrar la salida y volver a casa. Hasta que me topo con una mujer que se me queda mirando. Naturalmente, acabo en una clase con niños y niñas. En unos meses aprenderé a leer, pero haber aprendido a expresar palabras o frases a partir de unos signos no será importante para mí. Lo importante es que me he encontrado con la hostilidad de los otros. Por primera vez, y ligada a la escuela. Asistiré a muchas *escuelas* en mi vida: Rubí, Girona, el instituto de Barcelona y el de Santa Cruz, la Universidad de la Laguna y la de Barcelona como alumno, la Universidad Politécnica como profesor. Dos academias en la senectud. Nunca el efecto liberador del conocimiento estará para mí en los lugares donde se imparte o se conserva. El único conocimiento válido es el que habré buscado y valorado en solitario, sin relación con la natural hostilidad que supone cualquier autoridad. El terror me hizo prácticamente autodidacta.

En octubre de 1984, el secretario del Ayuntamiento de Sanaüja prenderá fuego al edificio y quedarán destruidos para siempre los archivos. Ya no quedará constancia escrita de mi nacimiento, ya que tampoco nadie me registró en la iglesia (el sacerdote ya había huido). El fuego no ha dejado ni rastro de mi nombre.

## 6

### Tres fotografías

Es una mañana muy fría y acabo de llegar a Barcelona con mi abuelo. Año Nuevo de 1943. No volveré a vivir en Sanaüja. Los ocho próximos meses también serán los últimos que mi familia ocupará el chalé del pasaje Sant Felip, un tiempo guardado en el blanco y negro de tres fotografías.

Han venido a esperarnos mis padres. Es un recibimiento alegre, sosegado, pasamos un rato en la plaza Catalunya antes de coger el tranvía hacia el pasaje. Hay prisa por explicarle las novedades a mi abuelo. Y nos hacemos la fotografía. Los fotógrafos ambulantes son unos personajes habituales en esta Barcelona. La iniciativa ha sido de mi madre, embarazada de cuatro meses de mi hermana Trini. Es la que está más contenta. Que mi padre haya encontrado trabajo de arquitecto en Regiones Devastadas —aunque sea en Figueres— es un gran paso hacia la normalidad.

De pie en el pavimento de tierra de la plaza, nos agrupamos de dos en dos. A la izquierda, mi abuelo lleva un abrigo negro muy gastado, una boina también negra y, en la mano derecha, una pequeña cesta de mimbre. Es todavía un hombre alto y erguido que le hace frente a la pobreza, pero algo en su cara delata la satisfacción de tener a su lado al hijo mayor que ha regresado vivo de la guerra y que se liberará de la pobreza, porque él, su padre, ha logrado que fuera a la universidad. Y lo ha logrado contra todos los obstáculos —económicos, de clase social, la opinión de su propia mujer, la guerra— hasta verlo terminar una de esas carreras que sólo estudian los hijos de la alta burguesía.

Mi padre lleva una vieja cartera de piel. Está inclinado hacia un lado y, con la cabeza baja, parece que se resigna a un retrato que no desea. Se lo ve cansado. Sus penalidades son recientes todavía. La manera en que le cuelga el abrigo gris no puede mentir: ha adelgazado. Acaba de entrar en la nueva Administración y le preocupa cómo las jerarquías vencedoras valorarán su trabajo. Sólo los pantalones bien planchados y los zapatos que, al contrario de los zapatones de mi abuelo, están bien lustrados, ponen la nota de elegancia a lo que es, por encima de todo, una voluntad de ocultar su origen.

Yo visto con la misma tosquedad que mi abuelo —venimos del pueblo—, un abrigo sobre un jersey grueso que ha tejido mi abuela y unas alpargatas con calcetines oscuros. Doy una mano a mi madre, mientras, con la otra, aferro el libro con el que he aprendido a leer en el colegio de

monjas. Que aprendiera a leer tan pronto se interpreta como un buen augurio en mi familia. Es un momento muy necesitado de señales favorables.

Mi madre es la que tiene mejor aspecto. Los zapatos de tacón y el peinado hacen que parezca más alta. Viste un oscuro abrigo *déco* hasta media pierna, abrochado con dos botones redondos, uno de ellos muy grande. Lleva con orgullo el bolso en el brazo izquierdo. Es la única que tiene un empleo seguro: maestra en Rubí, la próxima parada de mi infancia.

Mientras los mayores hablan, con las monedas que me han dado voy al puesto donde una mujer vende alpiste y les doy de comer a las palomas. Me sorprende ver tantas. De pronto están todas a mi alrededor, en un alboroto de alas abriéndose paso para picotear mi pequeña mano llena de semillas oscuras que desaparecen rápidamente.

La segunda fotografía la toma mi padre en el jardín del pasaje Sant Felip con la vieja Kodak desplegable de su juventud. Aún no ha terminado el invierno. De izquierda a derecha, mi madre está sentada en una silla y, a su lado, más gordo, conduzco un pequeño triciclo. Con el mismo peinado alto, con medias y vestido oscuros, cruza las piernas con las dos manos enlazadas sobre la rodilla. Elegante, hermosa, pero con la cara endurecida y triste. Parece que quisiera estar siempre a mi lado. Que ya presintiera que la pasada separación, cuando me dejó con mis abuelos en Sanaüja, sería sólo el comienzo. No ha hecho más que abrirse la distancia entre ella y yo.

Un poco más a la derecha, con expresión tensa, mi abuela mira a la cámara como si a través del objetivo pudiera ver a su hijo Lluís, ausente y en peligro. Tiene sesenta y cuatro años. Se mantiene erguida de una forma que yo no recordaré. El recuerdo se me fijará unos años más tarde, a su alrededor tejeré una imagen de bondad y confianza que representará también la figura maternal cuando mi madre no esté. Los brazos pegados al cuerpo, con los antebrazos horizontales y hacia adelante y las manos apretadas. Lleva siempre un pañuelo cerrado dentro de la mano derecha y, si lleva dinero, éste va envuelto en dicho pañuelo y aprieta la mano aún con más fuerza. Nunca la veré con ningún otro monedero: el pañuelo envolviendo la calderilla. Quizá ésta será una de las señales más rotundas de cómo aquella mujer no podrá librarse nunca de su origen social.

Junto a ella está mi tía Sara que, con gesto de desconfianza, inclina la cabeza a un lado. De ella sólo sé que había nacido en esa zona de Aragón llamada La Franja, dónde se solapan el catalán y el castellano. Sara saldrá para siempre de mi vida —y de la de todos— al morir poco tiempo después de hacernos la fotografía, en febrero de 1943. Su corazón se detendrá bruscamente. Nadie la volverá a mencionar jamás. Es aterrador. Quizá yo sea la única persona en el mundo que todavía recuerda su cara y su nombre.

En aquella época, hacerse un retrato, sobre todo de grupo, conlleva un momento alegre. Pero en nuestra fotografía no, nadie sonríe, es la imagen de la tristeza y de la angustia. No en vano iba destinada a mi tío Lluís, el único ausente.

Al terminar la guerra fue desterrado a Bilbao y, al llegar, se encaminó directamente al barrio *del vicio*, donde lo acogió una puta con la que vivió mientras estuvo en aquella ciudad: de allí nacerá un día futuro mi poema «Tío Lluís». Tras su clandestino regreso, su vida de activista de izquierdas —era un «rojo»— fue complicada: unas veces vivió escondido sin salir ni a la calle, otras trabajó con nombre falso. Pero, cuando menos se le esperaba, mi tío Lluís aparecía con su

imbatible sonrisa, dispuesto a pasar una tarde conmigo. Sentiré por él durante muchos años un amor sin fisuras. El suyo hacia mí es mitad paternal —él y Sara no tuvieron hijos, quizá yo los sustituyera— mitad de compañero de juegos. Puede que la vida fuese un juego para mi tío Lluís y que en eso consistiese su fortaleza. Él será para mí el único personaje entre los adultos ligado absolutamente a la alegría.

Cuando viene a verme tomamos el autobús eléctrico de dos pisos —«el trole»—. Nos sentamos en la parte superior y hacemos el trayecto completo de ida y vuelta, nunca vamos a ningún sitio. Mi tío Lluís sabe convertir ese trayecto en autobús en un viaje fantástico, sin ningún objetivo concreto.

Muerta Sara, él se esconde ahora en Rubí, en la calle San Gaietà, en la casa de unos agricultores amigos de mi madre. Su hija, María, se enamorará de aquel hombre mayor que ella, apuesto y vitalista, cuyos padres esconden en su casa y con el que tendrá muchas ocasiones de quedarse a solas. Se casarán, con gran indignación de mi madre, que aspiraba a que Lluís lo hiciera con una amiga suya de la infancia, de la burguesía de Tortosa. Mi madre creará que él actúa por agradecimiento a la familia de María. Esta relación conflictiva continuará entre él y mi madre toda la vida, pero nunca se romperá. Siempre he sospechado que se ocultaba algún sentimiento más profundo entre mi madre y Lluís.

La tercera fotografía parece de otro tiempo y de otras personas, como si unos actores nos representaran. Tengo un vago recuerdo incómodo de aquella mañana y, siempre que miro el retrato, siento una inquietud que no casa con el buen clima, el paisaje y la alegría veraniega de aquella tarde de agosto de 1943. Dos de los personajes son mujeres bonitas y sonrientes de unos treinta años: una, mi madre, peinada como siempre con el moño alto, sonrío mostrando los dientes blancos y las piernas, desnudas hasta las rodillas, sentada en un sillón de mimbre. Mantiene incorporada en su regazo, mostrándola con orgullo al fotógrafo, a una niña de un mes, mi hermana Trini, que cierra los ojos porque le da un rayo de sol en la cara.

Yo estoy en el sillón de al lado: hace tres meses que he cumplido los cinco años y, más que sentado, estoy como abandonado, los brazos a los lados, la cabeza baja y la expresión ceñuda, porque no me gusta verme obligado a mirar a la cámara. Pero mi ademán es el único sincero. Voy vestido de blanco con pantalones cortos y tirantes tiroleses, los pies con unas alpargatas también blancas, impecables, colgando a un palmo del suelo de arena y briznas de hierba seca, manchado tanto por el sol como por la sombra. Nada que ver ya con el niño campesino de Sanauja y del pasaje de la primera y segunda fotografías. Parece que me hubieran disfrazado.

Tenemos el mar justo detrás, debajo de un pinar de Empúries, en un rincón del limpiísimo conjunto de acantilados abruptos, calas resguardadas y desiertas y aguas transparentes que en la plenitud del verano lucen sin nadie. De pie detrás de los dos sillones, con una mano en el respaldo de cada uno y una sonrisa más convencional, menos franca y vital que la de mi madre, la señora del arquitecto de Madrid encargado de la inspección de la oficina de Regiones Devastadas de Figueres, donde mi padre con su nuevo trabajo continúa una vida de separaciones que comenzó durante la guerra. Un viaje, pues, a la vez de trabajo y de placer, hecho en una buena época, el verano, que aquí es solitario y tranquilo.

Los dos hombres están haciendo las fotografías, mi padre, en todo momento, más alegre de lo

que correspondería. Se trata de recibir con la justa proporción de respeto y de compañerismo al colega de la Dirección General y a su señora, que están más en su papel, sin hacer un esfuerzo que no necesitan, porque todo lo que son y tienen respira lo que desde 1939 se denomina, enfática y continuadamente, *la Victoria*: la guerra reciente, el país, la lengua, la ideología, la clase social, la *carrera*, el rango en la Administración. Ni imaginan, él un arquitecto de buena familia de la capital de España, ella una mujer que nunca ha trabajado ni piensa hacerlo, lo que hay detrás de los ojos y la aparente seguridad de aquel hombre con una cicatriz que le cruza la cara y el alma. Tampoco imaginan la fuerza que hay detrás de la sonrisa de aquella mujer que durante tanto tiempo ha mantenido, prácticamente sola con su trabajo de maestra, a su familia. Ni cómo lo ha hecho, ni cómo tendrá que continuar haciéndolo.

Nuestra vida no es lo que mi padre y mi madre se esfuerzan por reflejar en la fotografía. Pero llegará a serlo, porque ésta es la salida a la que aspiran y hacia la que se dirigen con todas sus fuerzas, aunque no calibran aún las contradicciones que esto supondrá para ellos. Cuando accedan definitivamente a este nivel de clase media alta que sueñan en la fotografía habrán pagado un precio personal que ahora su miedo y su deseo no les permite imaginar. Es mi primera entrada en la complejidad de las relaciones sociales, sobre todo las de mi padre. Su desprecio, a la vez, por el mundo del que procede su familia y, en dirección contraria, hacia los personajes socialmente importantes que se verá obligado a respetar de cara al exterior. Las personas somos nuestro propio castigo: en el caso de mi padre, no hay duda. Y la mañana de agosto en la que nos hacemos la fotografía quedaban aún por transcurrir las noches más siniestras de una realidad que no se parece a lo que registra la cámara junto al mar de Empúries.

## Miseria

Tras el nacimiento de mi hermana, el domicilio familiar se fija en Rubí. Allí nos instalamos mi madre, mi abuela, la pequeña Trini y yo. Mi padre ahora trabaja en Figueres, a cinco o seis horas en tren, pero vendrá todos los sábados y domingos que pueda. Después de la separación por la guerra llega otra que será más larga: la separación por la paz.

El verano de 1943, Rubí es un pueblo agrícola de unos seis mil habitantes, rodeado por los ordenados campos del Vallès sobre los que, por entonces, ya debía de estar escribiendo Pere Quart: cultivos, bosques y montañas, nunca excesivos, siempre a escala humana. Un paisaje neoclásico, tranquilizador.

Aunque el primer lugar donde residimos en Rubí es el domicilio más siniestro de cuantos tendré en toda mi vida: una vieja tienda, un bajo en una carretera, cerca de la estación, con un cuarto trasero abierto a un pequeño patio de cemento. No hay agua corriente y la única instalación sanitaria es un orinal alto, un sombrero de copa de cerámica con dos asas. Mi madre lo saca al patio y allí hacemos nuestras necesidades. No sé dónde va a tirarlo. Yo tenía cinco años y, para mí, los antecedentes en esta cuestión eran la letrina de madera de Sanaüja y el pequeño orinal del Pasaje. La primera sensación de miedo metafísico que recordaré tiene que ver con aquella ceremonia en plena noche: mi madre está dentro haciendo algo y me quedo a oscuras, en medio del aquel patio, entre cuatro paredes, como si fuera una estatua en el centro de una plaza, bajo un cielo que el brillo de alguna estrella hacía aún más negro. Rodeado por el absoluto silencio del pueblo, siento el frío en la parte baja de la espalda que, sin los pantalones, queda desprotegida. Accedo, de esa manera tan poco brillante, a lo que un día en mi poesía será la *intemperie*. Siempre, la primera noche, la de verdad, es una de la infancia. Todo lo recordaré en medio de una gran oscuridad. Había prolongadas restricciones eléctricas, pero aquí es que ni siquiera hay electricidad. De pronto tengo miedo, un sentimiento que aún no conocía, que no estaba entre los que ya me resultaban familiares, como la alegría o la curiosidad, por ejemplo.

Acabamos siempre por mostrar lo que sentimos. Mentir es, a la larga, muy difícil. Por eso mi descubrimiento del miedo es la toma de conciencia del miedo de los mayores, lo que ellos siempre tratan de ocultarme: eso que tiene su origen en haber vivido la Guerra Civil, sentir el peligro en un mundo donde, poco a poco, fueron dejando de existir «los tuyos», porque tanto te podían matar los unos como los otros. Aunque si te mataban los tuyos era mucho peor. Pronto

conocí el miedo que tenían mis padres y mis abuelos. ¿Qué significaba el silencio que aquellas cuatro personas pusieron sobre el pasado, qué significaban sus recomendaciones continuadas de prudencia? El único que no tenía miedo era mi tío Lluís. Supongo que esta diferencia estuvo siempre en la base de las desavenencias, a veces de la mutua admiración y siempre del afecto más o menos tormentoso entre él y mis padres. Ellos siempre llamaron «inconsciencia» a la falta de miedo de Lluís. Él, a su prudencia, «cobardía».

No sé cuánto tiempo dura nuestra estancia en aquel bajo de la carretera, pero los primeros recuerdos del piso donde por fin vamos a vivir son de pleno invierno y, allí, los personajes relevantes son mi abuela y la pequeña Trini. Está cerca de la estación. No hemos cambiado mucho de barrio, pero aquí estamos más recogidos que en la carretera: calles estrechas y de tierra con casas modestas. El piso alto de una de ellas era el nuestro, en la calle Murillo, un nombre muy adecuado si pensamos en los retratos de la época oscura del gran pintor barroco sevillano. Recuerdo que la entrada daba a una gran estancia principal, destartalada, a la que se abría también mi habitación, de una forma similar a como ocurría en Sanaüja. Pronto me sentí seguro, a pesar de prolongarse allí la oscuridad de la tienda de la carretera, ahora neutralizada por la presencia tranquilizadora de mi abuela y de una estufa de leña. Como si estuviera viviendo dentro de «Sestina», el bellissimo poema de Elizabeth Bishop.

Aquel otoño empezó para mí con unos días luminosos marcados por la vendimia. Los campesinos de la calle San Gaietà —que ya deben de tener o tendrán pronto escondido al tío Lluís— me llevan con ellos. Salimos de Rubí con el carro lleno de sacos vacíos, las herramientas y la comida, todavía de noche, para estar junto a las cepas al amanecer. Lo hacemos por el paso a nivel de la estación, hacia la carretera de Molins de Rei. La seguimos un buen trecho hasta tomar el camino de tierra de la viña. Ellos van a pie al lado de la mula y yo en el carro, acurrucado en medio de los sacos, que despiden un agradable y profundo olor a semillas y forraje: ésta será mi modesta magdalena proustiana. El caminar acompasado de la mula, los movimientos repetidos de su gran cabeza y el sonido rítmico, musical, sobre el asfalto, de las cuatro patas y de los cascabeles, junto con el balanceo del carro y la oscuridad, hacen que me duerma. Me despierta el carro al detenerse, ya de día, rodeado por el verdor de la viña.

Cuando la cosecha es buena, todo el mundo está contento, y esa alegría es la que recordaré. Cosecho las uvas con la misma hoz pequeña que todos manejan: mientras con la mano izquierda sujeto el racimo que tengo que cortar, la manejo con la derecha. Una de las veces la hoz pasa de largo y se me clava en la mano izquierda, en la base del pulgar. Tienen que vendarme. Pero esto no enturbia la alegría. La vendimia se acaba y muy pronto le sigue el ritual, más alegre aún, de pisar la uva en el lagar para recoger el mosto. Descalzo, en medio de los chicos mayores con sus pantalones arremangados, piso cantando y riendo hasta que no puedo más. Nada podrá ensombrecer la luz de estos días, que me acompañará toda la vida, igual que la cicatriz de mi mano izquierda.

Mientras tanto, empieza el curso en la escuela «de la señorita Trini», con una cincuentena de niños y niñas menores de siete años: a partir de esta edad es obligatoria en todas las escuelas de España la separación por sexos. Hasta 1954, el trabajo de mi madre será un elemento fundamental en la economía familiar. Ella, vivamos donde vivamos, de nueve de la mañana a cinco de la tarde

estará con sus alumnos en este mismo edificio de la carretera de Sabadell. Una escuela pequeña formada por dos aulas, dos despachos y un patio muy pequeño; que comunica con la calle mediante un corto pasillo oscuro, al final del cual se abre una puerta de madera por donde no pasa más que una persona, como la puerta estrecha del Evangelio. La que salvó a mi madre del acoso de aquel alcalde falangista al acabar la guerra.

Cincuenta alumnos son muchos para una sola maestra y el trabajo es duro —todos deben salir de allí leyendo y escribiendo—, pero nunca la oiré quejarse. Ésta es una parte de su vida que era sólo suya, donde se sentía independiente y útil. Me incorporo, pues, a su clase, y tengo enseguida una tranquilizadora sensación de orden acompañada de la alegría de tantos niños y niñas y la sensación de limpieza que se respira en medio de la sencillez. Mi madre es una mujer joven con una cara atractiva y unos ojos que, según el momento, tienen un color que va de un tono gris a un tono tierra muy oscuro, pero siempre chispeantes y apasionados. Al hablar, nunca perderá la *e* de La Cala ni alzará la voz. La habían enseñado bien en la Escola de Mestres de la República. Sabe impartir clases lo suficientemente variadas, atenta siempre a los diferentes niveles que hay entre los niños, combinando la lectura y la escritura con rudimentos de geografía y de aritmética. También vigila —otra vez la cultura de la República— la higiene personal. El día empezaba con la cola para dicha revisión: uñas, palmas, rodillas, cuello, cabello... Allí aparecía todo el surtido de sabañones en manos y orejas, infectados a veces, consecuencia de la falta de alimentación, la insuficiente ropa de abrigo y el frío de aquellos inviernos de charcas heladas.

A continuación, la clase se organizaba de forma que los mayores velasen por los más pequeños mientras ella se dedicaba a la enseñanza de alguna de las materias a un grupo de diez o doce. Siempre de manera que ningún niño estuviese sin hacer nada. Era un ambiente que respondía a la voluntad de los maestros —pasados los años lo recordaré con ternura— por hacernos olvidar la monstruosa Guerra Civil de donde venimos. Todo lo opuesto a la intención que mostraban claramente los políticos: que no nos olvidásemos de quién ha ganado la guerra. La buena voluntad de los maestros fue muy importante, por ejemplo, ante el hecho de que en el Vallès hubiese una importante colonia evangélica. A pesar de que gobernara la extrema derecha bajo la vigilancia prepotente de la Iglesia católica, el cuidado y la tolerancia de los maestros protegió siempre la tranquila convivencia de los niños y niñas de las escuelas.

Empezábamos el día cantando un par de estrofas del obligatorio «Viva España» ante la bandera «nacional». Una niña sostenía el mástil mientras un niño tomaba el punto más alto del extremo opuesto de la tela y —alejándose y alzando tanto como podía el brazo— la desplegaba ante la clase puesta en pie.

Durante el otoño de 1943, la luz eléctrica a veces no llegaba o lo hacía de madrugada. La noche del 20 al 21 de noviembre, después de cenar, mi abuela y yo estamos solos, sentados junto a la cuna de Trini. Mi padre y mi madre, los sábados que él vuelve de Figueres, al llegar la noche nos dejan con nuestra abuela y se van a Barcelona. Suelen ir a alguna de las tabernas que hay entre el Ayuntamiento y el puerto, o a bailar al Rigat, la sala del sótano del edificio que un día lejano será El Corte Inglés, en el lado este de la plaza Catalunya. Lo que había por encima de la sala de fiestas era el Círculo Militar.

La oscuridad de la noche llenaba la calle Murillo. Las casas vecinas eran viejas y estaban

cansadas. No llegaba de ellas ruido alguno. Estamos en la estancia grande, en otra oscuridad densa y rota, sólo, por la llama de una vela. Trini tiene cuatro meses. La luz de la vela es lo que seguramente haga que un día recuerde muy grande una sala de estar que no debía de serlo tanto. Y que en mi recuerdo no distinga más que lo que queda en el centro, a salvo de esas sombras: la camita con la niña, nuestra abuela y yo, junto a la estufa de hierro, llena de leña ardiendo, que muestra por las rendijas de la tapadera y del cenicero el rojo intenso del fuego. Me advertía de lo que los niños aprendemos enseguida: que las estufas no se tocan. El tubo de latón se elevaba y desaparecía en la oscuridad buscando la salida para sacar el humo al exterior. No se oía más que nuestras voces y los chisporroteos en la estufa: al levantar la tapadera para echar un taco, alegremente se escapan algunas centellas, como unos pequeños, traviosos demonios.

Conversaba con mi abuela, porque a oscuras era difícil jugar. En mi infancia habrá apenas juguetes: todo lo que recuerdo son unas pequeñas tenazas, el triciclo del Pasaje y una carretilla de madera. Pero juego con el pensamiento puesto en historias que me complacen o que me invento a partir de canciones o cuentos de mi abuela o de lo que escucho decir a los mayores. De los cuentos que ella me relata, me impresionan especialmente dos. «La muerte blanca» trata de una doncella encerrada en un jardín rodeado por un muro muy alto y sin una sola puerta. Una hada convierte al príncipe en hormiga para permitirle pasar, a través de la tierra, por debajo del muro. El otro cuento es la historia de Fra Garí, el monje que se enamora de una muchacha y que por este pecado es convertido en una bestia salvaje. Supongo que yo captaba de algún modo el trasfondo de violación que hay en el relato. Ambos cuentos estaban relacionados con una fuerza que tanto podía llevar a la condena como a la salvación. Estas dos historias son mi primer contacto con el amor y el sexo en la literatura.

De pronto, mi abuela empieza a inquietarse: se levanta y toca a la niña, que ni llora ni da más señal que un cambio de respiración que yo no percibo, pero que aquella mujer, sin más conocimientos ni cultura que su propia vida, ha detectado. La escucho sorprendido mientras, angustiada, me lo cuenta y me hace escuchar esa respiración, y yo sigo sin captar el cambio al que ella se refiere. Pero voy entrando en su desazón, en la percepción del peligro, en el miedo concreto, no sin nombre, como en el patio oscuro de la casa anterior. Los dos estamos mirando a Trini: la angustia de mi abuela y, por lo tanto, la mía crecen. Sin saber ni dónde había un teléfono ni a quién llamar, sin saber dónde buscar a mis padres, con la inseguridad respecto a la verdadera gravedad de lo que está sucediendo, sin conocer a nadie en un pueblo en el que acabamos de instalarnos. Todo aquello abrumaba a mi abuela, que no sabe qué hacer con su sensación de peligro. Hasta que en un momento dado llegan mis padres y mi abuela se precipita hacia el recibidor para explicarles lo que está sucediendo. Se quitan los abrigos de cualquier manera y ese revuelo, con la puerta todavía abierta, esparce el aire frío en la estancia calentada por la estufa de leña. Aprendo para siempre lo que significa llevar el frío en el abrigo.

A partir de este momento, los mayores se olvidan de mí y asisto con temor y curiosidad a algo que no debería estar sucediendo, una serie frenética de gestos de los que recordaré más tarde unas imágenes muy nítidas. El médico, con unas gafas pequeñas, en mangas de camisa y arremangado, bañando en agua fría a la niña —que tiene meningitis— en un barreño de estaño puesto encima de la mesa, en un intento desesperado de bajarle la fiebre, en un país donde falta más de un año para

que llegue —en poca cantidad, de contrabando y carísima— la penicilina. De repente, alguien se ha dado cuenta de que no debo, a los cinco años, permanecer en plena noche viviendo aquella escena dramática y me acuestan en mi cama. Pero la pequeña Trini ya ha muerto. En el vago resplandor de la luz de las velas que llega a través de la puerta abierta del cuarto, desde debajo de las mantas, le digo a mi madre, que está llorando sentada a mi lado en la cama: «No llores. Todavía me tenéis a mí».

Mi padre no hablará nunca más de Trini. Mi madre toda su vida aprovechará cualquier momento de intimidad para evocarla, logrando lo que su inacabable tristeza le dicta en el combate perdido de antemano contra el olvido: que, a mis ochenta años, esté todavía hablando de aquella niña. Que de alguna manera Trini alcance a tener un pálido reflejo de existencia. Que le haya disputado milímetro a milímetro su territorio a la nada.

## Vida civil, oscuridad y alegría

En Rubí, mi aprendizaje vital se moverá en tres direcciones: la primera de ellas, la civil, tendrá su fundamento en mi asistencia regular a la escuela durante dos años. Y será relevante porque, a pesar de ser hijo de maestra, muy pronto pasaré un periodo también de dos años sin ir. Otra dirección, la de la iniciación al dolor y a la muerte, la dirección oscura, me lleva a descubrir el miedo en aquel bajo de la carretera, el miedo que se exhibió con toda su violencia con la pérdida de mi hermana Trini. La tercera dirección será la de la alegría de la Naturaleza, intuita en el huerto de Sanatüja y que aquí continúa su curso sencillo y barroco en la vendimia de los campesinos de la calle Sant Gaietà. No faltan muchos años para que dicha sencillez barroca se transforme en amplitud romántica.

La dirección civil, que despertó con timidez en la escuela de mi madre, gana fuerza al acabar el curso, cuando nos trasladamos a otro piso más amplio y luminoso, construido después de la guerra. Está al otro extremo del pueblo, el más alejado de la estación, en una de las últimas casas que se alzan antes de que la calle se convierta en la carretera, delimitada por enormes y magníficos plátanos, que lleva a Terrassa.

En la planta baja de nuestro nuevo domicilio viven los propietarios, una joven pareja de harineros que se está enriqueciendo gracias a la harina que venden de estraperlo. Nosotros vivimos en el piso de arriba, grande y distribuido a lo largo de un pasillo. Hay cierta relación entre las dos familias, una relación en que los prepotentes dueños, jóvenes y ricos, pero incultos, humillan y menosprecian a mis padres. Algún que otro domingo vamos todos juntos en su coche a la carretera de la Arrabassada donde, al tomar las curvas con suavidad y fiereza, los cuatro se deshacen en elogios y frases de admiración hacia el *haiga*, que es como se les llamaba popularmente a aquellos cochazos americanos de importación de los que hacían gala los nuevos ricos de Barcelona. Nosotros, nunca lo olvido, hemos perdido la guerra.

En esa casa, los sábados o domingos que mi padre está de vuelta, tengo con él una relación tranquila. Subimos a la azotea y juego, por lo general, a pelota, mientras él estudia o lee. La azotea está bañada por un sol de primavera u otoño, quizá incluso de invierno, y los dos jugamos a fútbol un rato. Nuestra relación ha ido ganando en calidez comparada con la del pasaje Sant Felip.

Un año antes de lo que me correspondería entro en la escuela del señor Grimalt, el maestro de los niños de siete a catorce años. Es un modesto edificio exento que da a la calle de tierra que

hace las veces del patio de recreo que nuestra escuela no tiene. Está muy cerca de la nueva casa: sólo la separan de ella unos solares suburbanos con dos grandes balsas abandonadas, llenas de un agua cubierta de verdín, con cañas y juncos, peces y ranas. Los niños teníamos prohibido acercarnos a sus pequeños muros perimetrales, derrumbados en muchos puntos. Se cuentan todo tipo de leyendas trágicas sobre aquel lugar: en los pueblos se sabe de sobra que quien cae en una balsa no puede salir y muere ahogado porque lo atrapa el lodo que hay en el fondo.

Como no podía ser de otra manera, la escuela se llama Les Basses, es decir, Las Balsas. Y el señor Bartomeu —por aquellos días Bartolomé— Grimalt es igual de alto que mi abuelo, pero más joven. Con una personalidad fuerte que, a la vez, inspira confianza. Nos habla en castellano (el catalán está prohibido en los lugares públicos) con un fuerte acento mallorquín y esos *I do* tan típicos del habla de allí. En las clases ha instaurado un sistema que consigue defender a los alumnos débiles de los fuertes con unas exigencias que son razonables, y el aprendizaje se produce sin argucias ni amenazas. Sabe que, para la mayoría de sus alumnos, lo que él les explique será lo último que oigan de un profesor. Él me enseñará las tablas de multiplicar, recitadas en común y en voz alta. La escritura, también en castellano, por supuesto: nos coloca en semicírculo delante de la pizarra, en la que él escribe una palabra, por ejemplo, *maquina*, siempre sin acento, y nos la hace cantar marcando las sílabas con todos los acentos posibles: *má-qui-na*, *ma-qui-na*, *ma-qui-ná*. Es un proceso que me hipnotiza. Una forma de adentrarme en la división silábica y en la música de las palabras que me estructura la mente y la prepara para comprender, muchos años más tarde, la métrica. Cuántas veces me he encontrado con poetas duros de oído, que en ocasiones son buenos poetas —Unamuno, sin ir más lejos—, a los que les habría venido bien un señor Grimalt en su infancia.

Nos sentábamos en pupitres dobles de madera, los clásicos, con el correspondiente tintero de porcelana blanca donde solíamos sumergir las moscas para verlas después arrastrarse por el papel, escribiendo con tinta su agonía. Nosotros usábamos unas plumillas de mango de madera. Practicábamos mucha caligrafía, repitiendo páginas y páginas con la misma palabra o la misma frase. Llevábamos la típica bata de rayas verticales blancas y azules —un viejo y afortunado invento de los escolapios— y en el aula siempre había ese olor tan característico, suma de olores corporales de una infancia que sólo se lava a conciencia los sábados. Ese día, mi madre llena un cubo de estaño con agua calentada en la cocina. Entro desnudo y me quedo de pie. Me refriega el cuerpo con un trapo enjabonado, pero al llegar a las rodillas el trapo deja paso a la violencia del estropajo de esparto de la cocina.

Uno de los sitios donde más nos ensuciamos es el «patio de recreo», esa calle de tierra o barro, dependiendo del día, donde todo gira alrededor de tres juegos. El primero, el sencillo pilla pilla. También jugábamos al fútbol con una pelota hecha de trapos atados con cordeles alrededor de una piedra, intentando siempre que tuviera una forma más o menos redonda. Y, por último, ese cabalgar estático y brutal que en catalán se llama *cavallfort* y en castellano se conoce como «churro, media manga, mangotero». Son mis primeros juegos colectivos, pero no tienen nada que ver con la amistad, un concepto que no desarrollaré hasta los diez o doce años. Todo está muy cerca del juego, en el sentido más animal de los cachorros, un cierto despertar hormonal acentuado porque los chicos del señor Grimalt tenemos edades distintas. No siento ningún deseo

especial por ir a la escuela, por formar parte del grupo: una sensación que arrastraré hasta el final de la universidad. O de la vida. El retorno a la intimidad del piso o de la azotea, para jugar solo, es el verdadero premio; no la participación. De hecho, estos juegos son mi primer contacto con la violencia, siempre presente de una forma u otra en el grupo, y que ya entonces me causaba un profundo desinterés.

Mi experiencia inicial en dirección a lo oscuro —que ya empiezo a intuir interminable, porque es la propia vida la que se plantea así— me ocasiona un principio de desesperación interior por mi falta de recursos para contrarrestarlo. La muerte de mi hermana lo ha hecho más evidente, pero dicho desamparo alcanza también a la más mínima manifestación de ese aspecto ineludible de la vida. Así, pues, el miedo se me agarra desde otras perspectivas imprevistas. Por ejemplo, en mis idas y venidas, a menudo tropiezo con un chico mayor, que ya trabaja: lleva un mono azul oscuro lleno de manchas negras de aceite de motor, tan negras como sus ojos y sus cabellos. Me para, me quita de las manos el tebeo que me acabo de comprar en el kiosco de la estación y me hace esperar mientras se lo lee para devolvérmelo después o simplemente se lo lleva. Y, cuando no hay tebeo, me ordena que me vacíe los bolsillos y me quita lo que le parece. Me habla con voz amenazante y una sonrisa aún más maligna. Y otro ejemplo más: como sucede en casi todos los pueblos, por Rubí corrían historias sobre aquellos a los que les había mordido un perro rabioso y para los que no había cura posible. Se comentaba que morían echando espumarajos por la boca entre horribles espasmos. Pues bien, me producía verdadera angustia encontrarme con cualquier animal por las calles, que estaban llenas de perros, y me alejaba lo más posible de su camino. Son algunos de los primeros episodios de la vida cotidiana donde soy consciente de lo que podríamos denominar «la existencia del mal». Es decir, de la humillación y de la cobardía por no enfrentarme a aquel chico o no denunciarlo a mis padres para que no me acusaran, precisamente, de cobarde. O por no pedir ayuda frente a los perros. El miedo no tiene otro lugar de llegada que la desesperación. El miedo —que ni en Sanatüja ni en el pasaje San Felip existía— se ha presentado aquí.

Y, claro está, el miedo establece también su relación con la muerte. Y lo hace en un *espacio* que suele provocar más respeto a los mayores que a los niños: el matadero. A veces mi madre me da un bote de estaño y me manda a comprar sangre. La instalación es muy sencilla —no se sacrifican animales grandes—, una habitación pequeña y de techo alto, con unos bancos de madera situados en paralelo y sobre los cuales se alinean las cabras: vivas, estiradas una al lado de la otra, con las patas atadas y los cuellos colgando fuera del banco, encima de un canal abierto en el suelo de cemento para achicar la sangre. Pero lo que más me impresiona es que las cabras, como si supieran por qué están allí, emiten incesantemente una larga y estremecedora queja. En todo el local resuenan sus balidos en un desafinado concierto que se asemeja a los llantos de los recién nacidos. Me producen un estremecimiento que recorrerá toda mi vida y que evidentemente formará parte de mis poemas. Una parte importante.

Un hombre con un punzón en la mano me pide que deje el bote debajo de la cabra que él ha escogido y, acto seguido, sin darle más importancia, traspasa el cuello del animal de un solo movimiento. Me quedo hipnotizado, viendo y oyendo caer el chorro de un rojo vibrante que golpea el fondo de bote y que, espumeando, ya empieza a llenarse. Aunque la tarea más difícil es

no derramar el líquido todavía caliente de vuelta a casa, donde mi madre lo transformará en una succulenta bandeja de sangre con cebolla.

La vida se va extendiendo dentro de mí en su vertiente de alegría relacionada con la Naturaleza. La mayoría de las veces es el aprendizaje más plácido, el que se da a un ritmo más agradable. En las tardes de buen tiempo, a mi abuelo —que va y viene de Rubí a Sanaüja— le gusta llevarme a merendar a alguna fuente. Hay muchas y todos las conocen. Los campos del Vallès son más amables que los de la Segarra. Y el agua de las fuentes es limpia y fresca, la palabra «contaminación» no existe. Mi abuelo, además de las viandas, lleva un reluciente vaso de estaño en la mano como si fuera un objeto precioso. Me habla de los campos. Los primeros nombres de arbustos y aves los escucho en estas excursiones, caminando por la carretera, internándonos en algún sendero frondoso o sentados junto a una fuente que sigue siendo, todavía, idéntica a las que cantó fray Luis.

Como todos los años, ya entrada la primavera, las dos clases de la escuela de mi madre y sus dos maestras van a pasar uno de los días del curso en el bosque de Can Xercavins, próximo a las fuentes. Aunque yo voy a la escuela del señor Grimalt, también participo en la excursión. Las niñas de la segunda clase me producen respeto y vergüenza. Es la semilla de una nueva complejidad. Las miro jugar y, de entre todas ellas, hay una a la que, setenta años después, mientras escribo estas líneas, todavía recuerdo de forma especial. Limpia y planchada, con dos trenzas. Aquella noche tengo un sueño en el que las niñas me bañan desnudo en un barreño de agua caliente. Será mi primer sueño erótico, el primer aviso de que dentro de mí puede haber cosas que me importen y que actúen sin que yo las controle.

Algunas tardes de verano voy a pasear con mis padres por la carretera de Terrassa. Como la mayoría de las carreteras, es estrecha y con poco tráfico, tal vez algún carro, y está flanqueada por dos hileras de plátanos viejos, enormes y exuberantes. Un día, de repente, los han talado sin ningún tipo de contemplación. Una vez retirado el ramaje, la visión de los grandes troncos tumbados a los dos lados de la carretera, ahora bajo un sol implacable, me provoca impotencia, desprecio y odio hacia los causantes. Es sólo una vaga intuición de la *autoridad*. Es una de esas sensaciones que se repetirá durante toda mi vida, la sensación de pertenecer a un país sucio y entregado a la desidia, como lo calificará algunos años después Josep Pla, una gente indiferente frente a la belleza y que siempre ha creído y sigue creyendo que derruir un gran café modernista o dejar los muros de ladrillo visto —sin pintar ni estucar— de una granja de cerdos son actos que demuestran una perspicacia empresarial ajena a las nimiedades. La intuición de la impotencia frente al menosprecio y la destrucción de este orden amable y digno que nos protegía ya estaba en aquel Rubí de 1944. A veces, y esto forma parte de mi aprendizaje, la alegría conecta con las zonas más oscuras. Desde entonces ya no dejaré de ser crítico con mi tierra. Nunca entenderé que uno lo sea con tierras lejanas antes que con la suya propia. La autocomplacencia, desde aquellas tardes de Rubí, será para mí una muestra de falta de inteligencia o de coraje que me harán apartarme de quien la practique.

Otro de mis descubrimientos en Rubí es el cine, una zona de investigación personal en medio de aquella alegría que he llamado «civil». Empiezo a construir un recuerdo que acabará formado por miles de tardes entrando en un cine bajo la luz del día y saliendo cuando ya era de noche.

Hasta bien mayor, *ir al cine* consiste en visionar dos películas, a veces una evasión de alguna realidad dolorosa y, al salir, sentir el reencuentro con los problemas de los que se pretendía huir. Es la primera percepción que tendré de ese poder tan singular del arte, de la poesía en especial, como herramienta contra el dolor y la tristeza, capaz de ofrecernos consuelo y un mayor orden interior. Aunque no sé si las películas son comparables a los poemas: en las salas de cine son muy raras las obras de arte con la suficiente fuerza o potencia como para cambiar, mejorándola, la situación interior con la que entramos.

Todo esto empieza los domingos por la tarde: la sala está a reventar y una parte importante del aforo son niños y niñas con sus acompañantes. Yo voy siempre con mi abuela. Llegamos temprano, así que pasamos mucho tiempo en medio del griterío de la gente y la música que suena por los altavoces. En esas esperas aprendo el poder que puede tener una canción: percibo por primera vez, sin saber todavía identificarla, la capacidad de consuelo que tiene la música, tan semejante a la de la poesía. Recordaré y continuaré cantando para mí, toda la vida, en voz alta, aquella canción: se titula «Mi caravana» y le pone voz Raúl Abril, un cantante que era maestro y que fue *depurado* al terminar la Guerra Civil por haber combatido en el bando republicano. La canción trata de una caravana de carros que avanza entre risas y canciones, en la que va un hombre que acaba de perder a su compañera durante el viaje. Por eso quiere dejar la caravana para volver atrás, donde ella quedó. No tengo claro a qué asocio la caravana en aquel momento inicial, pero no tardaré en relacionarla con aquellos carros cubiertos de grandes lonas y llenos de enseres y provisiones, con hombres a caballo por las cercanías, de las películas del Oeste. Me entenece y a veces me angustian los personajes de la canción, sin identificarlos con ninguna situación previa. Pero lo hago sin dificultad, porque ya vivo por dentro lo que será la complejidad sentimental.

Mi entrada en Rubí está marcada por la muerte, pero de eso no seré consciente hasta muchos años después, cuando mis vivencias constituyan recuerdos. Hasta ahora, la muerte siempre estuvo presente en mi infancia: nací en un momento en el que la mitad del país intentaba matar a la otra mitad. Durante la posguerra, que es lo que estoy viviendo en Rubí, a través de la familia llega al niño que soy el pánico continuado ante la posibilidad de ser encarcelado o incluso fusilado. No entiendo los detalles y menos los motivos, pero percibo aquella muerte enorme y vaga. Hasta que fallece mi hermana. Ahí no hay vaguedad ni grandeza. Fue una sola noche, una sola oscuridad y alguna cosa que todos perdimos y que no volverá nunca más. Soy un niño y ya lo he aprendido. También está el misterio de las cabras —por algún motivo, años después me llevará a escribir uno de mis poemas al que le tengo más cariño— que me despierta, a la vez, curiosidad, lástima, pena, respeto. Un niño no puede plantear problemas acerca del miedo, los mayores ya tienen suficiente con lo suyo. Ésa es la lección.

De Sanaüja partió un crío que no tenía nada que esconder al mundo que lo rodeaba. El niño que saldrá de Rubí habrá perdido la inocencia. Ya tendrá delimitados los conceptos de deseo y de culpa, sabrá que necesita tomar decisiones que afecten a su relación con las personas adultas más cercanas y, por tanto, su relación con el mundo empezará a parecerse a las que tendrá el viejo que un día escribirá esta historia. Para lo único que aún es demasiado pronto es para el remordimiento.

## La enfermedad

A pesar de la muerte de mi hermana, los dos años que pasé en Rubí me dieron cierta estabilidad, gracias a la cotidiana presencia de mi madre y a poder ir a la escuela de forma regular. Pero el verano de 1945, mientras mi padre continuaba trabajando en la delegación de Regiones Devastadas en Figueres, mi madre —que estaba embarazada de mi hermana Esther— consiguió una beca para estudiar en la Escuela de Puericultura de Barcelona, en régimen de residencia para ella y también para la niña, cuando ésta naciera. Así que a mí me tocó ir a vivir con mi padre y mi abuela en Figueres.

El traslado empezó una noche a finales del verano de 1945. Mi madre y yo partimos antes del alba, a esa hora en la que la oscuridad es mayor, desde nuestro barrio de Les Basses a la estación, atravesando todo el pueblo sin una sola luz encendida y sin luna. Mi madre caminaba de prisa, a pesar de llevar un gran fardo en cada mano. Yo intentaba no quedarme atrás porque me asustaba perderla y perderme. Me agarraba a un cordel que sobresalía de uno de los bultos y mi madre no paraba de repetir: «No te apoyes, camina...». Cogimos el primer tren a Barcelona. Yo no sabía el nombre del sitio al que íbamos, ni que ya no regresaría a casa ni a la escuela. Mi corta existencia había consistido, hasta entonces, en un cambio tras otro. Y seguía igual. De ahí que no tuviera ningún sentimiento de tristeza o pérdida, sentimientos que implican futuro, y yo vivía en un presente continuo.

Este ir y venir de un sitio a otro repercutía en mi carácter, sobreponiendo al temperamento propio y al instinto de supervivencia un algo basado en la soledad y en la incertidumbre que me llevó a desarrollar el concepto de refugio interior —que años más tarde estará también en mis poemas—, construido y conservado por mí mismo, sin ayuda directa de nadie y sin que nadie supiera ni la situación ni la estructura. Y que acabó por determinar la conducta de mi Yo descuidado, desconfiado, que ya había emergido y casi estaba del todo consolidado aquella oscura noche en que dejamos Rubí.

Éste iba a ser el punto de partida de mi poesía: la necesidad de construirme la estructura personal más fiable posible. Una convicción que implicaba también el intento por armar un mundo personal que resultase inviolable. En Rubí, esto no fue más que una actitud y una intuición acerca de la muerte. Pero los datos que comencé a recopilar en Figueres sobre mi propio dolor terminaron por afinar mi percepción de la pérdida. Al abandonar Rubí, dejamos atrás el sitio

donde había empezado a aprender que una parte de mi vida siempre estaría exclusivamente en mis manos, dependiente de mis propios recursos. Y que la magnitud de esa parte, que yo tenía que defender solo, seguiría creciendo.

En Figueres sufrí, en una rodilla, el primero de una serie de grandes forúnculos, profundos y dolorosos, que me continuarían saliendo hasta cumplidos los veinte. Se abrió así la puerta al dolor, consciente ya, en mi cuerpo. También recuerdo los paseos por un parque sin nadie, mientras mi abuela me explicaba que íbamos allí para apartarme de los otros chiquillos, por miedo a que me contagiaran la tos ferina. Forman parte de la infinidad de miedos, precauciones y cobardías aprendidas. Después llegó la sensación real de peligro en medio del adormilamiento por la fiebre y la interminable cuarentena del sarampión, una sensación acentuada por la luz de la habitación donde estaba, solo. Un cuarto envelado por el tono rojizo de los pañuelos y papeles que cubrían la ventana y las bombillas, una escenografía que formaba parte del tratamiento médico de la enfermedad. El dolor es rojizo. La muerte, negra: el color más abstracto que hay. Los murmullos de los mayores en la habitación, su miedo al contagio, eran también rojizos, encarnados. De estas enfermedades morían los niños durante mi infancia, un tiempo sin antibióticos ni vacunas.

Como compensación, en Figueres resolví la pronunciación de las erres, que arrastraba con el sonido de una «gue» desde que había empezado a hablar. Un sonido que volveré a escuchar, muchos años más tarde, en Gabriel Ferrater. No me había dado cuenta de mi defecto. Un médico amigo de mi padre me sometió a unas sesiones intensivas, yo sentado en una mesa de su casa, con las piernas colgando, y él con la cara muy cerca de la mía, obligándome a repetir, interminablemente: «Por la caguetera pasa un caggo cargado de ggocas». Así descubrí el aburrimiento, pero aquel hombre liberó mi habla del peso de la «gue» que emergía potente e invasiva desde la garganta.

Vivíamos en un piso de una vieja casa, como aquella de Rubí donde había muerto mi hermana Trini. Un piso con unas enormes ratas que subían y bajaban en vertical —lo cual no dejaba de asombrarme— por el amplio y luminoso patio interior al que también daba la escalera de acceso. Yo las contemplaba tras el cristal, sintiéndome seguro, pero temeroso en el fondo de que ellas, de noche, encontraran la forma de entrar en casa. Ligada a aquella claridad del patio, conservo también el recuerdo de mi padre llegando un día, gritándonos con entusiasmo desde el portal, y nosotros saliendo a recibirlo al rellano: él subía la escalera alzando a la manera de los trofeos un pan blanco, redondo, que en mi memoria siempre será enorme y luminoso —como una gran hostia—, mucho más grande y blanco de lo que debía de ser en realidad. La expresión «pan blanco» tiene un significado profundamente primigenio para los que vivimos, conscientes, aquellos años de pan negro, duro y desabrido (se rumoreaba que echaban plomo para que pesara más, así que nosotros quitábamos las bolitas oscuras que encontrábamos en la miga, convencidos de que eran de ese metal).

Sobre nuestro edificio había una soleada terraza donde a menudo jugaba con una niña rubia, los dos solos. Yo con una carretilla de madera y ella con una muñeca. Tengo la sensación de que pasamos muchas horas allí. Fue una relación silenciosa y afable, no puedo evitar, al recordararla, un sentimiento suave y especial, muy diferente al que me provocaría un niño u otra niña distintos. Casi no hablábamos, cada uno con su juguete. Todo terminó con una brizna de nostalgia al no

poder despedirme de ella cuando abandonamos Figueres. Porque nuestra estancia fue muy breve, del verano de 1945 a septiembre de 1946. En diciembre de 1945 nació Esther, pero no entrará en mi vida hasta el año siguiente, ya en Girona. Mi madre, que a menudo venía de visita, dejó de hacerlo tras el parto. De nuevo era mi abuela la única que me cuidaba. Y el curso sin ir a la escuela también interrumpió la normalidad iniciada en Rubí.

Los recuerdos de Figueres son menos nítidos. Y con ello quiero decir también menos amables, porque el miedo los desdibuja. El miedo que en Rubí había significado un descubrimiento en relación con personas y hechos concretos, en Figueres se volvió más profundo, y parecía imposible hacerle frente. La tregua contemplativa había terminado: ya era un personaje más de la obra. Por ejemplo, era capaz de entender mi incomodidad y en ocasiones desesperación por no saber qué decirle a mi madre cuando evocaba a su hija muerta, obsesionada con que nadie olvidase a la pequeña Trini. De repente llegaba todo lo que hiera a la vez y no sabía qué hacer con aquel dolor tan diferente del dolor físico que había descubierto hacía poco.

En Figueres, cumplidos los ocho años, comprendí que encontrar cobijo en mi madre y mi abuela ya no sería una cosa tan sencilla e inmediata. Y mi padre había contado poco hasta entonces. Durante aquel año acumulé mucha información sobre el tipo de riesgos que me esperaban. Y comencé a intuir la complejidad de cualquier defensa. De algún modo, mi tiempo en Rubí y su continuación en el piso de Figueres fue el de la toma de conciencia de aquello que los mayores llamaban «la vida y la muerte».

## Tejados junto al río

Regiones Devastadas era una Dirección General del Ministerio de la Gobernación —con un nombre que parecía concebido por uno de los poetas del Régimen— y que actuaba comprando o expropiando terrenos en los pueblos «adoptados por el Caudillo» para, a continuación, construir el ayuntamiento, la escuela, la casa del cura... Y a veces, también, viviendas. Mi padre construyó el ayuntamiento de Sant Feliu de Guíxols, el de Port de la Selva, la aduana de Portbou, el cementerio de Colera, el hospital de Palamós y, también, el de Figueres. La oficina que en un principio se situó en el más importante de aquellos pueblos *adoptados*, pronto fue trasladada a Girona, la capital provincial, en el seno de una organización administrativa más consolidada. Así que otra vez tuvimos que mudarnos.

A comienzos del verano de 1946, llego junto a mi padre y a mi madre a Girona, una ciudad de unos treinta mil habitantes, silenciosa y la mayor parte de ella, todavía, concentrada cerca del río. Mientras se prepara el piso en el que viviremos, alquilamos una habitación en la casa familiar del señor Martí, un taxista que vivía cerca de la plaza Marquès de Camps, al lado de la Dehesa, de la que la separan las vías del tren con un paso a nivel con barreras. Es una planta baja espaciosa, sencilla, pero limpia y ordenada, con patio y garaje, y nosotros residiremos en ella un par de meses que serán, para mí, de una gran felicidad al convivir con aquella familia que todavía asocio con la bondad y la alegría. La habitación que nos han alquilado es el dormitorio principal, con una gran cama de matrimonio, a juego con las mesitas de noche y el armario de espejo, todo de madera de roble. Asocio su austera solemnidad con la del coche grande, de antes de la guerra, recto y clásico, de color azul oscuro, la herramienta con la que se ganaban la vida, y que su afable conductor siempre mantenía reluciente.

Muy pronto me acostumbro a ser parte de la casa, y a dormir con el hijo y la hija —algo mayores que yo—, con los que paso muchas horas. Para jugar, hace las veces de jardín la Dehesa, inmensa, con sus miles de plátanos centenarios que forman un bosque tranquilo, majestuoso, sombrío ahora en verano, pero que en invierno me deslumbrará con sus rayos de sol entre las ramas desnudas. Un bosque imponente y extraño, con su parte salvaje y, también, su parte perfectamente llana y casi urbana. Sin renunciar a una grandiosidad siempre solitaria, a poco que te adentres sabes que cuando se acabe te esperan las delicadas y, ya agrestes, orillas del río Ter, que no conoce la profanación de la basura y lo sucio, porque todavía es un río que no ha entrado

en la ciudad.

Vamos a jugar con otros niños y niñas al otro lado de la Dehesa, a orillas de ese río Ter. Unos simulamos ser colonos que vamos en caravanas y, los otros, bandoleros o indios. Los domingos por la mañana mi padre nos lleva a todos a bañarnos en aquel tramo del río, en unas aguas transparentes sobre un fondo de arena limpia. Son los primeros impactos de la belleza y, también, el descubrimiento de que jugar significa algo hasta entonces desconocido: un sentimiento liberador que me une a través de la inteligencia con otros chicos, pero que no es fácil de manejar. Hay juegos estandarizados, los que jugaba en la escuela de Rubí, por lo general brutales, pero jugar con la inteligencia es más serio y profundo, mucho más alegre, y se perfecciona continuamente. Es un primer núcleo que acabará generando el sentimiento —y el concepto— de libertad, y que empieza con la sorpresa de tener un mundo propio separado del de los adultos. Otra forma de salvarse.

El piso donde fui a vivir con mi padre, mi abuela y mi hermana estaba en la calle Nou, junto al Puente de Piedra y, por tanto, al lado del río. Es el más alto de una casa que, según me dice mi padre, es la más alta de Girona. Diez plantas. En el piso principal está el periódico local: *Los Sitios*. Nuestro piso tiene una especie de sala de estar-comedor de forma hexagonal. Uno de los lados del hexágono da a la estrecha calle Nou: si abres la ventana, te asomas al congosto de la calle, a ras del acantilado de cuarenta metros de la fachada. Esta sala la flanquean dos terrazas largas y estrechas que llegan hasta la misma fachada de la calle Nou. Pero estas terrazas, a pesar de tener la baranda lateral normal, en el extremo que da a la calle, terminan únicamente en un sillar con moldura, amplio, pero demasiado bajo, de la altura de dos escalones normales. Es el único obstáculo que separa el extremo de la terraza del precipicio. En uno de nuestros primeros días allí, buscando con mi abuela a Esther por toda la casa, la encontramos, al fin, subida a aquella «baranda» amplia y baja, dispuesta a continuar su exploración hacia adelante, hacia el vacío. El susto nos durará varios meses, y desde entonces colocaremos unos muebles o cualquier otro obstáculo para impedirle el acceso a aquella apertura tan peligrosa que, con la perspicacia de los críos, ella había encontrado tan pronto.

Por detrás de nuestro piso, la escalera general del edificio continúa con una pequeña escalera de servicio, ya al aire libre, que sube hasta la última y mínima terraza para acceder a la pequeña cúpula de la que emerge el pararrayos. Al poco de vivir allí, un día oímos un gran estruendo encima de nosotros y casi inmediatamente vemos bajar por la escalera a un chico aterrorizado que grita: «¡El pararrayos, el pararrayos!». Se había estado columpiando en el cable que, desde la punta donde cae el relámpago, va al patio de luces, para bajar diez pisos hasta la toma de tierra en el sótano del edificio. El peso del chico y el balanceo habían arrancado aquella bola y la barra corta de hierro de tres puntas que descansan en el suelo, sobre la terraza. Se quedará así para siempre: el grueso cable que sube del patio culminará en un engendro de metal, caído, inútil, fracasado. A partir de entonces, en las noches de tormenta nos dará miedo que nuestra instalación, en ese estado, sea aún más peligrosa que si no dispusiéramos de ningún tipo de protección. Ni siquiera, cuando pasen los años y mi padre viva allí solo y nosotros en Barcelona, habrán arreglado el pararrayos vencido, y el miedo, acentuado por la soledad, llevarán a mi padre a irse a pasar las noches de tormenta al Hotel Peninsular, al otro lado de la calle.

Aquel incidente fue un aviso homérico para el niño que tanto debía aprender sobre la protección y la desprotección en los siguientes años. Todo aquello provocaba una sensación de peligro, pero, al mismo tiempo, son espléndidas las vistas sobre el río y las casas colgadas sobre el agua. La ciudad parece un pacífico rebaño de tejados en medio de los cuales se eleva, como un imponente pastor, la catedral. Estas dos visiones, la de la ciudad desde la casa y la de la Dehesa desde dentro, bajo los grandes plátanos, es la solemnidad tranquila que siempre recordaré de la Girona de los años cuarenta. Mi descubrimiento del paisaje urbano. Uno de los primeros accesos a la belleza como refugio. Aprenderé algo misterioso: contemplar las vistas de Girona atravesada por el río Onyar, igual que antes el Ter, y la Dehesa, podía ayudarme a no echar en falta a mi madre o, al menos, a hacerlo en paz.

Subir hasta nuestro piso no es cómodo antes de las nueve o las diez de la noche —a veces incluso mucho más tarde— cuando llega la luz y el ascensor funciona. El resto del día hay que subir a pie. Uno de mis principales recuerdos de la casa son aquellas ascensiones, que empiezan en la oscuridad, con las oficinas del periódico en el principal, hasta que las ventanas, superado ya el edificio vecino, mucho más bajo, dejan entrar la luz directa primero y poco después el espectáculo: la subida se termina con un gran estallido de claridad y vistas al río.

La avanzada edad de mi abuela y la cantidad de pisos que hay que subir a pie conllevan que siempre sea yo el que tenga que salir a comprar. A menudo a la Pesca Salada, casi delante de casa, donde compro los arenques y el bacalao —dos alimentos baratos en la posguerra— y, prácticamente contigua, a la pescadería de la que vuelvo con la morralla de peces pequeños, como la boga, el jurel o el mújol, otra forma económica de comer pescado fresco. Junto con las patatas de Sanaüja, la sangre del matadero de Rubí o el hígado y los menudillos de la siguiente etapa, en Barcelona, son mis primeras vivencias alimentarias. Pues bien, aquel bajar y subir a pie por la escalera será muy importante para el desarrollo de mi capacidad de reflexión: es mi humilde jardín de la *Akadémeia*. A partir del piso de *Los Sitios* ya no suelo encontrar nunca a nadie y, frente a alguno de los ventanales altos, con espaciosa vistas, pasaré muchas horas sentado en los escalones. Allí meditaré por primera vez sobre el sexo o sobre los adultos, la violencia de los primeros deseos, la añoranza de aquella alegría de los primeros días en casa del señor Martí y sobre ese vacío que no sabré identificar hasta pasados los años: la ausencia de mi madre.

De los dos cursos que pasaré en Girona, tan sólo este primero iré a la escuela, la de los hermanos maristas, los religiosos de almidonado babero blanco. El edificio está cerca de la catedral y en él todo es grande: el edificio, los pasillos, las aulas, los ventanales, el patio de cemento rodeado de una valla metálica, muy alta. Mañana y tarde estoy sometido a su disciplina religiosa. Es obligatorio leer durante el curso *El libro de España*. Pero, bendita sorpresa: de repente se convierte en el primer libro que leo con interés en mi vida. A pesar de ser un producto de propaganda política, el autor es eficaz y probablemente tampoco comulgara con la versión oficial de la historia. Pasa lo más ligero que puede por los obligados momentos de enaltecimiento de la derecha reaccionaria y del odio y del menosprecio hacia la izquierda y la República. Prefiere concentrar su eficiencia narrativa en el resto del libro, donde priman, sobre la ideología, los sentimientos y cuestiones humanas, así como la admiración por las ciudades y las obras de arte que van apareciendo. Cuenta las aventuras de dos huérfanos de un capitán —*nacional*,

evidentemente—, muerto en el asalto al Cuartel de la Montaña por «las hordas rojas», y que ya antes se habían quedado sin madre. Recorren España sin medios, en busca de sus abuelos, a los que han perdido el rastro a causa de la Guerra Civil. Por todas partes encuentran a personas con buenos sentimientos que los ayudarán y, de esta forma, voy siguiendo con placer los paisajes, pueblos y ciudades, los monumentos y las glorias —adjetivadas «imperiales»— de cada provincia. El hermano mayor cuida del pequeño. Siempre van aseados y visten dignamente, aunque de forma humilde. Llevan pantalones cortos y una pequeña maleta en la que guardan algo de ropa. El libro está bien escrito, sabe despertar ternura. Nunca me produjo pereza leerlo, no me supuso ninguna obligación. Mi situación no tiene nada que ver con la de los protagonistas, pero la ausencia de mi madre y el hecho de que mi padre prácticamente sólo apareciera para irse a dormir y muchos fines de semana se fuera con ella, implica que mi abuela sea mi principal protección y que, en cierta medida, me sienta cercano al sentimiento de los dos huérfanos. Es mi primera novela.

No tendré ni un solo amigo. Con la escuela vamos de excursión a la Dehesa, que no se me antoja igual en aquellas condiciones, siempre en fila de dos mientras atravesamos la ciudad, un trayecto durante el cual se nos queda mirando la gente, lo que me lleva a sentirme profundamente humillado. Es el primer encuentro con el nacionalcatolicismo, el fundamentalismo con el que se construirá lo que será el marco social, moral y político donde me desenvolveré hasta que cumpla los cuarenta. Una larga práctica, por tanto, viviendo al margen de las presiones del entorno, sin pretensión alguna de cambio —el cambio tardará muchos años en ser una mera posibilidad—. Cómo no envilecerse ante la falta de libertad: toda una ciencia. Aquella dureza no era mala para la vida interior, porque, de algún modo, exigía reducir la vida social. No me supone un esfuerzo importante sortear toda esa charlatanería confesional de aquellos *hermanos*, ni impedir que me traspasen la epidermis los sermones más o menos disfrazados de conocimiento. Es una constatación de que estoy sobre aviso respecto a lo que puedo esperar. Ninguna de las tonterías de dividir la clase en dos bandos con títulos tan ridículos como *romanos* y *cartagineses* ni los miserables discursos sobre la pureza que tan sólo hacen que aumentar la angustia de aquellos niños que ya empezaban a descubrir el propio cuerpo a través de las primeras eyaculaciones secretas, me hacen efecto. Saldré igual que había entrado. Pero llevándome el bagaje de las historias y personajes del *Libro de España*, que he asimilado como novela sentimental y de aventuras en la cual no me resulta difícil obviar qué bando exaltan.

El resto es aprender a leer y a escribir, aritmética y, sobre todo, religión. Evidentemente, en castellano. Igual que en Sanaüja y en Rubí. En casa no se habla de ello, el tema cultural relacionado con los libros de escritores de verdad no se planteará tampoco hasta unos años más tarde, lejos ya de Girona. Mi única interlocutora es mi abuela, que sólo me tiene a mí, porque con mi padre se trata muy poco, lo justo para los temas de intendencia, lo que agrava el poco respeto cultural que mi padre sentía hacia sus progenitores, es decir, el complicado problema de su vergüenza íntima por la distancia entre la gente con la que se relacionaba profesionalmente y la familia de la que procede.

A él casi no lo veo, normalmente está ausente del entorno cotidiano. Pasa muchas horas ocupado en su trabajo que, además, se desarrolla por toda la provincia, con carreteras estrechas y

coches lentos, así que suele almorzar a menudo lejos de casa. Pero está presente en dos episodios desagradables. El primero, en la piscina municipal. Nos hallamos los dos dentro del agua, en la zona donde hago pie, y me dice de repente que me va a enseñar a nadar: hace que me estire de cara al agua y coloca sus manos bajo mi barriga mientras chapoteo. Él había sido un buen nadador, iba de joven al Club Natación Barcelona e, incluso, llegó a participar en alguna que otra competición. Ahora está dispuesto a que su hijo empiece a espabilar. Mientras me sostiene, me obliga a ir cada vez más hacia lo hondo. Percibo su estrategia y me angustio, intento girar y nadar hacia atrás, regresar a la zona segura, pero él me lo impide, forzándome, lentamente, a avanzar hacia el peligro, aunque me asegura que no nos estamos moviendo. La ansiedad me vence, grito, y él me sujeta más fuerte y me arrastra, sin contemplaciones. Consigo ponerme vertical (ya no hago pie) y atenazo a mi padre con brazos y piernas, sin dejar de chillar. Todos nos miran. Para evitar seguir con el espectáculo, me devuelve a la orilla de la piscina. Yo estoy abochornado y también asustado. El miedo me sirve para constatar la relación entre educación y violencia, en este caso violencia física, ejercida por una de las personas más cercanas y en la que más confiaba. Es, por tanto, mi primer ejercicio de decepción sentimental.

Algunas noches tengo pesadillas. Después no las recuerdo, pero desembocan en un alarmado despertar y en un estado de desorientación absoluto. A partir de ahí, en el silencio de la madrugada, me encuentro en mi habitación a oscuras. Pero no sé dónde estoy. Me pongo de pie encima de la cama y palpo la pared que hay detrás del cabezal: al tocarla la siento inclinarse hacia mí y el oscuro cuarto adquiere formas geométricas diferentes de las reales, los planos horizontales y verticales que la definen se mueven y toman inclinaciones espantosas. No sé orientarme y todo termina en gritos de terror que despiertan a mi padre y a mi abuela. A veces termino saliendo del cuarto mientras busco la cama, sin ser consciente del sitio extraño por el que me muevo. En uno de estos episodios nocturnos entro en el comedor e intento abrir aquella ventana que da al precipicio de cuarenta metros creyendo que había encontrado la puerta para escapar del cuarto. Por suerte, mi padre me agarra y me lleva a la cocina. Una vez allí mete mi cabeza bajo el grifo de agua fría y me refriega la cara con fuerza, diría incluso que con violencia. Siempre recordaré con un escalofrío aquellos súbitos despertares, tan duros como la propia pesadilla. Mi padre cerrará herméticamente la peligrosa ventana que no pude abrir.

Por primera vez soy consciente de formar parte de un continuo complejo. De pronto me sorprende que la constante sea la persona que soy. Me acostumbro a un ritual elemental y, al mismo tiempo, profundo: cuando llevo un rato solo, me quedo inmóvil unos segundos, en suspenso, y me digo a mí mismo en voz baja: «Yo, soy yo». Lo repito varias veces y me asombra la intensidad de la sensación de misterio que me produce escuchar de mi boca aquella constatación aparentemente tan trivial.

## Jugar en la calle

Tanto mi padre como mi madre empiezan a hacer gestiones para trasladarnos los cuatro —ellos dos, Esther y yo— a Barcelona. Tardarán más de un año en conseguirlo, por lo que mi siguiente curso transcurrirá todavía en Girona. Por otro lado, mi abuelo y mi tío Lluís, mientras esperan a mi abuela, que nos cuida a mi hermana y a mí, han alquilado un piso en Santa Coloma de Gramenet, población que el río Besòs separa de Barcelona. Si se han instalado allí es porque mi tío ha encontrado trabajo como mecánico en La Maquinista, Terrestre y Marítima, la fábrica de trenes que está a una hora a pie por caminos y rieras en dirección al barrio de Sant Andreu.

El verano siguiente al curso de los maristas lo paso con mis abuelos y mi tío en Santa Coloma, que tiene unos catorce mil habitantes y donde una riada acaba de derrumbar el único puente que comunica con Barcelona. Al nivel del suelo han construido una pasarela de urgencia, de hormigón macizo, con agujeros para el paso de agua, que permite atravesar el río a unos cincuenta centímetros por encima del escaso caudal. De ahí que cuando las lluvias aumentan el nivel de las aguas, la ciudad pierda toda comunicación con Barcelona.

Es una población compacta que en las zonas más alejadas del centro tiene las calles sin pavimentar y casas de tres o cuatro pisos aisladas o, a veces, dispuestas en breves hileras en medio de huertos y descampados. En uno de estos modestos bloques de pisos, construidos en los años treinta y habitados sobre todo por inmigrantes murcianos, tienen su domicilio mi abuelo, mi abuela y mi tío Lluís. Además de los dos dormitorios, el piso tiene una tercera habitación —la más grande de las tres y amueblada con más solemnidad—, pero que siempre está cerrada, porque no entra en el alquiler y no tenemos derecho a ocuparla. La casa pertenece a la carbonera, una mujer gorda y enérgica dueña de una carbonería situada una calle más allá de la nuestra, y que gana dinero en el mercado negro.

Al poco de cumplir los nueve años, experimento por primera vez la sensación de pertenecer a un grupo social, el de la gente humilde de aquella calle de las afueras del pueblo. Una relación plena, en juegos y en conversación, con otros muchachos. El conocimiento de otras intimidades, casas, familias. Santa Coloma será una breve pero intensa ebullición sentimental, un paréntesis a la soledad de Girona: todo el día al aire libre, pero perfectamente integrado en aquel grupo heterogéneo y compacto, «los de nuestra calle». Aún conservo una fotografía que tiene un gran valor para mí: una mañana en la que cuatro o cinco de la pandilla estamos jugando, llega un

fotógrafo ambulante y nos propone hacernos un retrato a todos los chicos y chicas de la calle. Rápidamente se corre la voz y todos salen de sus casas, formando un grupo de veintidós chiquillos. Es evidente que no somos de clase alta. Yo estoy sentado en la primera fila, sobre la tierra que hace de pavimento. Llevo alpargatas y la cabeza *al rape*, como muchos de los otros chicos. Las niñas son todavía pequeñas, pero ya cargan en brazos a los que todavía no han aprendido a caminar. El blanco y negro transmite la miseria, pero en este grupo en el que nos mezclamos catalanes y charnegos las caras son de alegría. Allí están «los míos»: Pascualín, también de nueve años, con quien muy pronto tuve mi primera pelea, revolcándonos en la tierra —rito ineludible para formar parte del grupo—. Hiciéramos lo que hiciéramos, siempre acabábamos ensuciándonos de tierra. Pascualín vivía en mi escalera, lo mismo que Coque (Jorge), siete años, rubio, de rostro jovial e inteligente. Dos de las chicas viven en el bajo, son las hermanas Leti y Susi. La primera tiene mi edad: vigorosa, corre y tira piedras como los chicos. La pequeña, de ocho años, rubia y con trenzas, dulce y sencilla, está sentada a mi lado. Podría ser la niña que a veces sale en mis sueños. Por entonces, todos estábamos colados por Helena, con trenzas, un año mayor que yo, algo separada en un extremo del retrato, como si fuera ajena al grupo; suya es la pose más discreta y el vestido más pulcro. Es la hija del carpintero de al lado de casa, y muy pocas veces salía a jugar a la calle. Una princesa.

La calle de tierra continúa con una ligera cuesta y se convierte, unos metros más arriba de la carbonería, en lo que se conoce con el pomposo nombre de «avenida del Manicomio». Es un camino más ancho, de tierra mejor allanada y rodeado de plátanos y moreras. Como es lógico, muere a las puertas del manicomio: cinco pabellones psiquiátricos construidos alrededor de 1920, que seguirán en funcionamiento hasta finales del siglo XX. Los pabellones están en mitad del campo, en un recinto cerrado. Muchas tardes voy hasta allí dando un paseo con el abuelo y la abuela. Él siempre va con su vaso de estaño para beber en la fuente, rodeada de bancos de piedra, que hay en la entrada de aquella institución, tan cercana y al mismo tiempo remota, repleta de historias donde se mezclan los viejos miedos de nuestros antepasados y los nuestros frente al peso, que no puedo reconocer pero que percibo, del odio y el resentimiento que han dejado los años de guerra y posguerra, amontonados bajo la tensa realidad y el silencio brutal de los muertos. Allí, oyendo manar el agua de la fuente, a menudo nos encontramos —con misterio y cierta desconfianza— a algún pacífico paciente del manicomio, al que le está permitido pasear. Es una imagen de lo que son los ciudadanos del país, este país sobre el que empiezan a correr, entre los chicos de la pandilla, historias familiares más o menos tremebundas.

Aquí bullen el final de nuestras infancias y, ya, nuestras adolescencias. Entretanto, aquel verano, mi tío se ha amancebado y, para que viva con nosotros, se ha presentado con una de aquellas «mujeronas» —así las llama mi abuela—. Es pequeña y morena, de ojos expresivos, oscuros, y los dos dientes delanteros muy grandes y blancos. Se convierte en motivo de cotilleo entre mi abuela y mi madre. Me doy cuenta de que las dos mujeres de la casa la rechazan, como si se tratase de una de aquellas mujeres de moral fronteriza con las que tanto le gustaba ir a mi tío. Es el choque entre dos actitudes. Por un lado, el espíritu conservador —que las penalidades han aguzado— de mi padre y mi madre, junto al temple también tradicional de los agricultores pobres que son mis abuelos. En el otro extremo, la fuerza del hijo inculto pero convencido del idealismo

de la izquierda, el joven anarquista que todavía sigue siendo mi tío, que no parece que pueda olvidar la lucha de clases, pero capaz de ser el amante de la mujer de un coronel franquista, a la que había dejado no hacía mucho.

Nos levantamos temprano y la primera parte de la mañana la paso siempre en el pequeño comedor: cuando desayuno, la pareja ya se ha ido. Él tiene que ir a trabajar a La Maquinista y ella lo acompaña, luego vuelve a casa y, al mediodía, sale de nuevo para llevarle el almuerzo. Hasta media mañana yo converso con mi abuelo o mi abuela, que a veces abre con llave la puerta de la habitación de la carbonera para que admiremos el mobiliario, de más nivel y más vistoso que el del resto de la casa. Después juego un rato, solo, sentado en la mesa cubierta con un mantel de color verdoso. Puedo pasarme horas y horas con unas figuras que yo mismo dibujo y recorto, que representan personajes de las historias que me invento.

Desde media mañana hasta que oscurece estamos en la calle casi todos los días. El grupo se reúne y tan sólo detiene sus juegos y conversaciones para almorzar, rápidamente, y para subir algo más tarde a buscar el pan con una onza de chocolate, el ritual de las meriendas. Los juegos son de todo tipo, los hay antiguos e inocentes y también violentos, como por ejemplo, el de *la guerra*. Las armas son los clásicos tirachinas. El proyectil es un pequeño gancho metálico con forma de ángulo, que quitamos de las cortinas de barra metálica de las tiendas del barrio: desde la calle, escondidos a un lado de la puerta y con mucho cuidado para que no se note, descolgamos un trozo, nos lo llevamos y procedemos a desmontarlo. Cada corchete se convierte en una bala.

A guerras jugamos sólo los niños, aunque Leti se apunta en ocasiones. También se suman algunos chicos mayores que nosotros, grandullones deslumbrados por la violencia, que les da ventaja. Más de una vez el juego termina bruscamente, con caras ensangrentadas y la presencia de adultos que se llevan a los participantes, con la cabeza baja, algún tortazo, y las armas.

Paso muchas horas sin control, pero nunca solo, sino en compañía, en aquella amalgama de relaciones a la que no estoy acostumbrado. La vida en el barrio es densa y dura, pero cálida, una mezcla de murcianos y catalanes que intentamos sobrevivir al fracaso propio de nuestra época. Hay una buena relación entre los adultos y los chavales, los mayores cuidan de los pequeños, y esto vale para cualquier edad. En el bajo de nuestra escalera vive un joven sastre con su esposa. Él tiene un pequeño taller de carpintería y un día me quedo de piedra al ver que me ha hecho un maravilloso *alfanje* de madera, la espada que, en las aventuras de los tebeos de *El Guerrero del Antifaz*, llevaban los sarracenos, enemigos del héroe cristiano.

Nuestra pandilla, si no juega, está perezosamente explicándose historias o difundiendo las que corren por el barrio, como aquella del «fantasma» que, de buena mañana, cuando todavía está oscuro, se aparece a las chicas que van a trabajar y les exhibe sus partes íntimas. Los caminos que llevan hacia Sant Andreu y Barcelona bordean una riera generalmente seca y a su alrededor abunda la vegetación, grandes extensiones de cañas, chumberas, zarzas, pinos. Se dice que algunos de los hombres que también van al trabajo a aquellas horas, como mi tío, están dispuestos a darle una paliza si se lo encuentran. También circulan los tebeos. Nuestro favorito es, precisamente, *El Guerrero del Antifaz*. Un personaje de la mitología franquista, vestido con una cota de malla y una enorme cruz roja que le ocupa todo el pecho. Todas sus aventuras tienen lugar en una época que, para el Régimen, es la más gloriosa: la Reconquista. Es mi primer contacto, profundo, serio, con

la mentira histórica, que pronto estará por todas partes, desde todas las direcciones, y durará toda la vida. Hay otro cómic que leemos con fruición: *El Hombre Enmascarado*, un personaje más filosófico y cuyo nombre bien podría ser el título de algún ensayo de finales del siglo XX. Él es simplemente un defensor del Bien, así, con mayúscula, de derechas. Resulta apropiado a su carácter violento pero platónico que viva en una caverna cuya ubicación nadie conoce y adonde se retira entre aventura y aventura. Su rasgo distintivo es una ceñida malla negra que le cubre el cuerpo e incluso parte de la cabeza. Años después lo describiríamos como a un submarinista con un antifaz negro en lugar de gafas.

Ya lo he comentado anteriormente: muchas tardes salgo a pasear con mis abuelos. En cierto modo es como si repitiéramos las salidas al campo de Sanaüja, aunque allí siempre había alguna tarea que lo justificara: regar el huerto o recoger la hierba para los conejos, por ejemplo. Aquí, en cambio, es el puro paseo, cuyo único provecho son los higos chumbos o las moras que cogemos en la avenida del Manicomio. Alcanzo a entender algunos fragmentos de las conversaciones de mis abuelos, igual que sucede con mi tío o con mi madre cuando han estado por casa, poco a poco estoy empezando a penetrar el silencio espeso de los mayores.

Si mis abuelos tenían dinero ahorrado, no debía de ser gran cosa y en moneda republicana. Sus únicos bienes son la viña, el huerto y la casa de Sanaüja, donde habíamos nacido los antepasados de mi abuela, ella y yo. Pero ahora ha llegado el momento de vender todo para poder hacer frente a los problemas económicos de sus dos hijos. Mi abuela no acepta de buen grado la venta. Ella, con sesenta y ocho años y mi abuelo, con setenta, ¿qué otro tipo de ingreso podrían obtener por ese entonces, con dos hijos que han luchado en el bando de los perdedores? Así pues, se quedan sin ningún bien personal y dependiendo de uno u otro hijo hasta el momento de su muerte. En uno de aquellos retales de conversación, al azar, comprendo que mi abuela le echa la culpa de aquella situación a mi madre, la otra mujer —estable— del núcleo familiar, y esto es algo que ya no cambiará hasta la muerte de mi abuela, en 1958: una habla mal de la otra y la otra de la una, y tanto el niño o adolescente, primero, como el joven que seré después, no sabrán nunca qué hacer en aquel cruce de informaciones negativas. Tras la muerte de mi abuela, mi madre ya nunca volverá a hablar de ella salvo para elogiar sus virtudes y decirme cuánto la echa de menos.

La mujer que vive con nosotros y duerme con mi tío Lluís también está fuera todo el día, y los pocos momentos en que nos vemos siempre es amable, pero distante, es probable que los críos no le interesaran demasiado. Ella me introducirá aquel verano en los dramas amorosos de los adultos: una mañana, al marcharse como cada día, deja una carta para mi tío y ya nunca volveremos a verla. Al anochecer, cuando él regresa, el trasiego es monumental. Va de un lado a otro de la casa, desesperado, echándoles la culpa a sus padres por no haberla acogido como él hubiera deseado. Asisto con temor a un espectáculo detrás del cual adivino una fuerza desconocida que tiene que ver con compartir cama. De una forma abrupta, me encuentro con las fuerzas subterráneas que mantienen, pulsan y rompen las relaciones de ese núcleo en el que un crío reconoce su opción de subsistencia: la familia.

La consecuencia palpable es que ahora soy yo quien le lleva el almuerzo a mi tío a La Maquinista. Una hora de camino, medio rural, medio suburbial, con una cesta cubierta por una servilleta. Lo espero frente a las monumentales paredes de ladrillo, en un llano donde proliferan

los restos metálicos —tuercas, planchas deformadas, barras torcidas, muelles— y algún árbol, bajo el cual y sirviéndose de él como respaldo, mi tío Lluís se sienta y, mientras come, habla conmigo sin tapujos, mezclando política, mujeres y familia, con su habitual estilo desenfadado, su ignorancia y el orgullo obrero tan característico de unas personas y una época. No se sabe ningún poema de memoria y su incultura es absoluta. O es tan sólo un cierto sentido político muy primario sostenido por una vitalidad y una simpatía fuera de lo común que, de una forma u otra, ya me ha marcado la infancia.

Al comenzar el verano, mi tío había izado junto a algunos compañeros —migajas de su pasado anarquista— una bandera catalana en la cubierta de La Maquinista y, de repente, una noche después de cenar, le llega el aviso de que va a ir a buscarlo la Brigada Social, la policía política, temida incluso por la propia policía. Con todo el piso en estado de emergencia, mi tío reúne lo imprescindible y se marcha enseguida, mientras mis abuelos arreglan las habitaciones para que parezca que allí sólo vivimos nosotros tres. Me ordenan que, en caso de que me pregunten, responda que hace mucho tiempo que no he visto a mi tío. Poco después —yo ni siquiera me he ido aún a dormir— llegan dos hombres de pocas palabras que registran rápidamente las habitaciones, interrogan a mis abuelos, que niegan saber dónde está su hijo, y se van. Yo he vivido ese momento aterrorizado, por si me interrogaban a mí y descubrían que les estaba mintiendo.

No sé cómo, ha corrido el rumor por el vecindario de que a mi tío lo han denunciado el sastre y su mujer, que parecían tan cordiales. Empieza entonces un episodio de desconfianza, incluso de odio, que también aprendo de golpe, dolorosamente, como imagino que aprenden los caballos jóvenes a llevar las riendas y los arreos. Pasado el tiempo, ya lejos de aquellos días de Santa Coloma, sabré que quien denunció a mi tío Lluís no fueron nuestros vecinos calumniados, sino la mujer del coronel a la que había seducido y con la que un día decidió cortar la relación. Una lección más, esta vez de la injusticia, siempre tan a mano, incluso para ser cometida con inocencia, que es cuando resulta ser más efectiva y cruel.

Este mundo un día quedará sepultado. Justo donde están nuestras casas, las calles, la avenida del Manicomio, todo aquello se arrasará o se excavará, o se llenará de tierra durante la construcción de la autopista B-20, la del Maresme. Un mundo destruido, condenado al olvido, por más que uno crea que se podía salvar con los pobres restos de una frágil memoria. Tan sólo quedarán los viejos edificios del manicomio —incluso esta palabra habrá desaparecido, convertida en lo que pasará a llamarse Recinto Torribera, con servicios cívicos, docentes y deportivos—. Debajo quedará enterrado para siempre mi tiempo.

## Soledad, navaja

Mi segundo curso en Girona empieza con una misteriosa decisión de mis padres: no iré a la escuela, prepararé el ingreso en bachillerato solo y todas las noches repasaré la lección con mi abuela, que lee con mucha dificultad y que, cuando tiene que firmar, lo hace con cuidado y poco a poco. Nunca me reñirá. A su edad debe cuidar de una familia con una niña que va en cochecito y cuya principal ayuda es un niño de ocho o nueve años. Difícilmente mi abuela podría ejercer un gran control sobre mí. Jamás descubriré a qué se debe la decisión de que no vaya a la escuela, si son motivos económicos (creo que no, porque, al ser mi madre maestra, la escuela pública es gratis) o de otra índole. Mis padres, cuando ya sea mayor y les pregunte, siempre alegarán que no se acuerdan. Mi madre, en sus últimos años, llegará incluso a negar que dicha situación se produjese. Son muchas las incógnitas que siguen sin encontrar solución en mi vida.

Algunos domingos hablo con un chico de mi calle que ya va al instituto. Lo escucho con atención, porque allí tiene acceso a lo que dicen los chicos mayores. Por ejemplo, me relata algunas misteriosas escapadas a las afueras, cerca del depósito de agua, donde después se encuentran «gomas», los restos de aquellas aventuras. No sé si él está mejor informado, pero yo supongo que aquellas gomitas son como las que se hacen servir para atar las tapas de papel de los yogures o al final de las trenzas de las niñas, e imagino que sirven para que los chicos mayores se aguanten el prepucio descapullado. Así empieza mi exploración del deseo sexual y mi primera, remota, desencaminada, aproximación al preservativo. Él me iniciará en la masturbación, pero tiene un respeto excesivo hacia las versiones clericales, dispuestas siempre a destruir todo lo que signifique libertad personal. Pronto tendré mis propios métodos y planteamientos sobre este aspecto de la sexualidad que creo que —especialmente cuando la represión no es tan sólo política sino también moral— tiene más importancia de la que suele reconocerse.

Este asunto provocará un episodio que me aleja aún más de mi madre. Pasan los meses sin que ella nos visite. Va desapareciendo del horizonte —sus idas y venidas han sido una constante— el papel de mi madre, que lo va asumiendo mi abuela sin que yo estime que este hecho comporta algo especial. No tengo acceso a otras familias con las que poder compararnos: tan sólo, a veces, en las conversaciones con mi amigo sale a relucir la palabra «madre». También me facilita que no eche de menos cualquier otra situación que, en sus pocas y breves visitas, mi madre no se muestre tierna y risueña, sino que se concentre en el tema educativo, así que esos pocos días en que

contamos con su presencia se acaban convirtiendo para mí en un paréntesis poco o nada atractivo. Pues bien, durante una de aquellas estancias, mi madre encontró en una de las páginas en blanco del libro de estudio que utilizo por las noches un dibujo realista, con un alto nivel de detalle, de un miembro masculino a punto de entrar en una vagina. El resultado de mis recientes descubrimientos. La posterior conversación con mi madre es concisa y tajante:

—¿Qué es esto?

—Una marca de coche.

—¿Te he preguntado que qué es esto!

—Un hombre y una mujer haciéndolo.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Nadie.

—¿No volveré a insistir! ¿Quién te lo ha enseñado?

—Un chico mayor, de Rubí.

Y sanseacabó. Siempre que me riñe por transgresiones «morales» consideradas graves, la conversación se acaba bruscamente. No hay ningún tipo de argumento por su parte. Es la amenaza pura, su dolor personal por culpa del mal hijo. La formación religiosa de mi madre es harto dudosa como para que se sirva de ella. Pero sin su dureza y sin la ternura de mi abuela nuestra familia se habría ido a pique durante los años de la guerra.

Me levanto temprano para ir a comprar lo que me encargue mi abuela y después estudiar una o dos horas. Desde que termino, y hasta que oscurece, sólo regreso a casa un rato a mediodía. Nunca volveré a tener tanta independencia personal como entonces, cuando dependía únicamente de mi abuela. Será un modelo íntimo que idealizaré toda la vida. Mi madre continúa por segundo año en la residencia del Centro de Puericultura. La mayor parte del día campo a mis anchas por Girona. La ciudad es un escenario magnífico, con poca gente por las calles —excepto los domingos, en la zona de los cines y en la Rambla—. Tampoco volveré a deambular tanto y tan sin rumbo; imaginando, pensando, observando a las personas, siguiéndolas a veces, haciendo suposiciones, aprendiendo a sacar partido a hacerse bien las preguntas, sintiendo que un pequeño orden personal, íntimo, secreto, se va tejiendo en el interior de mi cabeza. Por supuesto, en Rubí ya había disfrutado de pequeñas muestras de esta disponibilidad, pero iba a la escuela, era demasiado pequeño y aquello, por encima de cualquier otra cosa, acabó traduciéndose en temor. Además, ahora estaba en una ciudad. Y no se puede comparar la vigilancia de mis padres y mis abuelos al control impuesto por mi abuela, sola. El desamparo de Girona acelera mi proceso de madurez.

La conciencia individual apuntada en Rubí brota, plena, en las calles de Girona. Y me descubre placeres como el de contemplar y admirar. Me estoy construyendo algún tipo de baluarte que ya no sólo observa sino que desarrolla un sistema de respuestas en defensa de la integridad de aquello que mi mente ha descubierto por sí misma, cuyo núcleo está compuesto sobre todo de curiosidad y asunción del riesgo. La sensación de peligro es borrosa, pero su certidumbre está extraída de pequeños episodios como el del chico de las calles de Rubí o el miedo de mi abuela a lo que le pueda suceder al tío Lluís. El concepto de belleza tendrá que ver, ya para siempre, con la visión de la Dehesa o el espectáculo del río y los tejados de la ciudad y la catedral vistos desde

mi casa. Percibo que su dimensión me sobrepasa. Pero otras cosas menos espectaculares también me llevan a lugares fuera de mi alcance: la estación de trenes de Rubí, lo que acontece dentro de las películas, en un territorio que no puedo fijar, entre la verdad y la ficción. Pero ya he aprendido a distinguir lo que supone una amenaza. Algunas son tan nítidas como el mencionado chico de las calles de Rubí. Pero también está el propio error de meter los pies entre los barrotes de la silla haciéndome caer contra la piedra del hogar de Sanaüja o la fatalidad de la muerte de mi hermana. De esta cuestión, sólo me falta el mínimo descubrimiento de que la amenaza igualmente puedo creármela yo mismo con decisiones o actos conscientes y voluntarios —equivocados o no— para elaborar los conceptos del Bien y del Mal.

El niño o el chico (o las dos cosas a la vez) de aquellos días de Girona será objeto de añoranza para el hombre en el que un día se convertirá. Porque añorar equivale a desear un diálogo imposible. Pero, para ello, es necesario que tengan cosas que decirse. O al menos se debe tener algo que decir al objeto de nostalgia: la geografía, impregnada de nuestra presencia, se presta a un diálogo en una sola dirección, porque evidentemente las cosas no contestan. Y en este sentido, aquel chiquillo primero es geografía: el diálogo se parece mucho si lo establezco con el huerto de Sanaüja o con el niño que lo contemplaba. Esto empieza a cambiar en Rubí y queda perfectamente delimitado en Girona. El chaval que allí soy se convertirá, para el hombre, en un interlocutor imposible pero deseable e imaginable. Susceptible, por tanto, de añoranza.

A veces, callejeando por la ciudad, me dirige la imaginación que ya se lanza hacia la vida no vivida, previendo, preparando, tomando atajos, que son formas del aprendizaje de cuando todavía el miedo al fracaso no frena la acción. Uno de estos episodios, quizá el que mejor se me quedará grabado, es el que cincuenta años después me inspirará el poema «Primer amor». Allí donde la calle Nou se encuentra con el Puente de Piedra hay una cuchillería, Can Boué. Como dirán un día mis versos, en aquella Girona de escaparates grises, aquellos metales relucen seductores. Es una parada habitual en mis paseos y, de entre todas las navajas —de nuevo las primeras embestidas de la belleza—, una destaca con repentina violencia. También sucede con un hombre o una mujer de entre los demás, y esa sensación comporta una mezcla de amor y belleza, el recinto complejo, inabarcable que inauguro aquellos días. La navaja sobresale por su elegancia, es larga y fina, y el deseo tiene una fuerza que me coge desprevenido, por la espalda.

En un primer momento, mi abuela se niega con rotundidad a comprármela. A sus ojos, la navaja es un arma. Si bien, mi obsesión y todo el tiempo del que dispongo para desarrollarla vencen su reticencia y al final me da el dinero para que la compre. Pero, al verla, mi abuela se horroriza: aquella navaja va más allá de la herramienta que el campesino lleva en el bolsillo y que le sirve para cortar el pan, un cordel o para aguzar una estaca. Las estilizadas proporciones de la navaja todavía le sugieren, con fuerza, el peligro —un peligro que para mí ya forma parte de la belleza— y no tolera imaginarla en las manos de un niño. A partir de ahí, deja de ser mi obsesión para convertirse en la de ella. Y no parará hasta que vuelva a la tienda para devolverla. Obedezco, sin demasiado pesar: la impresión misteriosa está superada, doy por acabado lo que será un imborrable refuerzo de la relación entre amor, peligro y belleza. El objeto, a estas alturas, importa poco.

En Girona identifico también la soledad; intuyendo principalmente aspectos favorables. Si

aprendo a manejarla, puede llegar a convertirse en una de las herramientas más efectivas para defenderme de una vida todavía corta, sí, que ya ha encendido sobradas señales de alarma. A mis ocho años he vivido múltiples situaciones, a veces duras y tristes, a las que han tenido y todavía tienen que hacer frente las personas de mi entorno. Tanto en casa como en la escuela me han enseñado que estar, quedarse o sentirse solo no es bueno; sin embargo, a pesar de esta mala fama, compruebo que la soledad puede esconder una vertiente beneficiosa, difícil, aunque deseable si se la sabe transformar de enemiga en aliada de la seguridad propia. De nuevo la contradicción y, por tanto, la complejidad.

Tengo un mapa de la Península ibérica, una libreta repleta de operaciones aritméticas y el ya mencionado *Libro de España*. También dispongo de otro libro de estudio —en el que mi madre desafortunadamente encontró mi dibujo— con el que repaso la lección con mi abuela, aunque no me interese en absoluto. Me lo aprendo, y listo. De hecho, cuando pasen los años no recordaré de qué trataba. Las horas de estudio eran para mí como lavarse o como tener que subir aquella alta escalera a pie porque hay restricciones eléctricas. Me planteo, de forma muy imprecisa, aprobar lo que se llama el «Ingreso de Bachillerato», un examen de acceso al instituto que se pasa con diez años. Me lo planteo sin ningún deseo ni preocupación.

Lo atractivo está fuera: en las calles, donde siempre hay alguien con quien intercambiar unas palabras, en las tiendas, los cines, los pavimentos donde a veces encuentro una peseta o extraños y míticos objetos metálicos que fulguran bajo la luz del sol. En ocasiones me entretengo buscando paquetes vacíos de tabaco rubio. Los únicos que se venden son americanos: Lucky Strike, Camel y Chesterfield. Son muy caros. Por eso cuesta encontrar por el suelo algún paquete vacío. Se me antojan hermosos y elegantes, el papel satinado y el envoltorio de celofán hacen que reluzcan a la manera de joyas perdidas o abandonadas por los adultos. Una vez desarrugados y alisados, los guardo como si me supiera mal que un objeto bello se tirara. Durante todo el proceso me envuelve el fuerte perfume de estas marcas. Toda mi vida distinguiré, por separado, todos y cada uno de aquellos olores. Y en más de una ocasión, cuando me encuentre uno de los tres paquetes —vacío o lleno— no podré resistir la tentación de olerlo. Sin que ello tenga nada que ver con fumar. Un vicio al que, por otra parte, sucumbiré entre los diecisiete y los cuarenta. Unos años en que fumar da personalidad y resuelve problemas de timidez. Los grandes actores fuman en las películas. Ahora bien, yo siempre fumaré otras marcas y, por lo general, tabaco negro. El tema de los olores de aquellas tres marcas tiene que ver con la relación, elemental pero profunda, con el arte y quizá con la sensualidad, que nunca comienza en los libros o en los museos y que se repetirá mediante unos parámetros ligeramente distintos, sustituyendo la tierra de las calles por las tiendas, ocho años después, cuando llegue a Santa Cruz de Tenerife.

Me fascina el río visto desde los puentes a diferentes horas del día, donde a veces paso el rato imaginando la vida cotidiana de las familias en las casas colgadas sobre el agua, que no me dan miedo, pero sí respeto. Fantaseo con amigos y amigas que podría tener y que vivirían allí. Y fantaseo también, continuamente, con historias cuyo protagonista soy yo. Lo haré siempre. Mientras duermo, además de las pesadillas que acaban bajo el grifo de la cocina, empieza a aparecer en mis sueños un personaje especial, una niña rubia de sonrisa silenciosa, que debía de ser la concentración de las dos corrientes que se están formando en mi interior, la del sexo con su

porción de desamparo, alegría y confianza en la vida y, en segundo lugar, la consciencia, que incluye el placer intelectual de la elaboración de las propias características, la ilusión de poder incluso escogerlas y la posibilidad —o probabilidad— de fracaso.

Aquella niña rubia aparecerá en mis sueños durante muchos años. No se desvanecerá hasta que, a los veinticuatro, la vida ya transcurra con Mariona, la Raquel —morena— de mis versos. La niña rubia no tendrá nunca nombre. Hay precauciones intelectuales que el cerebro ya toma desde el primer momento, porque yo no podía saber que la concreción excesiva mata cualquier relato, y no digamos un poema, donde la sutileza de lo que no queda dicho es todavía mayor y, muchas veces, tan fundamental como el silencio en la música. La protagonista de mis sueños al principio será una niña que se irá transformando en una chica de edad indefinida. Pero manteniendo los mismos rasgos faciales. Siempre sabré reconocerla. El sueño en el que ella asoma no tendrá nunca un contenido explícitamente erótico. Prolongando una complejidad que será la base de su atractivo.

Tras la vaga sensualidad de la escuela de Rubí —que de haberla intuido los odiosos eclesiásticos, que junto a los militares regirán nuestras vidas durante casi cuarenta años, habrían separado a niños y niñas incluso en la escuela primaria—, en Girona llega el despertar del sexo. No trataré con ninguna chica, salvo con la hija del taxista, a quien recordaré con una calidez fraternal. Todo ocurre dentro de mi cuerpo, una lenta explosión de la soledad como una herramienta cada vez más sofisticada.

Llegados a este punto, surge una influencia de la que en un sentido u otro no se podía librar ningún niño como yo. El monstruoso papel de la Iglesia católica, gracias a la impunidad absoluta de la que disfrutaban, una situación que perdurará, incluso, tras la muerte de Franco. Y de cuya represión no se libra ni el cine. En Girona sigo yendo los domingos por la tarde, pero, en la mayoría de ocasiones, voy solo. Acaban de inaugurar el Ultonia, cerca de Correos y muy próximo a los otros dos cines. Se trata de un edificio alto que aún lo parece más cuando estás dentro de la gran sala. Desde el gallinero da vértigo mirar hacia la platea. Tengo la impresión de que es un espacio más alto que hondo, como si perteneciera a una de mis pesadillas nocturnas. Esta imponente percepción va ligada a la primera película que veo donde el sexo es, o así lo percibo yo, perfectamente explícito. Un error maravilloso, un descuido de los poderes eclesiásticos y gubernamentales: se ha estrenado *Gilda*, película y actriz protagonista que de inmediato se convertirán en un mito erótico a escala mundial. Y la incompetencia y la ignorancia de nuestras autoridades la han admitido. La rígida clasificación previa de las películas (3R era el terrorífico «mayores, con reparos») todavía excita mucho más mi imaginación. Es un acontecimiento. No dejaré nunca de sentir un profundo respeto y agradecimiento a Rita Hayworth, sobre todo desde que al segundo día de proyección retiran el film de la cartelera como venganza de toda aquella gentuza por su propia estulticia.

El cine será una tabla de salvación, visionaré miles de películas a lo largo de mi vida. Nunca dejaré de ir, al menos, una vez por semana. Sin convertirme por ello en un especialista, ni en un experto, ni en un cinéfilo. Simplemente, no podré pasar sin sus historias. Películas, secuencias, escenas aisladas, rostros de personajes llenando toda la pantalla en la penumbra oscura de centenares de salas, que inauguran las de Rubí y Girona. Conservaré los nombres de actores,

actrices y directores que el tiempo y la edad irán borrando, la mayoría morirá antes que yo, pero las historias, completas o sólo pedazos, en retales, formarán parte de los estratos, del terreno donde ahora empieza para mí la vida sentimental e intelectual.

Girona a través de mis solitarios recorridos dibujará en mi interior su mapa: la sombría calle Nou —el fondo del precipicio sobre el que vivimos— y el estallido de luz del río Onyar, amplio, amarillento o verdoso, con mucho o escaso caudal según la época. Incluso según los días. Su frecuente olor a podredumbre, la visión extraña, medieval, al atardecer o ya de noche, la basura tirada al agua desde las casas de la orilla. El Puente de Piedra, blanco, y su baranda demasiado alta y ancha para mí. La Rambla y el acogedor efecto de sus arcos. El mundo oscuro y antiguo que, desde la plaza del Vi, continúa hasta la cuesta de la Força y se encarama hacia una descarga luminosa y blanca —la misma claridad del Puente de Piedra— de los muros de la catedral y, tan imponente como ella, la escalinata enorme, sagrada hasta la humillación. Después, el descenso hasta Sant Fèlix y el regresar al final de la Rambla, al oscuro agujero que se abre entre las casas por donde se entra en el Puente de Hierro desde el cual la red de vigas metálicas crea la ilusión y el vértigo de que no hay barandilla. Así llego a la ciudad moderna. El Puente de Piedra es la autoridad. El Puente de Hierro, la aventura. Después, tan sólo la anodina plaza de Correos y la romántica de los cines, con el bronce de Álvarez de Castro en el centro, me separan de la Dehesa. Del Paraíso.

La Dehesa es un infinito en dos direcciones, una que me aleja desde la ciudad hacia el Ter y, la otra, desde la catedral hacia poniente. Es una sensación de inmensidad, mezclada con la de ser un lugar hospitalario, que experimento casi a diario cuando me quedo deambulando por el bosque, solitario y limpio en aquel otoño de 1947, mientras las hojas van cayendo con lentitud pero sin detenerse ni un instante en el gran espacio definido por los altísimos troncos, un espacio que se va difuminando hacia un horizonte que está también, en el fondo, bajo la misma bóveda interminable. Dos direcciones de plátanos, colosales, plantados de forma regular, como si fuese otra catedral en terreno llano —cuando en el futuro visite la mezquita de Córdoba, ésta me devolverá allí, de nuevo—, una infinidad de bóvedas desde las cuales caen lentas, calmada y silenciosamente, las hojas muertas que en su descenso llenan el lugar. Caen sobre la mullida abundancia de hojarasca donde me hundo hasta las rodillas y por la cual avanzo, con dificultad pero seguro. El sol, cuando llego por la mañana, envía sus rayos, que van del rosa al blanco, desde atrás o desde encima de la catedral. Por la tarde, cada vez más bajo y de un color parecido al del hierro candente, sus rayos llegan desde el extremo contrario. Pero siempre la luz del otoño atraviesa el espacio ocupado por el lento descenso de las hojas, igual que un enorme aleteo de misteriosos y tranquilos pájaros. Nunca el color es estridente, ni de trazo abrupto mientras el torrente de tonalidades cálidas de las hojas justo cuando empiezan a caer se va transformando, con el transcurrir del verano, en matices que van hacia la frialdad de los azules y los grises. Aquí no llega la pobreza de la posguerra. Incluso he tenido la oportunidad de demorarme y verlo por la noche, cuando aún no ha llegado a encenderse la luz cortada por las restricciones eléctricas. No olvidaré nunca las estrellas entre las ramas. El cielo nocturno: lo único que a veces me parece, a pesar de Heráclito, que continúa siendo el mismo.

No soy consciente de que pronto todos los lugares por los que camino o donde me detengo

pertenecerán a la memoria, ya no existirán. Se perderán la proporción, la luz, la oscuridad de ahora. Aparecerán otras personas, pavimentos, edificios, árboles, y ya nada guardará relación con el niño que soy. Nos separarán el tiempo y el espacio, yo me iré quedando para siempre en un lugar distinto. El hombre que seré se moverá por donde sea, en cada momento, con estas queridas imágenes sin poderlas confrontar con las de nadie. Intentará sorprender al niño que se ha ido transformando en un chico, escribirá sobre él. No podrá pedir ayuda ni consejo para solventar sus propias preguntas. Este niño, este chico, será lo único que un día tendrá el hombre para comprenderse a sí mismo, para saber quién es y por qué. El hombre lo echará de menos, lo buscará en las novelas y películas, en los poemas y en la música que lo acompañarán durante toda su vida.

Este espacio interior y cerrado de la persona, elaborado durante la infancia y la adolescencia, sólo puede ser penetrado y abierto por el núcleo duro del amor, que es el sentimiento que va configurándose alrededor del hecho de la reproducción humana y de su herramienta, el sexo: primero la pareja y después los hijos. Es la intimidad física la que el amor necesita, porque la intimidad mental, o no existe o está supeditada a la ella. No utilizo la palabra «familia», ya que entonces tendría unas connotaciones sociales, tribales y hasta con derivaciones hacia aspectos como el de la amistad —que siempre promete lo que nunca puede dar—. La amistad es uno de los mitos más antiguos y ha llegado a convencer de su existencia real a grandes pensadores. Probablemente, la brevedad de la vida media no ha permitido hacerse una idea del desarrollo de lo que parecía una herramienta infalible de la supervivencia. Basta con recorrer lo que han dicho sobre la amistad los clásicos —Cicerón, Séneca y, sobre todo, Montaigne— para ver cómo la altura de su pensamiento desciende al tocar esta cuestión. En el caso concreto de Montaigne, el de la amistad quizá sea uno de sus *Essais* más anodinos.

Sanaüja fue el primer paisaje, el puro hallazgo, mi familiarización con el mundo material y el descubrimiento del papel protector de las personas mayores y, también, del miedo a su poder. En Rubí me llegó la constatación de la existencia de un territorio social complejo y peligroso, y una cierta sensación de fracaso en las incursiones iniciales por las calles y la escuela. Girona ha supuesto la exploración de la soledad como una condición y a la vez como un territorio donde el propio pensamiento puede construir sistemas de supervivencia importantes, es decir, Girona ha significado el descubrimiento de mi relación con la alegría.

Esta eclosión interior llega acompañada de una percepción más real y distante de los personajes principales de mi familia. Su lejanía me conduce a la visión y a la interpretación de sus vidas —sobre las que las largas horas de charla con mi abuela han aportado mucha información— como lo que son: unas vidas ajenas a la mía, es decir, una perspectiva más independiente de mí mismo.

Los arquitectos como mi padre —suele pasar también con los músicos y los médicos— a menudo tienen suficiente con su profesión para cubrir sus necesidades de índole cultural, y mi padre, que posee una considerable formación en historia del arte—a la que yo sacaré, por cierto, mucho partido—, no la desarrollará a fondo hasta que ya sea demasiado tarde. Sólo a través del urbanismo, materia de la que acabará dando clase durante unos años en la Escuela de Arquitectura, ampliará su curiosidad intelectual hacia vertientes como la sociología, un campo por

el que nunca sentiré ningún tipo de atracción. Si se hubiese mantenido el mundo político y cultural de la República, perdido para siempre, seguramente se le habrían abierto más puertas, pero el régimen franquista desviará el curso de todos los ríos vitales del país y la fuerza con la que lo llevará a término alimentará todavía, durante el siglo XXI, la fuerza bruta de la derecha y la inutilidad de la izquierda.

Mi madre es dura y soñadora. Hace que todo se mueva en la dirección adecuada, pero con poca capacidad para lo que a ella no le habían dado: alegría y ternura. Tiene la formación de los maestros de la época, aunque, principalmente, es una mujer práctica. Padres, madres y alumnos guardarán un buen recuerdo de ella. Cuando vivía con nosotros y ahora durante sus breves visitas me habla, con mucha severidad, de las normas de conducta, tan ligadas en primer lugar a la higiene —consideraba a mi abuela una mujer sucia, de poca formación— y, en segundo lugar, a la alimentación: no se debe rechazar nada, un niño debe comer de todo.

Tanto mi padre como mi madre podrían haberme transmitido una cantidad importante de sentimientos, tradiciones y cultura de Cataluña, donde sus familias habían residido, al menos, desde el siglo XVII. Pero el miedo dinamitó cualquier proyecto de este tipo, si es que alguna vez hubo alguno. Se habían casado en 1936, justo antes de que empezará la Guerra Civil, que marca para siempre a su generación y, también, a la mía. Calladas las armas, no les quedan fuerzas para considerar que la formación en catalán fuese un objetivo importante y eso no deja de ser una señal de la debilidad de su vínculo sentimental con el pasado: prima la necesidad de transmitir lo menos posible algo que puede acabar siendo un grave problema para su hijo o para ellos mismos. A su manera, no se equivocarán. Me costará no pensar en España como en un país inculto con una peligrosa tendencia a la extrema derecha que hará imposible cualquier cambio en profundidad. Donde la breve Segunda República —y la brevísima Primera— no serán más que dos chispazos sin apenas consecuencias en una oscuridad que viene del siglo XV, prácticamente al margen de los cambios que se irán produciendo en Europa. De hecho, el franquismo entra dentro de la normalidad que correspondía por lógica, mucho más que el espejismo republicano.

Mi abuela, inculta en el sentido social y literario, pero sólidamente sostenida por unos cuantos —muy pocos— valores y mitos, tiene una comprensión profunda del amor como el único vínculo importante entre los miembros de una familia. Ella me enseña la fuerza de los que tienen la fortuna de nacer buenas personas, un destino igual de poderoso —trágico en ocasiones— que el del artista, y que tampoco se puede negociar con ningún tipo de aprendizaje. Durante mi vida, tendré cerca a dos personas con esa suma de bondad y de esa aparente ignorancia que oculta otra sabiduría. La primera de ellas será mi abuela, en la infancia. Y, veinte años después, Joana, una de las hijas que tendré con Marionna, afectada por una minusvalía mental. El misterio. Mi abuela y Joana son mi principal referencia íntima de salvación personal. A ellas les debo el haber buscado en mi poesía, por encima de todo, un equilibrio entre amor e inteligencia que me permitiera prescindir de lo ajeno a la verdad, desde la esperanza hasta la virtud.

Inventarse un mañana no es posible sin un conocimiento del pasado y del presente. Por eso, los años de Girona significan también la tristeza de mi relación con la propia historia.

Supongo que se necesitan unas condiciones de libertad civil y económica favorables durante más de una generación para que el recuerdo se organice mínimamente. La miseria y el miedo

tienen otras ocupaciones más importantes que recordar.

Pero, a la vez, para el niño que soy, con tan poco pasado, significan —a la fuerza y a pesar de todo— un relato del mañana.

## De repente, el mundo

Mis padres han tomado la decisión de fijar la casa familiar en Barcelona. Él continuará en el piso de la calle Nou de lunes a viernes, pero vendrá a pasar con nosotros los fines de semana. Lo primero que percibo es la dinámica de la gran ciudad y, de pronto, un bienestar hasta entonces desconocido que ya me anuncia la modernidad arquitectónica de la nueva casa. Las coordenadas de mi soledad se hallan ante un nuevo escenario.

Mi barrio estará alrededor del Turó Park, unos jardines inaugurados en 1934 y diseñados por el arquitecto Nicolau Maria Rubió y Tudurí quien, en 1937, había intentado negociar, en Londres, por encargo de la Generalitat, la segregación de Cataluña de España, para evitar que cayera así en manos del general Franco. La frondosa arboleda tiene, pues, catorce años cuando llegamos. Se parece a vivir frente a una montaña, una estación de tren o el mar. Son presencias que definen los colores y los sonidos de las horas del día, de los meses del año, del calor y el frío, del sol, de la lluvia. Es pequeño —unas tres hectáreas— y todo está a mano, aunque es también lo bastante grande como para perderse o para que no te encuentren, si no quieres. Lo amo con una profunda conciencia de este amor. Es la prolongación de lo que han sido para mí las calles de Girona, del lujo estético que, sin saberlo, han significado la Dehesa, la catedral o el río.

Belleza natural y artificial. El Turó mezcla dos conceptos de jardín: el francés, con una estructura de caminos bien delineados que atraviesan las zonas de plantas y árboles, y el inglés, expresando en las grandes extensiones de césped la limpieza del cual se mantendrá escrupulosamente durante el régimen, pero que de forma paradójica (o quizá no tanto) se arruinará con la llegada de la democracia, que por más de cuarenta años hará de él, casi con exclusividad, un espacio donde sacar a pasear a los perros, que lo terminarán llenando todo de excrementos. Alrededor del parque hay una de las zonas por donde ha empezado a crecer la Barcelona burguesa del franquismo, una clase media alta —en general, alta por educación y justita en lo económico, igual que nosotros— desconocida hasta la fecha para mí. La burguesía de finales del XIX atravesó la Gran Vía y creó el barrio del Eixample, mientras que después de la Guerra Civil la burguesía ha cruzado la parte alta de la Diagonal.

Mi padre comenzaba a alcanzar los logros que mi abuelo deseó para sus hijos. Al menos para uno de ellos, porque mi tío Lluís siempre se mantendrá al margen. Es la conquista del estatus que simulaban aunque todavía no poseían los personajes de aquella fotografía junto al mar de

Empúries. Cuando llegamos al barrio aún predominan los solares vacíos en medio de enormes extensiones de campos y masías, que los nuevos edificios irán ocupando durante nuestra estancia. Pero el parque ya es espléndido, no soy ajeno a su belleza y a los adjetivos que ésta suscita: digna, familiar, proyectada, cuidada, vigilada; algo desconocido para mí, poco o nada que ver con la Dehesa de Girona y aquella otra belleza medio salvaje procedente de la soledad, el horizonte y la metafísica.

Justo delante estaba el edificio donde viviríamos. Los vecinos son recién llegados, ya que se trata de una construcción nueva, proyectada con sabiduría y sensibilidad por Francesc Mitjans, uno de los arquitectos que más trabaja para la nueva (y vieja) burguesía del franquismo. Diez pisos de altitud, a los cuales se accede a través de una gran puerta de entrada con un arco, toda ella de reja y de cristal. Al fondo del vestíbulo, el mostrador de madera, lujoso y amplio, del portero —que viste siempre una bata de rayas verticales, impecable—, situado entre las dos jambas simétricas de la espectacular escalera reina. Nuestro piso, hemos pasado de las alturas a la planta baja, tiene la puerta al lado del mostrador, bajo la jamba de la derecha. Es un espacioso apartamento muy bien distribuido y diáfano que da a la parte de atrás del edificio, a un vasto terreno para un jardín que nosotros no cultivaremos nunca. Un piso magnífico, especialmente si hubiésemos atendido el jardín: unos cien metros cuadrados para plantar lo que quisiéramos. Mi madre al principio lo intenta, pero no consigue que nada arraigue. Cuanto siembra termina muerto, negruzco y colgando. Muy pronto averiguaremos la razón: mientras se construía el edificio, todos los escombros, los restos de cal, cemento y yeso se echaban allí. Era necesario cambiar la capa superficial de tierra. Por eso nunca habrá flores ni hojas verdes. Ni siquiera se intentará buscar a alguien que realice el trabajo a un precio asequible. La estética no es importante de puertas para adentro. Fuera sí, porque allí lo veían los demás. Restos de la mezcla entre la miseria material y moral, la cobardía de la que procede mi padre y la austeridad salvaje y el miedo de los que proviene mi madre.

El «jardín» está emparedado por altos muros, porque lo que hay a continuación son solares y campos de cultivo que se extienden hasta Sants, cruzados tan sólo por la Diagonal que, a partir de la plaza Calvo Sotelo —un día, lejano, se llamará de Francesc Macià—, es más bien una carretera muy ancha y casi sin coches. Por delante, donde el edificio tiene la suntuosa entrada del número 7 de la calle Mestre Pérez Cabrero, hay una ancha acera y una calle estrecha. La acera del otro lado, en cambio, es mínima y recorre la red metálica que aísla la densa vegetación verde oscuro del Turó Park.

En nuestro piso, tanto la sala de estar —con una chimenea que jamás encenderemos porque hay calefacción, otra novedad, además del agua caliente— como los dos dormitorios serán muy luminosos. Las tres estancias dan al sur, al jardín yermo. Sobre el hogar, mi padre ha colocado a un personaje que ya no me abandonará nunca: Apolo, una reproducción de mármol macizo de una cabeza y un torso griego en el momento de insinuar una sonrisa, algo más pequeña que si fuera a talla natural. Sólido y a la vez frágil, pronto se convertirá para mí en un símbolo de la cultura.

Nuestra condición social y económica ha mejorado, aunque mi madre nunca trabajará tanto —sin quejarse ni un ápice— como durante los años del Turó. Aquí, mucho más que en cualquier otro sitio, se manifestará la mezcla de clase media con el peso invisible de la miseria de los orígenes,

sobre todo por parte de mi padre: bastaba con que entrara en casa para que desapareciera el *señor* de los trajes a medida, el arquitecto de corbatas entonadas y surgiera el hijo de la pensión para dependientes de comercio de la calle del Carme, con pijamas viejos y un erial en lugar de jardín. A mi madre, por su parte, le gustaba tener acceso al nivel que aquel edificio representa, si bien, en los años que vivimos allí, tan sólo se relacionó con los porteros —buenas personas, procedentes, como la mayoría de las que desempeñarán esa labor en la nueva Barcelona, de alguno de los pueblos de Cataluña que ya se están despoblando—. Son los únicos que sabe a ciencia cierta que no la sobrepasarán socialmente. Mi padre, en cambio, los rehúye, pues en ellos reconoce su origen. Ambos arrastrarán siempre esta confusión social. Vayan donde vayan. En cuanto a mí, la hija del portero sólo me interesa porque capitanea nuestro grupo de habituales del Turó: es mayor que nosotros y corre y salta mejor que cualquier chico. La respeto y la admiro. Mi madre dice que es un potro desbocado.

En el fondo de la parte interior del piso se ubican el recibidor, la cocina, el baño y un tercer dormitorio, el pequeño: se entra a él desde la cocina, a través de un distribuidor que también da a la galería, con lavadero y tendedero, abierta a un patio de luces que, como estamos en la planta baja, es muy oscuro. La cocina y el dormitorio, por tanto, también lo son. Aquel dormitorio era «el del servicio», un concepto que en nuestra casa únicamente conoce mi abuela, que no había sido señora, sino criada.

Esther duerme con mis padres en la gran habitación de matrimonio —lo que se llama dormitorio y alcoba— mientras yo estoy en otro cuarto, igual de luminoso. Aunque muy pronto nacerá mi otra hermana, Clara, y les tendré que ceder mi espacio. A mí me toca irme a la habitación oscura, al lado de la cocina. Empeora mi situación en cuanto a la luz, pero conservo lo fundamental, mi independencia. Y tengo acceso a otro mundo más vivo, ruidoso y espontáneo, el del patio de luces trasero. Al salir del cuarto ya encaro la galería y, frente a ella, la columna de lavaderos.

Desde los diez pisos me llegan las conversaciones a gritos de un lavadero a otro (los electrodomésticos sólo se veían en las películas americanas) de las empleadas del servicio de todo el edificio —no se oye ni una sola voz masculina— contándose su penas, sus esperanzas y recuerdos de mundos que vinculo emocionado con *El libro de España* de los maristas de Girona. Oigo sus músicas, las canciones que suenan en la radio, algunas de las cuales aún canto hoy que ya soy viejo. A las jóvenes sirvientas se las llamaba despectivamente «raspas» en las casas de aquella sociedad silenciada por el miedo y por el control al estilo fascista, es decir, el concepto más primario de autoridad. Muy pronto se crean redes que permiten que un gran número de personas lo ostenten: el que ocupa el nivel más bajo en la oficina (la mayoría de los lugares de trabajo son la oficina o la fábrica) puede ser el cabecilla de la Falange del barrio. El concepto se mezcla íntimamente con el miedo y la culpa, amontonados sobre las conciencias, y todo ello remachado por la presencia constante de la propaganda oficial, que pretende que se vea el pasado republicano como un tiempo de libertinaje, inseguro, en el cual, precisamente, faltaba la primera de las virtudes actuales: el respeto a la autoridad y, por tanto, la seguridad. De ahí procedían los males de España. Para salvarnos, tuvo que haber una guerra que el genio de Generalísimo había ganado con el objetivo de instaurar la paz que tanto debíamos agradecerle.

Ésta será nuestra casa desde septiembre de 1948 hasta el agosto de 1954. Un tiempo marcado por la estabilidad de la vida familiar, pero también por la presencia constante de mi madre y un ritmo regular de encuentros con mi padre que irán enmarcando un periodo en el que nuestra relación será más próxima y afectuosa, y de la que conservaré mis mejores recuerdos con él. Luego está Barcelona, una ciudad con una variedad de alicientes y peligros y mayores dimensiones que cualquier lugar en el que yo hubiera residido. En cierto sentido, más inmediato, significa el adiós a la guerra, aunque no le diré nunca adiós de una forma definitiva: pronto empezará el interminable querer entender los porqués. Pero ahora, en los días del Turó Park, por mucho que continúen las cartillas de racionamiento, los tiempos más duros empiezan a ceder en lo relativo a las condiciones generales de vida. Los fusilamientos y la represión continuarán. Los sentimientos de odio y venganza nunca reprimidos desde el poder franquista perdurarán hasta la década de los setenta, pero todo sucede a escondidas, emergiendo apenas mediante el boca a boca o a través de noticias escuchadas en emisoras extranjeras, especialmente la inglesa BBC o Radio España Independiente, que emitía desde Bucarest. Escucharlas comporta un riesgo, ya que hacerlo se consideraba un acto subversivo: en casa siempre las poníamos muy bajito en la radio a galena que mi padre había montado por correspondencia antes de la guerra y que nunca llegó a tener carcasa. Por los retales de conversación, los comentarios, las caras, alguna lágrima de mi abuela, soy consciente de que en el fondo de nuestra cotidianeidad subsiste el drama procedente de la guerra, si bien no me planteo que mi vida pueda ser otra. Ésta es la única que conozco.

Empiezo a tener conocimiento de la situación política internacional. Me percató de que la Guerra Fría, de una forma inesperada, sitúa al franquismo del lado de las democracias occidentales, que lo repudian oficialmente —igual que hicieron durante la Guerra Civil— pero que le darán el suficiente respaldo hasta que la visita del presidente norteamericano Eisenhower a Madrid, a finales de 1959, consagre el Régimen como el gobierno de un país «amigo». Así me voy tejiendo un relato propio de los acontecimientos, porque ahora todas las mañanas leo el diario. *La Vanguardia* llega puntualmente. Excepto los lunes, que sólo se publica la triste *Hoja del Lunes*. Empiezo a sospechar el poder de la palabra y de la información: lo que se dice, cómo se dice, lo que no se ha dicho, lo que se dice a medias... Todo colabora a la verdad —igual que un día sucederá con los poemas—. A pesar de la censura, conocemos el relato original. Unimos lo que insinúa un periodista en una crónica, lo que niega un ministro, el grado de vehemencia con que lo ha negado, lo que el hijo de un periodista nos ha contado en el instituto... Y le añadimos infinidad de otras señales casi imperceptibles, por ejemplo, que en el *tebeo* titulado *Hazañas bélicas* hayan comenzado a llegar héroes ingleses y estadounidenses en lugar de alemanes. Aprendo a leer entre líneas casi al mismo tiempo que a leer.

Mi padre se va a Girona en el primer tren que sale el lunes de la Estación de Francia, a las seis de la mañana, y regresa los viernes al atardecer. La duración del trayecto es difícil de prever, porque los retrasos, a veces considerables, son habituales. Muchos lunes se marcha temprano acompañado por mi madre, desayunan en un bar próximo a la estación que se llama Salduba: ella esperará a pedirle dinero allí, en el último minuto. O al menos eso dice mi padre. Según la versión de mi madre, en cambio, después de haber tenido el fin de semana entero para dárselo, él espera hasta el último momento para hacerlo en el bar: «delante de todo el mundo», enfatiza, con

lo que implica que una mujer reciba dinero públicamente de un hombre. Éste será a partir de ahora el eterno motivo de desavenencia, que en casa siempre se reflejará en el intento por demostrar que el culpable es el otro.

Lo que no quita que la noche del sábado salgan juntos, a menudo al Rigat: la sala de baile de la plaza Catalunya donde se encontraban la noche en que se comenzó a manifestar la meningitis de Trini. Les gusta mucho bailar. A mí me tranquiliza verlos recorrer el piso enlazados y siguiendo la melodía de la radio. Me da una seguridad que, en medio de tanta separación, necesito. Y lo hacen muy bien. Se entienden perfectamente en cada movimiento. Una de aquellas noches en el Rigat, las parejas han ido retirándose de la pista hasta que se han quedado ellos solos terminando un tango de forma espectacular. El cantante es Mario Visconti. De él me quedará —de viejo aún la sigo tarareando— «Las muchachas de la plaza de España». Años después, un día en el que estaba con mi madre en la Estación de Francia, se acercará a saludarla con grandes gestos de alegría un señor gordo y algo mayor que resultará ser Mario. Obviando mis pesadillas en Girona, las noches en que salían pasaré más miedo que en el resto de mi vida, al menos hasta que sea adulto. Me quedo solo con mis dos hermanas —una tiene siete años menos que yo y, la otra, once— y espero, consumido por el miedo, hasta que vuelven mis padres, ya de madrugada.

El nivel material se mantiene con muchos equilibrios: por un lado, con el sueldo de maestra de mi madre y, por el otro, con el de mi padre, buena parte del cual se va en viajes, comidas y alojamiento en Girona. También en sus exigencias de vestuario: el ascenso social implica ir «bien vestido» y él, obsesivamente elegante, no descuida dicho aspecto, salvo dentro de casa. Siempre constataré que en esta profesión, que ya de por sí supone una relación directa con la Estética, es habitual querer destacar del propio entorno por la apariencia: que las casas donde viven, la ropa, el lugar de veraneo o el coche de los arquitectos son la forma directa de algún fondo exquisito que la mayor parte de las veces es mera banalidad. Mi indiferencia por todo ello provoca que mi padre no confíe en que me vayan a ir demasiado bien las cosas en este oficio.

Para mí, de estos años, lo más importante es lo que sucede fuera de las aulas del instituto y, en buena parte, se lo debo a mi padre y a mi madre. Ella tiene las ideas muy claras sobre lo que un niño debe saber y sobre su conducta. A ella le deberé la tranquilidad vital que compete a comer todo tipo de alimentos, no necesitar esforzarme para ser estricto en cuestiones de higiene y urbanidad, no convertirme en un derrochador, ni tener caprichos extraños o difíciles... Mi madre se encarga de ello. Mientras, mi padre entra en la Escuela de Arquitectura para ejercer de profesor ayudante del director, Amadeu Llopart, un académico conservador en el fondo y en la forma, titular de urbanismo, del que apenas conservo recuerdos destacados más allá de la frase: «Los tranvías, al coger las curvas, “relinchan”». Mi padre, según el testimonio de algunos de sus alumnos, como Oriol Bohigas o Manuel Ribas Piera, actualizará los planteamientos de la asignatura introduciendo conceptos propios de la sociología y la economía. Este hecho será importante para mí, porque se le permitirá regresar un día antes de Girona para impartir la clase de los viernes por la mañana. Y así dispondrá de tiempo para estar conmigo. Aquellos ratos con él son trascendentales para mi educación. Semanalmente salimos a pasear por las calles de Barcelona, casi siempre los divertidos domingos por la mañana que desde entonces y hasta el final de mi vida me harán sonreír con gratitud. Cimentaré la base de mi cultura arquitectónica en

las caminatas por el Eixample, el Gótico, la Ribera, el Chino —para nosotros no ha sido ni será nunca el «Raval», el primero de la avalancha de eufemismos que sustituirán duras verdades por mentiras anodinas—, manejando nombres, conceptos, criterios estéticos. También razonando propuestas de planificaciones que mi padre me planteaba. De éstas, algunas se llevarán a término mucho más tarde (por ejemplo, que la universidad se amplíe por el barrio viejo para revitalizarlo, no por la Diagonal), pero otras nunca se harán (grandes aparcamientos en las entradas de Barcelona, en la Diagonal sin ir más lejos, donde todavía hay considerables extensiones de cultivo y de descampados). Un aprendizaje en vivo que refuerza en mí el principio —en el cual ya confío sin saberlo y que me guiará imperecederamente— de que la cultura no es un adorno, sino un recurso, un método y una herramienta fundamental de supervivencia. De ahí la alegría y seguridad que siento al descubrir quién y qué son Cézanne o Van Gogh, cuyos cuadros puedo admirar en los ejemplares de la revista *D'Ací i d'Allà* que mi padre ha conservado desde antes de la guerra y que ha empezado a enseñarme. Verdaderos tesoros. Las obras de aquellos artistas, de toda la pintura moderna y vanguardista, en unas reproducciones admirables, son nuevas e importantísimas para mí, porque me muestran lo que está oculto en mi interior. Y me sorprende y me produce admiración poder encontrarlo a su vez dentro de mi padre, mi madre y la gente que no conozco. El mundo, la vida, tan pequeños hasta ahora, se han ensanchado de pronto dentro de mí y a mi alrededor. No volveré a sentir un estallido igual hasta que, muchos años después, Marion y yo empecemos a ver los cuadros originales en París.

Otro lugar que se parece a estar dentro de un cuento infantil, primero, y después en una gran novela del siglo XIX es el mercado de los libros de Sant Antoni, los domingos por la mañana. Un espacio que respira envejecimiento y alegría. Casi un kilómetro de puestos de libros de segunda mano. Ni las autoridades franquistas ni la Iglesia aparentan tener nada que decir aquí, donde, de algún modo, pervive la riqueza cultural anterior a la guerra. Ninguna librería de la ciudad causa un impacto semejante. Cualquiera sabe que, si busca y pregunta, puede encontrar o encargarse libros contemporáneos prohibidos. Me engulle la multitud y me resulta difícil ponerme delante del puesto, el único sitio desde el que puedo ver los libros y las revistas. Avanzo con dificultad, agarrándome a mi padre para no perderlo. Por encima de todos los olores que desprende la multitud, me gusta percibir el olor del papel viejo, y tendrán que pasar muchos años para que de este teatro de los libros ya únicamente me emocione el recuerdo.

Pero nuestros domingos por la mañana atesoran otra faceta, la del Price, donde mi padre me lleva también. Es un gran local situado en la intersección entre Floridablanca y Casanova, cerca de la ronda Sant Pau. Allí tienen lugar los combates de boxeo y lucha libre y, a veces, multitudinarios ejercicios espirituales, uno de los deportes favoritos de los sacerdotes de la época. Vamos siempre a general, al piso de arriba, desde donde la visión panorámica es como la de aquel Madison Square Garden de las películas americanas de gánsteres, que en Girona ya había empezado a ver en el cine.

El Price suele estar lleno a reventar, sumido en una oscuridad profunda, rota únicamente por la brutal iluminación del cuadrilátero de lona blanca, justo en el centro. La tenebrosa muchedumbre grita, aúlla al unísono, todo el mundo siente lo mismo, es un único y gran bando. Los combates, como si de la misa se tratara, repiten un mismo ceremonial. Se celebran tres o cuatro, que van de

menos a más esperados: las «estrellas», al final. Y, en cada uno de los enfrentamientos, la multitud tiene claro qué luchador es «el bueno». Siempre el más guapo, el más bobo, el más noble en la lucha. Normalmente, también el más joven. Mientras que su rival es feo y, si gana (lo que no ocurre casi nunca), lo hace a traición. En ocasiones, el bueno, después de tumbar en la lona a su oponente, le da la espalda y saluda al público con una sonrisa radiante, pero el malo se levanta poco a poco y se le acerca por detrás con una mueca en la cara terrible, el público ruge intentando avisar al bueno, que no entiende lo que le quieren decir: el griterío sube y sube de tono, el malo se le echa encima y aquello se convierte en la apoteosis de la maldad. Acto seguido, llega el episodio de la venganza del bueno, que castiga al malo hasta derribarlo sobre la lona o, después de lanzarlo fuera del cuadrilátero, delante de la primera fila de butacas. En realidad, no luchan, sino que ejecutan una rara pieza de danza contemporánea. Es una catarsis colectiva, allí se grita y se insulta lo que en otro sitio no se puede insultar, desde el Régimen a Dios, pasando por la propia mujer (prácticamente no hay mujeres entre los espectadores) o el vecino prepotente. Nadie se burla del espectáculo en sí. De hecho, cuando lo hacemos nosotros, cuchicheamos cómplices, como si estuviéramos en misa. Pero en mi caso, y quizá también en el de mi padre, a pesar de no entrar de lleno en el juego psicológico, me afecta de algún modo y, aunque no grito, se me acelera el pulso en los momentos críticos que nos sirven puntualmente aquellos personajes en parte acróbatas, en parte gimnastas y en parte actores, que al terminar el combate deben de irse juntos a tomar una cerveza.

¿Por qué me lleva, entonces, mi padre? Él no es un ignorante, sino un hombre más instruido que muchos de aquellos acomodados burgueses a los que avergonzaría que los vieran en la lucha libre. Alguna baja pasión de chico del umbral del barrio Chino lo impulsaba a llevarme a aquel sitio y no al teatro o a un concierto en el Palau de la Música. Sospecho que su objetivo era enfrentarme a la brutalidad y, al mismo tiempo, mostrarme la mentira que hay siempre tras ella. Y cómo esto la hace aún más absurda. Así me revela que tras una comedia también se oculta la brutalidad. Es su forma de decirme que el problema central del ser humano es la violencia: no sabemos controlar este instinto animal —que resulta básico para la supervivencia— sin que se vea afectada la propia dignidad. Cómo no ser violento y, a la vez, no perder la curiosidad, no dejar que el amor sea sustituido jamás por la desidia. Mi padre tendrá una marcada presencia en mi educación de aquellos años y en las debilidades y las firmezas que pronto me definirían. Nos entendemos muy bien, pero él está cometiendo el error de creer que se puede ser amigo de un hijo. Y le estallará en las manos cuando me llegue el turno de tomar decisiones en las que él ya no podrá participar. Pero eso será en el futuro. Qué difícil separar los recuerdos de unos años de los recuerdos de otros. Al comienzo soy un niño y, cuando acabe esta época, prácticamente un joven. Y el escenario es el mismo, nuestra casa, el Turó Park, el instituto. Los cambios son lentos, a veces imperceptibles para mí. Como los del país.

Voy aproximándome a la curiosidad verdadera, que llega cuando el niño o el chico se hace cargo de las dimensiones del espacio y del tiempo en el que vive. La dimensión social, política y temporal la comienzo a investigar a diario. Ya estoy metido de lleno en la historia cotidiana del mundo y sus políticas, sobre todo a través de las crónicas de Augusto Assía y de Carlos Sentís. En ocasiones, un gran titular augura páginas emocionantes en un periódico aburrido por haber sido

sometido a una censura estricta. Es lo que sucede el día de la muerte de Stalin, en marzo de 1953. Yo tengo quince años. Y llevo desde 1951 siguiendo, todos los días, las vicisitudes de la guerra de Corea, de la que hago la colección de cromos con fotografías en blanco y negro, que voy pegando en un álbum. Fue la última guerra en la que los norteamericanos gozarán de mi simpatía incondicional. Tuve miedo cuando los chinos intervinieron en el conflicto, obligando al ejército estadounidense a batirse en retirada hasta que los acorralaron en el puerto de Fusan, en el extremo sur de la península, y me alegré al leer en *La Vanguardia* que el general MacArthur había desembarcado con sus tropas al norte del paralelo 38, la frontera entre las dos Coreas, y que los ejércitos del Norte habían sido atrapados en una gran pinza que permitió acabar los combates manteniendo la frontera original.

El tema bélico es mi preferido, como comprobaré también con la *Iliada*. Se suele afirmar que falseamos el pasado al recordarlo. Quizá sí, pero tengo la sensación de que a nivel individual eso es algo de escasa importancia y que —si se me fuerza— dichas deformaciones son igual o más reveladoras que lo que supondría «la verdad objetiva». Cuestionarse el recuerdo personal parece una maniobra para salvar lo que sí es, probablemente, un enorme fraude: la suma de todos los millones de pequeñas falsificaciones subjetivas de cada persona —que ya no es irrelevante, sino lo contrario— añadidas a los intereses de tantos grupos de poder, es decir, lo que llamamos «Historia». Creo en las historias personales, si bien desconfío de forma insondable de la Historia Universal.

En cuanto a la literatura, a excepción del *Libro de España*, no había leído nada. Pero aquí, frente al Turó Park, y sin que tuviera nada que ver con el instituto —que paradójicamente lleva el nombre de uno de los grandes poetas catalanes, acerca del que nadie, nunca, nos hablará—, empiezo a leer novelas. Mis padres me compran narraciones de Karl May, James Fennimore Cooper y, sobre todo, de Jules Verne y Robert Louis Stevenson. La primera fue *Los hijos del capitán Grant* y lleva una dedicatoria a lápiz, fechada el 27 de febrero de 1948, que tengo miedo de que se me borre, donde se dice que es un regalo... «¡por el amor que le tengo al estudio!». El libro y la dedicatoria me acompañarán a lo largo mi vida. Esta literatura me va introduciendo en lo que significará la lectura para mí: un espejo en profundidad donde descubro qué soy en cada momento. Un espejo en el que muy pronto comienzo a identificar los primeros clásicos, aquellas novelas que pueden volverse a leer de una forma distinta en cada nueva edad, en relecturas que a menudo son más emocionantes de lo que fue su descubrimiento, como acostumbra a pasar con el amor.

De viejo, todavía llegaré a percibir, perfectamente, qué parte de mí ha mirado y continúa mirando con los ojos del capitán Nemo en los momentos decisivos. O qué parte de la sensibilidad que muestro frente a las desgracias ajenas le debo a los viajeros que acompañaban a Mary y John, los hijos del capitán Grant. Y que John Silver y Jim Hawkins tienen mucho que ver con que me siga encandilando la vida, del mismo modo que mi sentido de la protección se lo debo al Doctor Livesey, quien cuida y protege incluso a sus enemigos; tres personajes que siempre continuarán para mí a bordo de *La Hispaniola*.

Una sorpresa distinta son los libros de Richmal Crompton, cuyo protagonista es William —Guillermo en las traducciones que yo leo—, un chico de mi edad que vive en la Inglaterra rural,

burguesa y acomodada. Un chico y sus amigos, juntos siempre, jugando y haciendo pillerías que me divierten mucho, pero con madres que todos los días les preparan *cakes*. Yo vengo de un mundo con poca presencia de mi madre y sin ningún *cake* —en mi casa nadie hizo nunca un pastel—, por lo que admiro a aquellos muchachos que me llevan a imaginar su mundo idílico que está tan lejos de mis posibilidades, pero tan cerca en el espacio y en el tiempo. Una sublimación de la miseria de aquel verano en Santa Coloma. Buena parte de la persona que seré guarda relación con todas estas novelas: el tímido proceso de construcción de una intimidad en Girona con *El libro de España* estalla ahora abiertamente.

Pero una de las lecturas más importantes que haré en la Barcelona del Turó Park quedará envuelta en una ignorancia que incluso de viejo me seguirá provocando tristeza, porque olvidaré para siempre el nombre del autor y los títulos leídos: recordaré las narraciones pero seré incapaz de recuperarlas, de hecho, ni siquiera sabré cómo hacerlo. Todo comienza uno de los días que deambulo solo por la ciudad, ese vicio arraigado ya en Girona, en que descubro lo que se conoce como la Casa Americana. Se trata de un modestísimo antecedente de lo que será, años después, el Instituto de Estudios Norteamericanos. Un local situado en un bajo del Eixample —creo que por debajo de Aragón y alrededor de Aribau— que conforman dos salas en cuyo centro están dispuestas unas mesas de madera llenas de revistas y con sillas dispuestas a su alrededor. Recorren las paredes unas librerías muy bajas, con tres o cuatro anaqueles ocupados por libros, pero que ni tan siquiera están repletos. En medio se halla el pequeño mostrador de la bibliotecaria y completa el personal un señor que va colocando y ordenando los libros y las revistas. Siempre hay gente, pero nunca llega a estar atestado, quiero decir que te puedes mover y encontrar sitio sin problemas, en un relativo silencio. Está permitido llevarse los libros en préstamo, como en una biblioteca. De forma sucesiva me llevo cuatro novelas largas —maravillosamente largas— que me dejan estupefacto. Es el descubrimiento del amor en la literatura. Durante toda mi vida, al cerrar los ojos, veré aquellos libros, sus tapas duras de color verde claro. El nombre de la editorial —quizá Luis de Caralt— no me interesa y lo olvidaré. Siempre el mismo autor y siempre, la acción, en plena Guerra de la Independencia norteamericana. El argumento tiene una estructura básica que también se repite: el chico y la chica están enamorados y viven en algún emplazamiento, normalmente, rural. Estalla el conflicto y él debe marcharse a la guerra. A partir de aquí se narran las vicisitudes de ambos dentro del temporal de sangre y muerte en el que se gestó Estados Unidos. Y con el final feliz, el reencuentro de los enamorados, a veces con el chico herido, que regresa a casa. Otras, muy lejos de su pueblo, después de muchas circunstancias azarosas que los han llevado allí.

Muchos años después, qué no daría por saber el nombre del autor y leer de nuevo alguna de aquellas novelas buscando encontrar en ellas la mirada del chico de doce o trece años que entonces era y que crece sentimentalmente en sus páginas. Cada vez que encuentre en librerías de segunda mano un libro antiguo de aspecto verdoso y tapa dura comprobaré —sin fortuna— si se trata de una de estas novelas. Uno de los síntomas de la senectud será cierto fondo de tristeza por las cosas que, de pronto, me daré cuenta de que constituyen acontecimientos, símbolos, antecedentes sentimentales importantes que una simple atención o pregunta a tiempo habrían podido salvar del olvido o de la ignorancia, y que ya nunca podré recuperar. Siempre tendré un reproche que no sé

de dónde viene por un desinterés del que me sentiré culpable.

Asimismo, ya sin la intervención de mis padres, aparecen dos autores que toda la vida me acompañarán. El primero es Zane Grey, un dignísimo escritor de novelas que se desarrollan en el Oeste, donde la presencia de la naturaleza de amplios espacios siempre guarda relación, explícita o implícitamente, con el concepto y la sensación de libertad, una relación que en mi caso se ve acentuada por el clima de represión y silencio que en Barcelona está presente por todas partes, aunque a veces sea de una forma poco evidente para los chicos y las chicas de mi edad. Entre estas novelas y las de la Casa Americana, y recordando la predisposición favorable hacia los americanos del niño que fui en Girona, se gesta una admiración que mantendré hacia ese gran país que un día todavía lejano me terminará deslumbrando con sus novelistas y poetas. En cuanto al segundo de mis descubrimientos, baste con decir que se trata de Charles Dickens, del que leeré dos obras que se convertirán en básicas para mí: *Historia de dos ciudades* y *Cuento de Navidad*. Aún me emocionan cuando vuelvo a leerlas. Es la literatura que —sin que lo perciba— me prepara para descubrir mi Oeste personal, construido también con lejanías, belleza y libertad, y que será la isla de Tenerife.

En mi edificio, todos los pisos de la parte posterior, que se abren a la fachada opuesta al Turó Park, tienen una terraza que da a los jardines: en la del entresuelo, justo sobre nuestro erial, sale a menudo el señor Manuel Lara, que está arrancando la editorial Planeta. Mi padre le tiene manía porque suele tirar las colillas en nuestro «jardín» —no es extraño que le parezca un solar abandonado y poco respetable—. En un piso alto reside el señor Gironella, que en aquel momento debe de estar escribiendo su futuro éxito: *Los cipreses creen en Dios*. Y en otro de los pisos hay una niña, a la que mi madre, a veces, le da clases de repaso y que, después de una vida azarosa, se convertirá en la baronesa Thyssen, Carmen Cervera. Es un barrio muy descolgado, con edificios en mitad de sembrados y solares, un puñado de tiendas cercanas y un campo de fútbol de tierra donde los domingos se juegan partidos «reglamentarios», con árbitro incluido.

La vida está a un kilómetro aproximadamente, adentrándose en dirección a la calle Marià Cubí desde Calvet. Al principio se encuentra el zapatero —un *rápido*, así se llamaban—, donde llevamos los zapatos de la familia para que les pongan medias suelas o tacones; después, el bar Neutral, en el que se cambian de ropa los jugadores que se dirigen al campo de fútbol; algo más allá, la panadería donde compro todos los días (los primeros años todavía el pan negro con cartilla y cupón de racionamiento) y una granja cerrada en una planta baja, con vacas estabuladas que no salen nunca de la oscuridad, ciegas, invisibles, pero perfectamente detectables cuando pasas por la acera, por su inconfundible olor. Y aún más lejos, el mercado de Galvany, donde mi madre me envía a buscar todo tipo de asaduras, entre ellas, las criadillas de cordero, que tardaré años en enterarme de que son los testículos del animal. Siempre comida excelente y barata, como aquella sangre con cebolla de Rubí.

Por los alrededores de nuestra casa, el barrio es peligroso: regresar a pie después de las diez de la noche es arriesgado. Se debe volver en taxi, recomiendan los vecinos. Los atracos son frecuentes. Entre los matorrales que hay junto al campo de fútbol una mañana encuentran a una mujer muerta. Me he acercado sin que lo supiera mi familia, el grupo de policías y curiosos está a unos doscientos metros de mi casa. Nos hemos acostumbrado a desconfiar de la columna de humo

que a menudo sube desde detrás de la pared del jardín y que procede de la hoguera de los gitanos que, con sus carros, suelen pasar allí la noche.

Precisamente, una madrugada de julio de 1949, mi madre en avanzado estado de gestación de mi hermana pequeña, Clara, que nacerá a finales de agosto, como no puede dormir por el calor, se ha sentado absolutamente desnuda en el alféizar bajo de la gran ventana abierta al erial de su dormitorio. De repente, desde la oscuridad, ha aparecido un hombre que la ha encañonado con una pistola. Otro hombre se ha descolgado del entresuelo y los dos han huido después de amenazar con matarla si gritaba. Yo ni me he despertado. Mi madre vivirá angustiada hasta final del parto por miedo a que el susto haya afectado a la criatura.

Un atardecer vuelvo a casa para cenar sobre la plataforma de un 59, el tranvía que va desde el final de la Rambla —pasando por plaza Catalunya— hasta Les Corts. Al llegar a la plaza Calvo Sotelo, la rodea para coger el lateral del lado de mar de la Diagonal. Es una noche de verano, el tranvía es grande, pesado, ruidoso, pero con un pequeño remolque. Está oscuro y voy bien agarrado a la última barra vertical de la plataforma, pensando y contemplando la noche, porque ya estamos entrando en la Diagonal desde Aribau. Cierro los ojos y siento el viento en la cara. Empiezo a percibir la presencia de un hombre detrás de mí, en la plataforma, después justo a mi lado. Somos los únicos ocupantes de aquella parte del tranvía y, poco a poco, va apretándose contra mí, que no tengo más salida franca que los dos escalones metálicos que bajan de la plataforma a la calle. De pronto, una mano se me mete en el bolsillo, el que queda tapado por la barandilla de atrás contra la cual los dos estamos apoyados, y trata de acariciarme los genitales. Todo muy rápido. Tan rápido como mi reacción, porque el tranvía ya está entrando en la curva de la plaza Calvo Sotelo, así que me limito a saltar y dejar a aquel hombre solo, supongo que con una erección y la noche por delante, encima de la plataforma. Tardaré mucho tiempo en contárselo a nadie, también solo y frente a otra noche, la larga noche del miedo a hablar, que para los mayores es el miedo a vivir: pienso en mi padre, que fue un joven republicano sin ambiciones políticas pero que vivía desde la universidad con la esperanza de una vida personal mejor, tanto intelectual como materialmente.

Él quería acceder a una posición social superior, pero cuando acabó la guerra ya era un estudiante de más de treinta años que no se había despojado de sus orígenes. Para estar por casa, todos nos tenemos que poner un vestuario que roza lo miserable. Es la última fase del aprovechamiento de la ropa, como la de las mantas más escondidas debajo de las más nuevas y de la colcha. Este aprendizaje infantil perdura en el tiempo. Al cabo de muchos años, un día de invierno, poco después de conocer a Mariona, con quien me casaré muy pronto, ella introducirá un dedo haciendo alguna broma entre los botones de mi jersey y continuará entre los de la camisa y, se encontrará otra pieza extraña debajo: todavía la penúltima, cada vez en peor estado. Y ya la última, a ras de piel, incluso con agujeros considerables. Mariona no permitirá que jamás me vuelva a poner nada debajo de la camisa hasta que ya, a una cierta edad, me autorizará a llevar una impecable camiseta en los días especialmente fríos de invierno.

Mi padre cargará siempre con el miedo de aquellos tres años que terminaron con la huida, el exilio, el penal y el regreso a una sociedad en la que habían ganado «los otros», los que nunca dio la impresión de que podían o debían ganar. Y ya tenía un hijo, era un hombre mayor. En este piso,

si en algún momento en el que estamos todos en casa suena el timbre, durante unos segundos dejamos sobresaltados lo que estamos haciendo y mi hermana se dirige hacia el recibidor. Y entonces mi padre y yo, que estamos en la sala de estar, nos levantamos violentamente de donde estamos sentados, él gritando: «¡No abras, no abras, espera!», mientras cada cual sale corriendo para encerrarse en su habitación y mi madre cierra la puerta de la cocina. Esther, que sabe lo que tiene que hacer, cierra alguna puerta más que haya quedado abierta y abre la de la calle. Es el cobrador del gas. Los amigos o parientes —nos tratamos con pocos— no nos visitan nunca porque sí, ni tampoco existe ninguna de las redes que muchos años después llamarán a las casas: mensajeros, comerciales, religiosos, vendedores... La alternativa al cobrador puede ser, pongamos por caso, el hombre que pasa a mirar el contador de la luz. Uno y otro llevan uniforme con gorra de plato incluida. Es una de las características de este fascismo, el uniforme es una señal de autoridad y cada cual tiene el suyo. Se traslada aquello que distinguía a los aristócratas en épocas pasadas a la sociedad civil actual. Cuando ya sea mayor, alguna vez, en un acto solemne del Colegio de Arquitectos o en una boda todavía veré a alguna persona vestida de uniforme... ¡de arquitecto! Sí, la autoridad está por todas partes.

## Instituto Ausiàs March

En septiembre de 1948 me presento al examen de Ingreso a Bachillerato. Me acompaña mi madre. Es oral y se realiza en el instituto —por localización me corresponde el Ausiàs March— y nunca he participado en un acto tan solemne: hay cuatro o cinco catedráticos sobre una tarima en una gran aula, sentados tras unas mesas puestas en fila. Abajo, en las sillas, el público: chicos y familiares en un respetuoso silencio. Mientras espero mi turno, recuerdo los atardeceres en Girona, con mi abuela escuchándome recitar la lección sin entender nada. Me llaman por el nombre, con tratamiento de don, y voy pasando de una mesa a otra. Contesto a todas las preguntas sin demasiados problemas pero sin brillantez.

El Ausiàs March está cerca del mercado de Galvany. Ocupa toda la manzana de casas que conforman las calles Muntaner, Marià Cubí, Avenir y Santaló: un gran jardín o patio de recreo con un frontón reglamentario en una esquina y, en el centro, la torre señorial neoclásica, de planta baja y dos pisos. Las dependencias del instituto —aulas, despachos, sala de profesores— están repartidas por las habitaciones, los salones, pequeñas salas de estar, los baños, las trasalcobas y los pasillos originales, con toda su decoración de dorados, pinturas, molduras y con los mismos enormes radiadores de hierro fundido. La entrada está en la calle Muntaner: una reja descomunal de la que se abre y se cierra una puertecita por la que únicamente puede pasar una persona.

Aquí estudiaré seis cursos, los más inútiles del largo aprendizaje obligatorio a los que me someto desde la escuela de Sanaüja donde aprendí a leer hasta que termino la carrera de Arquitectura en 1964. El caso más demoledor son las asignaturas de la rama de lengua y literatura: no leeré ni un solo libro. Jamás se me exigirá ni se me recomendará que lo haga por parte del profesor, cuyos libros son los que tenemos que comprarnos para hacer los exámenes, en los cuales figura que es miembro de varias academias de la América hispana. En cambio, sí se me obligará a memorizar listas de autores ordenadas según la época y la relación completa de obras de cada uno de ellos, algunas de ellas interminables, como en el caso de Lope de Vega.

El interés por la filosofía se reducirá a la escolástica y poco más, en lo que sería una extensión críptica de las clases de religión. Ésta, a su vez, se compone de una serie de asignaturas impartidas por un sacerdote: se trata de historias que por lo general encuentro entretenidas y, si la Biblia es una parte del fundamento de lo que somos, el sacerdote nos la acerca a través de una simplificación que se denomina Historia Sagrada. Gracias a estas clases, en un futuro lejano,

durante mis viajes por Israel, siempre que mi traductor —el entrañable Shlomo Avayou— me muestre alguno de los escenarios de los mitos, sabré a qué y a quién se está refiriendo. En lo relativo a las lenguas —latín, griego, francés y alemán—, apenas me llevaré una pizca de francés, el alfabeto griego y palabras latinas aisladas (los párrafos enteros que me sabré de memoria serán sólo los de misa).

El éxito es meramente el de las notas, que no dependen del interés sino de las horas invertidas frente a un libro. Como si el objetivo fuese prepararnos en una especie de prelude de lo que en este país se llama «opositar»: un planteamiento interesado (que es casi lo contrario de «interesante») y, a la vez, infantil del aprendizaje, que consiste en pasar montañas de horas «estudiando» temas que no son necesarios, con el objetivo de «saber más» que tus otros competidores. Y mediante lo cual se accede a un puesto remunerado para toda la vida y, así, ya no se vuelve a pensar en casi nada de lo que se ha «estudiado».

Ahora bien, cabe señalar a favor de aquellos profesores algo fundamental: no me desmotivaron. Es cierto que no me enseñarán, pongamos por caso, filosofía o matemáticas, pero me mantendrán limpio, tranquilo y a punto para cuando llegue el interés por la filosofía o las matemáticas desde otro lado. Un día se lo agradeceré —lo apunto sin ironía— y sólo se quedará fuera de dicho agradecimiento el «profesor» de Formación del Espíritu Nacional.

Tengo un amigo cuya amistad compartiré todos aquellos años. Vive al otro lado del parque, es de mi mismo curso en el instituto y tiene una hermana, de la edad de Esther, que como ella también va al colegio de monjas que hay detrás. Lo que hace que tengamos muchas ocasiones para estar juntos, sobre todo conversando acerca de los temas comunes de la adolescencia, porque nuestra amistad no irá más allá. Aunque no sepamos expresarlo, nuestras preocupaciones no serán nunca las mismas. Por otra parte, yo pertenezco a un grupo de escultismo —los *boy scouts* de los que hablaré en el siguiente capítulo—, con los que me reúno en mi tiempo libre. Él no está dispuesto a faltar nunca a clase, es absolutamente disciplinado.

Mi amigo y otro chico siempre sacan *sobresaliente*, son los dos mejores alumnos entre los cincuenta de la clase. Pero de esto hablamos poco o casi nunca. De hecho, no tenemos ningún tipo de interés por el conocimiento. Es un mundo en el que todo son obligaciones que vienen fijadas por las autoridades políticas, militares, religiosas, familiares... Y con las que se debe cumplir, sin más. Es absoluta y fatal mi falta de motivación para el aprendizaje en aquellas clases tan poco atractivas —una sensación de inutilidad muy parecida a la que tenía en los maristas y que no recuerdo haber tenido nunca en la escuela de Rubí del señor Grimalt—. A saber por qué aprender a escribir me resultó sencillo en un año, una escuela y con un profesor y aprender a leer filosofía o literatura de forma rudimentaria será tarea imposible con tantos profesores y durante seis cursos.

No tendré nunca buena memoria. Durante más de treinta años de docencia como catedrático de Cálculo de Estructuras en la Escuela de Arquitectura no dejaré de prepararme las clases ni una sola vez. Quizá esto guarde relación con mi propia constitución, pero que desde los siete a los dieciséis años nadie me ofrezca memorizar nada que me resulte atractivo, que no me obliguen a aprender (como sucedió en Rubí con el abecedario o las tablas de multiplicar) otra lengua o algo, lo que sea, que me parezca valioso, seguramente tuvo mucho que ver. Estos seis años de formación de la propia persona los contemplaré con gratitud por las horas que faltamos a clase,

aprovechando la desidia profunda de este sistema que pretende ser tan rígido, en las que descubriremos mundos como el del cine, el de la conversación y aquellos que se basan, especialmente, en la transgresión. Muchísimo más que en la inútil montaña de horas de docencia —cuarenta semanales— a las que se nos someterá durante los seis cursos.

Pero estoy viviendo en un tiempo en el que el miedo, el rencor y la venganza son sentimientos habituales en España. Y aquellos profesores son buena gente —a quienes la guerra no los ha motivado, precisamente, para la docencia—, tratando de causar el menor daño posible a un grupo de adolescentes que tardaremos aún varios años en entender dónde vivimos y quién somos. En cuarto, los chicos editaremos una revistita en la que describiré una de las clases de latín en lo que será mi primer texto literario, que ya reflejará este efecto crítico. Quién sabe la historia de cada uno de ellos durante aquellos años. ¿Cómo puedo entender el sentido de lo que dicen o hacen? ¿Cómo puedo alcanzar a comprender lo que habían sufrido, lo que sufren todavía, para juzgarlos? El país vive aterrorizado por todo tipo de autoridades físicas y morales, a la vez que coexiste la sensación de que sea lo que sea, «al menos ya no estamos en guerra». Porque la paz puede ser dura, cruel, injusta, pero la guerra lo ha sido más, mucho más. ¿Qué hace falta despertar en un niño para que se interese por el conocimiento?

Tanto mi madre como mi padre lo intentan, pero sólo éste lo consigue. Y exclusivamente cuando me habla de historia reciente (por más que jamás aluda a nada en lo que él se haya visto involucrado), de pintura, de escultura o de arquitectura. De literatura, poesía, música y filosofía no sabe nada: la economía —que ya comienza a tenerse en cuenta científicamente— y la sociología, las dos relacionadas con el urbanismo, conforman sus intereses. Conversamos por las calles de Barcelona o por las salas del Museu d'Art Modern y me despierta esa curiosidad necesaria que puede conducir a la pasión, la única que con desesperación justifica sin argumentos, por ella misma, el esfuerzo de aprender, es decir, de entender. ¿Por qué mi amigo estudia aquellos libros que le interesan tan poco como a mí? Su padre es inspector de Hacienda y él terminará, tras aprobar las oposiciones, ocupando un puesto de agente de cambio y bolsa. Mi padre es un arquitecto apasionado por las artes y yo seré arquitecto y poeta. Mi amigo tiene la predisposición necesaria para cumplir con la obligación de estudiar lo que le toque si le permite continuar en la dirección que él cree conveniente, la de su vida. En cambio, para mí, incluso cuando en un lejano día prepare las oposiciones para la Cátedra de Cálculo de Estructuras, será como consecuencia de años de investigación, no un objetivo previamente definido. Mi mente no acepta de buen grado trabajar en aquello que no le despierta algún tipo de pasión. Esto es: el conocimiento necesita, para mí, el estímulo de una imperiosa necesidad. El coste de lo cual será alto: llegaré demasiado tarde al aprendizaje de otras lenguas. Qué lástima que mis padres, pudiéndomelo imponer, no hicieran lo que es necesario en aquellos años: exigir y velar desde muy temprano para que yo aprendiera materias que necesitan, sí o sí, de la memoria.

La estructura del instituto es autoritaria hasta lo absurdo. Queda patente una tarde a la hora de salir: estoy en medio del numeroso grupo de chicos que se hacinan por dentro y por fuera de la enorme reja que da a la calle Muntaner. Como ya se ha explicado, del rejado de barrotes negros de hierro macizo tan sólo se abría una pequeña puerta por la que cabía una persona, lo cual dificultaba la circulación a las horas de entrada o salida. Jugando, ajusto la puerta para impedir

que me coja un compañero que está persiguiéndome, pero en lugar de ajustarse, se cierra de golpe. De inmediato se hace el silencio, un momento de consternación, alguien va con la noticia a dirección y viene el conserje —otra autoridad— para volver a abrir la puerta y comunicarme que el *Señor Director* me espera en su despacho. Allí me dirijo inmediatamente, afligido y asustado. Se trata de un hombre ya viejo, calculo que de unos setenta años, al que le tiembla la mano cuando vierte algún líquido dentro de la pipeta en las clases de química, su asignatura. En el rostro siempre tiene una expresión seria, recuerda un poco a los bulldogs, y habla con un acento de Girona muy cerrado (es de Bellcaire d'Empordà): «Chicu, la falta que has cometidu es muy grave. Estás expulsadu del instituto». Me voy conmocionado. Pero más allá de la mala noche que paso dándole vueltas e imaginando catástrofes familiares terribles, nada sucede. Ni me expulsarán ni volverán a hablarme del tema. La mayor parte del terror viene de dentro.

El autoritarismo, en el instituto, ya sea por falta de medios o por dejadez, abre fisuras que también sé aprovechar. Las asignaturas más importantes son las de la mañana y en todas se pasa lista al entrar. Hay que responder: «Presente», al escuchar tu nombre. En cambio, por la tarde, lo que hay son clases prácticas y lenguas, consideradas de menor peso, donde sólo se controla la asistencia de tanto en tanto. Se puede escoger entre francés o italiano y entre inglés o alemán. Yo me he decantado por el francés y es en esta clase donde el aprendizaje es más benévolo. La profesora es mayor, afable, habla flojito y nunca riñe. A ella le debo mi escaso y pobre dominio de dicha lengua, así como el deseo por conocer la poesía francesa del siglo XIX —en especial Baudelaire y Rimbaud—, antes incluso que la catalana. Esta señora logra que hasta nos aprendamos un poema. Lástima que sea muy malo. Será inevitable pensar en los poemas que podría haber aprendido, no ya en francés, sino al menos en castellano, la «lengua del imperio».

Mi otra elección es el alemán, pero allí todo resulta muy distinto. La profesora es una pobre mujer de mediana edad, trastocada por quién sabe qué terrible pasado personal y que se convertirá en la protagonista de uno de los poemas míos que prefiero, «La profesora de alemán». Soy su único alumno y nunca impartirá clase en el sentido estricto del término. El ritual es el siguiente: al llegar a primera hora de la tarde, en un cuartito, una especie de vestidor interior, sin ventanas, la encuentro de rodillas, fregando el suelo, con cubo y bayeta, despeinados sus rubios cabellos. No me deja entrar hasta que el suelo está seco y, mientras tanto, se marcha a guardar el cubo. Cuando vuelve, nos sentamos en una pequeña mesa y me pregunta cosas que no tienen nada que ver con la asignatura: qué haré de mayor, dónde vivo... Todas mezcladas con largos silencios y sin esperar nunca mi respuesta que, por supuesto, no tiene ningún interés para ella. En la primera clase me asusté, pero después me he ido acostumbrando e incluso le pregunto algo sobre la lengua que teóricamente imparte y, entonces, sonrío. En el segundo trimestre los dos empezamos a faltar y acaba desapareciendo. En el boletín personal de notas —que debo devolver firmado por mi padre o mi madre— siempre me pone un cinco pelado, la misma nota que saldrá como calificación final cuando acaba el curso. Es probable que ni las ponga ella.

Dichos boletines trimestrales son un problema, porque incluyen las faltas de asistencia. Siempre los firmaré yo. Mis padres ya tienen suficiente con lo suyo como para andar controlando este tipo de cosas. Así, pues, que no vaya algunas tardes a clase —lo que solemos llamar «hacer campana»— no suele alertar a nadie, si se dosifica. Por las mañanas sólo faltó clandestinamente

en ocasiones especiales, por ejemplo, para ir al Turó Park después de una nevada.

He llegado a conocer tan bien el Turó que puedo dibujar un mapa de memoria —de hecho, lo dibujo muchas veces— y, después de más de sesenta años, aún puedo hacerlo. Esto debe de guardar alguna relación con una cierta tendencia o facilidad para ver el proyecto dentro del objeto proyectado, una característica que quizá apunta ya a mi futuro oficio, aunque un día me daré cuenta de que es más que eso, que se trata de una inclinación más primaria, una obsesión por unir claridad y amor, por intentar dotar el sentimiento de amor o afecto hacia las personas, cosas o lugares con la máxima claridad posible, una característica que deberé desarrollar con los años, no ya en la arquitectura propiamente dicha, sino en el cálculo de estructuras y, sobre todo, a la hora de componer los poemas futuros. Seguramente también en la vida sentimental. Pero todavía falta mucho, no ya para escribir mi primer poema, sino para leerlo. Al cabo de los años he escrito muchos poemas que hablan del Turó, pero tal vez el que refleja mejor lo que representó para mí en aquel momento se encuentra dentro del libro *Amar es dónde* y se titula: «Días de 1948 en el Turó Park». Copio sus versos finales:

*Ahí lo descubrí: para ser libre,  
que aquellos que te quieren  
no sepan dónde estás.*

Eso sí, la mañana después de hacer campana, hay que presentar una disculpa escrita a mano en una nota firmada por tu padre o tu madre. A partir del segundo curso, pero aún más a partir del tercero, ya habré adquirido bastante práctica imitando la letra de mi padre: «Ruego disculpe la falta de asistencia de mi hijo, etc.». Sólo es necesario, como ya he señalado, espaciar con criterio las escapadas para que no llamen la atención. Son tardes en las que vamos al cine, casi siempre al Oriente, en la calle Aragó, en cuyo centro se abre el enorme agujero de la vía del tren desde donde sale el humo de la máquina de vapor si pasa un convoy. Es uno de los más baratos, igual que el Diana, en el barrio Chino, donde asistimos otras veces. En este cine hay «pajilleras», mujeres que realizan masturbaciones a dos pesetas en las filas de atrás o arriba, en general. Se dice que en el Oriente también hay, aunque yo nunca llegué a verlas. Pero lo que realmente importa en el cine es ese tipo de costumbre que marcará nuestra imaginación: encerrarse en una sala grande y oscura con desconocidos, todos en silencio y atentos a lo que se cuenta en la pantalla. Y, al final, salir a la calle deslumbrados otra vez por una realidad de la que hemos escapado durante unas horas. El cine y las primeras novelas son el crisol donde empiezo a poner orden a la curiosidad sentimental. Seré un hombre sin teatro, por más que algunas de las obras que veré a lo largo de mi vida terminarán por marcarme —especialmente de americanos (Eugene O’Neill, Tennessee Williams, Arthur Miller) y nórdicos (Henrik Ibsen, August Strindberg) y Antón Chéjov. Quizá sólo fui un fiel espectador los primeros años del Teatre Lliure, en la segunda mitad de la década de los setenta. No sucederá lo mismo con la música, pues conservaré la atracción por el misterio del concierto en directo. En este caso, será la pompa que suele rodear los conciertos de música clásica lo que me llevará a alejarme de ellos. Debido a sus altos precios, se convertirán en actos exclusivos de cierta clase social, mezclada con los turistas que hacen

fotografías y que cumplirán así con su visita al Palau de la Música de Barcelona. Una especie de acontecimiento ajeno al mero acto de escuchar música que, como el de leer un poema, siempre será para mí el más solitario de cuantos se producen en el ámbito artístico. Precisamente, el que menos relación tiene con el entorno social.

Hay una asignatura especial: *Educación Física y Formación del Espíritu Nacional*. La imparte un «profesor» joven, delgado, de cabello oscuro, rizado y denso, nariz aguileña, acento andaluz muy cerrado, de una elegancia un punto *chava*: siempre con traje y corbata impecables, que contrastan con su expresión y su formación de peón de cortijo, parece un personaje de una mala película española. Es el encargado de la ceremonia que realizamos en el patio de recreo, diez minutos antes del inicio de cada jornada: todo el alumnado formando por cursos al pie de la gran terraza que hay detrás del edificio, cantando el «Cara al sol», mientras dicho individuo iza la bandera, acto que acompaña con los protocolarios gritos de «¡Viva Franco! ¡Arriba España!» que debíamos responder los alumnos y el representante de los profesores, el único presente del claustro, supongo que les daría vergüenza y se turnaban para responder y cumplir con una obligatoria y mínima presencia.

Una vez por semana tenemos clase de gimnasia, también en el patio, así como una hora de lo que se denomina Política, una asignatura grotesca porque deja en evidencia a aquel hombre, que nos explica la versión oficial de la rebelión militar contra la República: el Alzamiento Nacional. Un día, al pasar lista, advierte que uno de los alumnos se llama Luis (nadie se podría llamar Lluís, los registros no lo admiten) Companys, y no puede evitar hacer una observación cargada de menosprecio ante la coincidencia en nombre y apellido con el presidente de la Generalitat que los militares fascistas fusilaron en Montjuïc, en 1940. Ah, pero justo está dirigiéndose al alumno más impetuoso, un chico alto, delgado y de grandes manos, el mejor jugador de frontón de la clase, que se levanta inmediatamente y comienza a proferir frases violentas del tipo: «Nadie insulta mi nombre», desafiándolo a salir de la clase y solucionarlo «por la malas». El fascista se amilana y le pide perdón, a la vez que, para salir del paso, nos suelta un discurso sobre *la españolidad* de aquella actitud del chico.

De ir al cine me atrae su anonimato. No es necesario reservar, entras cuando quieres y, si no te gusta la película, te vas. Veo en acción a grandes actores y actrices, me conmueven los primeros planos. Es barato, lo que permite que puedas volver a ver la película con facilidad (*Madame Butterfly*, con Kaoru Yachigusa, será la película que a finales de los cincuenta habré visto más veces: nueve). Algo impensable con una pieza de teatro. Ya se está forjando mi relación con las obras de arte, cuya base será la repetición: leer un poema, escuchar una sonata, siempre muchas veces, las auténticas novelas de mi vida serán las que releeré en diferentes épocas. En pintura, este hecho implica regresar a los museos que, salvo mi querido museo del parque, se hallarán a miles de kilómetros. La mejor reproducción es incomparable con el original. La nube de eruditos me tamará el sol de Shakespeare y, también, el de Cervantes. En algún sitio dice Josep Pla que, para sobrevivir, es necesario defenderse de los eruditos. Yo no sabré hacerlo siempre, sus pretensiones me ocultarán muchas veces lo que sin ellos podría haber sido el descubrimiento de utilizar la poesía, la música, la filosofía o la novela en la intimidad.

Es muy extraño que dos chicos lleguen a las manos en una discusión. Yo sólo me pelearé una

vez, y todo termina pronto, porque los compañeros nos separan enseguida. Mi contrincante será, muchos años después, decano de la Facultad de Medicina. Nuestro curso, en su mayoría, es de clase media. El nivel social se hace evidente, sobre todo, en los pies, lo que quiere decir que calzamos botas o zapatos de Can Segarra —el gran establecimiento de la calle Pelai— que te destrozan los pies hasta que el calzado se domestica de tanto llevarlo. Pero luego está la minoría de clase alta, que debería de haber ido a escuelas religiosas de pago y que, en algunos casos, son chicos a los que ya se los ha dado por perdidos, como el hijo de un coronel, quizá el peor de todos los alumnos. A ellos se los distingue por llevar unos zapatos caros, de la marca Pielsa. A veces, incluso —es el caso del hijo del coronel— tienen moto: primero una Guzzi y, ya de mayores, una Montesa. Pronto los llamaremos *pijos*. Pero hay una segunda minoría, la más pobre, que lleva alpargatas. Y a la que pertenece un chico silencioso, de raza gitana, generoso, el mejor jugador de fútbol del curso. A lo largo de mi vida pensaré mucho en él, me preguntaré cómo le habrá ido en una sociedad tan rígidamente clasista e injusta. Viste pantalones largos —lo que en aquella época se considera de chicos pobres— y en todo el invierno no llevará abrigo. No olvidaré su cara al llegar al instituto las mañanas de frío. Los demás llevaremos pantalones cortos o de golf. A mí siempre me arreglan la ropa a partir de viejos trajes de mi padre. La operación se suele realizar al final de curso: mi madre y yo cogemos el tranvía hasta la plaza Teatre, al final de la Rambla. El tranvía, raíles y cable con un trole y un ruido infernal de hierro contra hierro, que es lo más característico del centro de la ciudad, es el transporte mayoritario de superficie, junto con algunos autobuses eléctricos de dos pisos, con doble cable y doble trole. Al primer autobús de un piso, todavía eléctrico y también con dos troles, lo llamaremos La Gilda, una muestra de la popularidad de la película.

Una vez alcanzado el final de la Rambla, en unos pisos situados tras la estatua de Pitarrá, ocupa a la vez las barandas de varios balcones el gran cartel que anuncia: Sastrería La Transformadora. Es evidente la especialidad de la casa. El sastre, barrigudo y con la nariz ganchuda, va siempre en mangas de camisa y tirantes y con el centímetro amarillo colgado del cuello. Abrimos el paquete con el traje de mi padre, lo inspecciona minuciosamente para localizar las zonas más gastadas y descartarlas para coser la pieza «nueva». A continuación, me toma medidas, con la pregunta de rigor: «¿Hacia qué lado cargas, chico?», que yo siempre contesto avergonzado por la presencia de mi madre. En la segunda visita me pruebo el traje, hilvanado, y en la tercera ya nos llevamos el conjunto de americana y pantalones de golf. Pero mi madre es previsora y, dado que la vestimenta debe durarme unos años y estoy en pleno crecimiento, justo después de arreglármelos, los bombachos me llegan casi a los zapatos y son muy abombados, lo que provoca que mis compañeros me apoden «el Gaucho». Después de dos cursos, los pantalones parecen los de un viajero inglés del siglo XIX: rectos, sin abombamiento, tirantes desde la cintura hasta justo debajo de las rodillas, con las hebillas de las sujeciones a la pierna vistas.

Los chicos del instituto, en contraposición al país, formamos una pequeña sociedad democrática y pacífica. No presenciare ningún episodio de exclusión por motivos de clase social. La enorme presión autoritaria conlleva que el grupo sea solidario en todo momento, más allá de lo que he contado, y siempre son los propios compañeros los que resuelven el conflicto. Estamos muy lejos aún de la violencia que un día la sociedad democrática manifestará, entre otros lugares,

en las escuelas.

A lo que hay que sumar la bonhomía algo triste de los profesores y profesoras, que debía de ser fruto de sus historias personales y que, si bien no se traduce ni en unas técnicas demasiado eficaces ni en un evidente entusiasmo por la docencia, sí que, en general, trasluce una compasión y una comprensión de nuestras circunstancias, tanto de maestros como de discípulos, que supongo que es lo que también colaborará a modelarme un buen recuerdo de aquellos años.

A mediodía, mi madre y Clara están en Rubí, y Esther se queda en el colegio de monjas. Así que yo tengo dos formas de almorzar: si mi madre ha tenido tiempo de dejarme algo preparado, vuelvo a casa y como solo, de prisa, luego friego los platos y vuelvo al instituto, porque siempre hay quien llega pronto y podemos jugar o, si así lo acordamos, ir al cine o a pasear por la ciudad, siempre a pie y pocas veces más allá de la Gran Vía, porque después toca volver a subir.

Los días en que mi madre no me ha dejado nada preparado, voy a almorzar al SEM, el Servicio Español de Magisterio. Ocupa un primer piso muy grande de un edificio situado en el lado de montaña de la plaza Urquinaona y es un club sólo para los *maestros nacionales* —así se denomina a los profesores de primaria— y para sus familiares directos. De entre los servicios que, a precio muy bajo, se ofrecen, yo utilizo dos: el restaurante y, cuando es necesario, el barbero. Allí me siento mayor e independiente, como si recuperase aquel bienestar de Girona. Las mesas son casi todas de dos comensales, así que me toca compartirlas con algún maestro o maestra, que no suelen ser jóvenes y se extrañan al ver allí a un chico —nunca vi a ningún otro— comiendo solo. Me gusta almorzar con aquellos desconocidos educados, en general afectuosos, que se interesan por mí y que siempre tienen un aspecto aseado y a la vez desesperanzado. Pertenecen a un colectivo muy afectado por las depuraciones y las venganzas, por el terror de la posguerra.

## Trenes, bosques

Mi madre debe estar a las nueve de la mañana en la escuela de Rubí. Sale —todavía de noche en invierno— llevando unas grandes bolsas y a Esther, que camina agarrada del asa de una de ellas. Van calle Ganduxer arriba, sin encontrar un alma, dejando atrás los pocos bloques de pisos, algunas torres con ostentosos jardines y muchos solares vacíos que hay por el camino que conduce a la estación de Bonanova.

La compañera de mi madre encargada de la clase de las niñas mayores es la *señorita* Carmen, una maestra aragonesa de su misma edad, alta y de buen ver. Está casada con un buen hombre de su mismo pueblo llamado Clemente, que trabaja de pasante en el despacho de un abogado. No tienen hijos y viven en la calle Entença, por debajo de la Gran Via, en uno de aquellos pisos del Eixample, enorme, limpio y solitario. Son amigos de mis padres, aunque mi madre —con su moral sin fisuras en temas de sexo— nunca le perdonará a ella una aventura amorosa con uno de los habituales del tren que las dos cogen, Carmen en la plaza Catalunya y mi madre en Sarrià.

Mi hermana Esther conservará toda su vida una marca imborrable del sistema educativo, a veces brutal, de esta época. Es zurda y ello horroriza a las dos maestras. Esther, en su clase de las niñas mayores, se pasa horas con la mano izquierda atada a la espalda para que no pueda utilizarla y se acostumbre a escribir con la derecha. Los pocos años que asistirá a la escuela de Rubí serán suficientes para desconcertarla de por vida, un día se convertirá en una señora de más de setenta años a la que no se le podrá decir «a la derecha» o «a la izquierda», sino que necesitará de enunciados como «por el lado de la casa blanca». Indicaciones concretas, nunca abstractas.

Los primeros años, mi madre se lleva a Esther con ella y deja a Clara en casa con una niñera. Son los años en los que mis padres duermen con las niñas en el dormitorio grande y yo en el otro. Cuando la pequeña tenga cuatro años, mi madre se llevará todos los días a las dos niñas, pero eso ya es demasiado duro incluso para ella: Esther siempre recordará un mediodía, después del almuerzo, mientras echan la siesta en el despachito de la escuela, Clara y ella acurrucadas en un sofá y nuestra madre doblada sobre la mesa de madera. Al final, mis padres deciden que Esther vaya al colegio de monjas que hay detrás de mi instituto y que Clara siga yendo con mi madre a Rubí.

Mientras viva en Barcelona tendré muy presentes los lazos que me unen a Rubí. Ahora, además de ser el sitio de trabajo de mi madre, viven allí mis abuelos y mi tío Lluís, todos

obligados a dejar Santa Coloma tras el intento de la policía de detener a este último.

Igual de importante que el pueblo de Rubí serán para mí los trenes que conectan los paisajes del Barcelonès y del Vallès. Soy de secano, y los bosques siempre me despertarán un sentimiento en el que se mezcla la protección, el placer estético y la posibilidad de desarrollar la parte más noble de lo íntimo. Nunca relacionaré el bosque con el miedo, la muerte o las terribles historias de los cuentos infantiles, porque mi abuela sabía muy pocos y en ellos no había bosques, y no recuerdo que mi madre me contara un solo cuento. Y aquellos bosques de la zona norte de Barcelona, la que mira al Vallès, más que pisados, son contemplados e imaginados desde el tren. Toda la vida, dicho trayecto ferroviario conservará para mí la emoción primigenia que ahora siento.

Las estaciones, con un aire de chالé austríaco construido entre los siglos XIX y XX, poseen una fuerza evocadora que conecta con mis primeros contactos con la nostalgia. Bajo la marquesina, en el andén, el centro de atención es un gran reloj de color verde aceituna, con adornos y barrocas agujas negras. Un precioso objeto modernista. Las estaciones, los trenes que cruzan túneles y bosques —a través de los cuales llega un paisaje afectuoso y familiar, como si se tratase de un regreso a casa— tienen un aire a libros de aventuras que estoy empezando a leer y a otros que todavía no he leído. Percibo que hay algo que está a punto de despertarse en mí y que proviene del huerto que hay junto a la riera de Sanaüja, más primigenio aún. Siempre el agua y el bosque, el verde. Una mezcla entre la sensualidad y la percepción de una lógica oculta que conllevan el desvelo del sentimiento estético, un lugar aún sin nombre, más allá de los primeros miedos. Es el descubrimiento natural, no literario, de lo que un día denominaré el viaje romántico.

Si mi madre enfermaba, yo tenía que sustituirla en la escuela, porque el Ministerio no preveía ninguna sustitución y ella era muy estricta con su trabajo o quizá porque tuviera miedo de una inspección o de una denuncia. A mí me pesa mucho, cuando esto sucede, tenerme que pasar de nueve a doce y de dos a cinco —seis horas— con aquella cincuentena de niños y niñas de cuatro a siete años. No tengo ni afición ni herramientas profesionales, la clase es un jaleo y las horas, con la poca autoridad que impongo, parece que no terminen nunca.

Pero los dos lapsos de tiempo en el tren son otra historia distinta, porque ahora ya pertenecen a mi mundo privado: el contacto con la naturaleza está a punto de darse, aunque aún no se conecte con la cultura literaria, musical o pictórica. A veces tengo la sensación de que estoy rozando algo semejante al lujo, a la lujuria, que son denominaciones del sitio en el que la belleza, la fuerza espiritual, el poder, el sexo y la compasión se juntan. Por ejemplo, cuando salgo de buena mañana en dirección a Rubí para sustituir a mi madre, debo coger primero «el Sarrià», que hace sólo una parada. De las dos clases que permite adquirir, compro la más alta. A pesar de que sé a ciencia cierta que a aquellas horas soy el único pasajero en todo el vagón. Económicamente es irrelevante, nadie se dará cuenta. Entro en la zona de segunda clase, que ocupa una pequeña parte del vagón, separada por una puerta corredera, y experimento algo parecido a cuando olía aquellos paquetes de tabaco rubio americano en Girona. No tiene nada que ver con los fabricantes que viajan en la segunda clase de otro tren, ni con querer sentir lo mismo que sienten los ricos. Es más que eso: entender lo que nos pasa a través de pretendidos mecanismos sociales es un recurso muy utilizado cuando uno no llega a explicarlo a través de razonamientos artísticos o filosóficos,

siempre más profundos. De hecho, llegado el momento de comprender, todo lo «social» acostumbra a ser una simplificación. Para mí es un intento de alcanzar un mundo con la seguridad casi absoluta de que ya sé que no es posible en un vagón, pero que empiezo a entender que será posible en la belleza, representada por el espacio de la segunda clase de un Sarrià desierto, que tiene una dignidad que yo asocio con otros países. Comienzo a percibir, sin saber que lo hago, lo poco importante que es lo que se puede aprender o descubrir en los libros si antes no se han encontrado la necesidad y los fundamentos invisibles de aquello que se busca en uno mismo.

Donde el descubrimiento de la belleza a través de los bosques y las montañas adquirirá una fuerza mayor será a la vez donde se producirá mi único trato con la religión que me dejará un recuerdo amable: el escultismo, la rama catalana de los *boy scouts*, el movimiento mundial de organizaciones juveniles creado en los albores del siglo XX por Baden Powell. Lo está reorganizado un sector catalanista de la Iglesia católica.

En la España franquista, el modelo oficial establecido es el de la otra organización juvenil: la fascista y paramilitar de la Falange, al servicio de lo que se denomina Movimiento Nacional.

Aquellos sacerdotes progresistas le hacían la competencia al Régimen, tratan de arrebatarle el control de la gente joven. Algo inimaginable si no fuera porque cuentan con el respaldo de una parte de la poderosa Iglesia católica, la situada en el otro extremo —el tolerante y educado— del nacionalcatolicismo. Es decir, el opuesto a la dictadura. En las excursiones que organizan, dormimos en tiendas de campañas y atravesamos, a pie, en grupo, bosques y montañas. Las excursiones se complementan con reuniones semanales en la sede social de Barcelona, donde además de preparar las siguientes salidas se desarrolla, acompañada siempre de muchas y hermosas canciones, la teoría de toda aquella actividad. Allí encontraré a chicos —existe también la rama femenina, la separación por sexos es lo normal— como los del instituto, pero en un ambiente catalán, de un cierto interclasismo muy barcelonés y ya con su porcentaje de charnegos.

Al frente de la organización está un sacerdote de unos sesenta años, el padre Batlle, una persona culta —habla francés y alemán, sabe mucho de música— que ha vivido en Suiza. Había fundado el movimiento escultista en Cataluña antes de la guerra, y ahora lo había vuelto a poner en marcha en el edificio del Círculo Artístico, en la calle Arcs. El padre Batlle se gana la vida lejos de la jerarquía eclesiástica, dando clases de religión en el Liceo Francés y en la Escuela Suiza. A pesar de que el escultismo es un movimiento confesional, el estorbo de la religión será mínimo. Especialmente para un chico como yo, sin ningún tipo de crisis espiritual de fondo, que lo único que necesita es que no lo presionen demasiado. Sé muy bien que los rituales impuestos —el «Cara al sol», la misa y los sermones, los ejercicios espirituales—, son exigencias que, puesto que para mí no tienen contenido, me resultan más fáciles de soportar si las rodeo que si me enfrento a ellas.

Continúo la línea aprendida por mi cuenta en la infancia: mis padres pasan mucho tiempo trabajando y tengo dos hermanas pequeñas. Ellos cuidan de mí, pero directamente sólo lo pueden hacer cuando están presentes. Yo no les creo problemas, soy bastante autosuficiente y tengo un mundo propio desarrollado desde los primeros años de consciencia. Mi vida íntima es un espacio privado que defiendo de todos, menos de mi abuela. Los espacios placenteros y de creatividad siempre van ligados a una independencia personal modesta e intensa, suficiente para mí. Sé que desde fuera sólo van a llegarme obligaciones, a menudos extrañas, que los adultos inventan.

Tardaré mucho en plantearme por qué los adultos actúan así. De hecho, llegaré a viejo y todavía no lo habré acabado de entender: en vista de lo cual, se me podrá considerar un inmaduro hasta el final de la vida. Quizá un desarraigado.

Mi primera excursión escultista es a Montserrat. No conozco a nadie. Todos visten pantalones cortos y la camisa caqui, militar, pero sin el fular —que es su distintivo más evidente—, porque tenemos orden de no ponérselo hasta llegar al bosque para no excitar la susceptibilidad de los falangistas, que se mantienen a raya a duras penas. Los chicos llevan unas mochilas imponentes. Yo, en cambio, he ido con pantalones de golf, gabardina y con la comida en una vieja cartera de mano de mi padre (tal vez la que llevaba en aquella fotografía de plaza Catalunya), como un incipiente viajante de comercio. Su forma de recibirme ha sido la primera muestra de la tolerancia imperante. Nadie se ríe de mí, ni entonces ni nunca, a pesar de que no llegaré a tener un gran equipamiento. Quiero decir que, mientras la mayoría tiene una de esas mochilas con hierros para adaptarse a la espalda a fin de que el contenido no se les clave, y un saco de dormir, yo llevaré siempre una manta de mi cama y una mochila que alguien le habrá dado a mi madre: una especie de saco sin estructura que hace que se me clave la fiambarrera en la espalda. Nunca tendré que preocuparme demasiado por estas cuestiones.

Las excursiones son de fin de semana. Por lo general, de dos días. La parsimonia de los trenes no permite ir muy lejos, pero cerca de Barcelona todavía existe un mundo hasta cierto punto salvaje, repleto de bosques y riachuelos donde plantar siete u ocho tiendas, a las que había que sumar la del padre Batlle y la del material. A veces acampamos después de una caminata de tres o cuatro horas, el tiempo suele estar bien regulado, con momentos para el canto y para el acto siempre solemne y emocionante de la cena alrededor de una hoguera. Es fundamental la cultura de ayudarse los unos a los otros, del orden y del respeto a la naturaleza: lo primero que hacemos los chicos de cada tienda es un hoyo para los residuos, donde echaremos la materia orgánica que se genere (no existen todavía los plásticos y el cristal se recicla en las casas). Incluso los periódicos terminan recortados para, dispuestos en un gancho en el váter, servir de papel higiénico. Nunca debe quedar ningún tipo de rastro de una acampada. Eso se lo dejamos a los falangistas o a la gente que no tiene nuestros principios ni nuestra educación. Todavía de baja intensidad, y riéndonos a menudo de todo, es inevitable una cierta visión aristocrática de nosotros mismos.

Tres o cuatro veces al año, casi siempre en verano, se realizan acampadas más largas. Una de las habituales tiene lugar en un pinar que se extiende, prácticamente sin casas, por las playas del Prat y Castelldefels, hasta la sierra del Garraf. Este pinar es propiedad de un constructor y hombre de negocios: el señor Massana, que en la primavera de 1951 se ha hecho famoso pese a no salir en la prensa, por el boca a boca. Uno de los grupos de maquis más conocidos de entre los que aún siguen en activo, el de Facerías, ha atracado un *meublé* de la Diagonal, cerca de la plaza Calvo Sotelo, mientras el señor Massana se encontraba allí con una amiga. Él ha sacado una pistola y los guerrilleros lo han ametrallado. Su señora, como tiene por costumbre, ha visitado nuestro campamento, acompañada de su hija, algo mayor que yo, muy bella. Las dos visten de luto de la cabeza a los pies, los rostros cubiertos por un velo negro. A veces no puedo refrenar el sentimiento romántico: ¿cómo se las apañaban los chicos de antes del siglo XIX? Esto y el hecho de que me ha picado un pez escorpión que estaba enterrado en la arena de la playa, lo que me

obliga a pasar una tarde y una noche de dolor muy intenso, marcan aquella excursión.

Nos reunimos una vez por semana, al final de la tarde del sábado, en la sede de la calle Arcs. Somos unos cincuenta chicos de diez a dieciséis años, organizados en grupos de seis o siete —la patrulla—, que son los que caben en cada una de las tiendas que utilizamos. Evidentemente, no progreso de forma adecuada (pasar de tercera a segunda y a primera clase, llevar el uniforme completo, adquirir el derecho a lucir las insignias que te acreditan como experto en alguna de las cuestiones útiles en una acampada, desde ser buen nadador a diestro en la lectura de mapas). Ni tampoco entiendo eso de hacer una «buena obra» al día. De la cuestión religiosa procuro evitarme lo más molesto: me confieso si estoy entre la espada y la pared, y salgo del paso explicándole al sacerdote cuatro vaguedades inventadas. También comulgo cuando es necesario, indiferente a la pureza o impureza del alma. En cambio, si toca, sé ayudar en misa en latín. Acabará siendo la respuesta espontánea que, siempre que pueda, pondré en práctica frente a las exigencias sociales. Y no es una expresión de cinismo, sino el deseo de buscar la forma de conquistar los mismos derechos utilizando mis recursos con la única condición de no hacer daño a nadie, evitando, si puedo, las obligaciones que me parecen absurdas y desenmascarándolas en la intimidad, sin esforzarme más de lo necesario. Es un mecanismo de defensa, lo mismo que mirar a ambos lados de la calle antes de cruzar. Una indiferencia que, de algún modo, me han enseñado, supongo, aunque nunca de forma explícita, en casa. Desde mi deambular por Girona he sido consciente de que la vida social siempre sería muy difícil para mí, pero, en Santa Coloma y ahora aquí, tengo la sensación de pertenecer a un grupo estructurado, con unas características cuyos miembros consideran respetables y que han fortalecido los vínculos entre ellos. No se trata de transmitir ningún mensaje o buena nueva, ningún concepto de evangelización. Todo termina en lo que podríamos llamar el orgullo de algo sencillo y desnudo de cualquier connotación de violencia, apenas reducida a un significado de autoprotección pacífica. Y sí, creo que estoy protegido, percibo el calor que me da saber que, sea donde sea, si silbo una serie de diez notas que nos hemos aprendido (más o menos: do-mi-sol-mi-do-mi-sol, sol-sol-do) y algún miembro del movimiento escultista la oye, se identificará. Puede ser un mero reconocimiento, una petición de ayuda, un aviso. La señal del grupo. Aunque pronto comprendo que es una ilusión o una versión inocente de algo muy complejo que no soy capaz de formular. Lo que me lleva a responder a todo ello mediante la desconfianza.

Y dicha desconfianza presupone para mí la autonomía. Por ejemplo, en esta caminata en la que ahora me encuentro, después de haber andado mucho, que es algo que no me entusiasma demasiado porque estoy cansado y no me puedo concentrar en la contemplación, ni puedo pensar ni imaginar nada. Cansado, continuo cansándome, y el reto de llegar a un destino concreto no tiene para mí ningún aliciente. Un tramo de la travesía pasa cerca de los barrancos del Bertí, un precipicio descomunal de antigua roca granítica, redondeada y cubierta de una arenilla resultante de la erosión que es muy resbaladiza. Me he ido quedando atrás hasta que, cuando me percato de que estoy solo, me detengo y descanso un rato. Al retomar la marcha, voy perdiendo lentamente el camino y me desvío sin darme cuenta hacia el borde del precipicio. Pero el borde no es una línea, un corte, sino un suave arco de roca que va incrementando la pendiente de una forma cada vez más brusca hacia el vacío. De pronto me doy cuenta de que ya estoy en el precipicio y, en ese mismo

momento, me resbalo y me caigo al suelo con la mochila en la espalda, y continúo resbalando poco a poco, hacia abajo. Ya casi estoy llegando al punto de no retorno. Ante la aterradora vista del vacío, me he frenado, de cara al suelo, con los brazos y las piernas abiertas, intuitivamente, para aumentar la superficie de fricción —de freno— entre el cuerpo y la roca. Los pies ya están junto al vacío, me apretujo con todas mis fuerzas contra la roca sucia de arena. Me quedo inmóvil, despavorido, pero a la vez esperanzado por haberme detenido. Entonces empiezo a realizar ligeros movimientos para deshacer centímetro a centímetro la caída e ir ascendiendo hasta el punto de origen. Al llegar, me arrodillo con mucho cuidado y me incorporo, para ponerme enseguida a correr en dirección contraria al vacío. No paro hasta al cabo de un buen rato. No sé cuánto ha durado todo aquello, un lapso de tiempo que me horrorizará cada vez que lo recuerde, ya para siempre. Al reencontrarme con el grupo, los monitores me riñen por haberme retrasado, pero yo no digo ni una palabra de lo que me ha sucedido. Es asunto mío. Ha sido la primera de las dos veces que, a lo largo de mi vida, estaré a pocos centímetros de la muerte. La otra será muchos años después, dirigiendo una obra. Y en ambas ocasiones un enorme vacío querrá absorberme.

Sí, mi sistema es una mezcla de desconfianza y autonomía que también se manifiesta un día en el que los siete u ocho chicos de mi patrulla quedamos para realizar una salida corta, nosotros solos. Desde un sábado por la tarde hasta el domingo siguiente al anochecer. Iremos a unas montañas cercanas a Montmeló, que es un pueblo de unos mil habitantes: dormiremos en un molino donde ya sabemos que los propietarios nos dejarán pernoctar. Los detalles de la excursión, incluyendo la situación del molino y su nombre, los tiene uno de los chicos y yo los desconozco: sólo sé que vamos a Montmeló y que el punto de encuentro es la Estación de Francia, a las siete de la tarde de un sábado de verano. Al llegar, compro los billetes. Y al no ver a nadie, subo al tren sin pensármelo —supongo que ellos lo cogerán o que quizá han cogido otro y que ya nos encontraremos en la estación del pueblo—. ¿Soy tan infantil como para creer lo que supongo? Es evidente que no, que yo mismo me he construido una explicación «oficial», que, para mi imaginación —lo más potente que poseo—, es una aventura en solitario cuya única alternativa consiste en regresar a casa cargado con la mochila, explicar qué ha pasado y aguantar las recriminaciones de mi madre y las burlas de mi padre. Luego deshacer la mochila y volver a guardar todo en su sitio, fregar las fiambreras... Y, para terminar, plantarle cara al día siguiente, un domingo triste y sin nada planificado, a expensas de lo que me manden en casa. No me cuesta mucho decidirme. Más tarde me enteraré de que a última hora mis compañeros han acordado suspender la escapada y que se han avisado por teléfono, pero, como nosotros no tenemos teléfono, cuando se han personado en mi casa para avisarme yo ya estaba en el tren. Mis padres, evidentemente, han pensado que al no encontrar a nadie en la estación, volvería a casa.

Me bajo en la estación de Montmeló y pregunto por un molino. Las indicaciones que me dan son muy imprecisas. Ya ha oscurecido y me encuentro caminando por las afueras del pueblo, frente a una masía, y me dispongo a prepararme un lugar donde dormir en un pajar al aire libre. Pero enseguida comienzan a ladrarme los perros y oigo gritos muy poco cordiales. Continúo, pues, y llego hasta una hilera de tres o cuatro casitas entre parcelas, humildes, pequeñas, de una planta, y llamo a la primera. Me abre un señor de mediana edad, bajito, evidentemente un trabajador, a quien vuelvo a interrogar sobre el molino. El hombre, al ver mi mochila, me hace algunas

preguntas y, al percatarse de mi situación, me comenta que él sólo tiene una cama, pero que si me parece bien pasar la noche en el recibidor, en el suelo, puede ponerme allí unas mantas. Y así paso la noche. Con el sueño profundo de un chico cansado. Me recomienda que por la mañana coja el primer tren hacia Barcelona, porque ya no vuelve a pasar otro hasta el mediodía. Y así lo acordamos. Antes de que claree, el hombre me despierta y me prepara el desayuno: una gran rebanada de pan con aceite y sal, que me como con hambre y que encuentro sabrosísima. A menudo, a lo largo de mi vida, me gustará repetir ese mismo desayuno, mientras recuerdo a aquel buen hombre que me despide en la puerta, mientras amanece y yo me dirijo a la estación. Cuando llego a casa, mis padres me preguntan qué tal me ha ido. Yo se lo cuento —sin mencionar nada de lo que sucede después del episodio del pajar— y no me gano ni un solo reproche o reprimenda. Y seguro que su noche ha sido más dura que la mía.

De las largas acampadas de aquellos veranos, la de Llorà es de la que guardo un mejor recuerdo. Bosques, prados y un pequeño pueblo al que se va a comprar en burro. Muchas tiendas de campaña. Y las grandes hogueras, con todos nosotros ordenadamente sentados a su alrededor, en un ritual de un par de horas después de cenar, en el que hay juegos, discursos, numerosas canciones, actuaciones cómicas o de juegos de manos y la presencia de personalidades importantes del escultismo. Todo esto fomenta un sentimiento profundo que tardaré muchos años aún en relacionar con nombres como los de Hölderlin o Keats. Es una vida aparte, que no es la de mi casa, ni la del Turó Park, ni la del instituto. Son para mí mundos estancos, sin personas en común. El silencio de un bosque o de un lejano valle guarda relación con aquello que no sé nombrar y me desasosiega. Se afianza una herramienta de supervivencia que me explica también muchas cosas de la imaginación que me complacen cuando, en mis lecturas, los héroes atraviesan paisajes como éstos.

Con el escultismo he descubierto la música. Hasta entonces sólo existían para mí las *coplas* que me llegaban por del patio de luces de mi casa, aquella emocionante «La caravana» que me aprendí de memoria de tanto ir al cine en Rubí o el impresionante grupo de notas de «Yo y el pastor» que me tarareaba mi abuela. La música me alcanza a través del canto. Escuchando y repitiendo canciones alemanas que el padre Batlle aprendió en su estancia en aquellas tierras, pero versionadas al catalán en una notable traducción. Muchas de esas traducciones son del propio sacerdote, un hombre pequeño y delgado, de blancos cabellos, inteligente y humilde, de una gran fortaleza espiritual, o de su amigo, el pedagogo Alexandre Galí, que a veces participa también en las hogueras. «Salud, sublimes montañas. / vosotras que el cielo tocáis... / En la cima de la Jungfrau / me rodea el cielo azul...» Son canciones que recordaré de improviso en múltiples ocasiones.

Dentro de muchos años, unos cincuenta, cuando muera nuestra hija Joana y nos quedemos Mariona y yo solos en casa, adquiriremos la costumbre de poner en la cocina, al poco de levantarnos, las sonatas o las variaciones para piano de Mozart interpretadas por Barenboim: uno de esos días, de pronto, me sorprende y emociona una de las variaciones y empiezo a cantarla: «Cada día por la mañana...». Sí, el inicio de la música se lo debo al padre Batlle. Y, cuando llegue a los grandes poetas románticos, incluyendo a Neruda, también podré decir con admiración: «Ah, aquello era esto...». Siempre el reconocimiento. Nunca he visto ni pensado en la cultura

como una novedad o un descubrimiento absoluto, sino como una forma de llevar a primer plano algo que ya estaba en mi interior.

El punto más álgido de los ideales que representan los bosques y las montañas se produce cuando mi padre se empieza a relacionar con el señor Bartomeu Rebés, un prócer de Andorra. Todavía es un país agrícola y ganadero de alta montaña, y este hombre intuye que pronto se producirán grandes cambios. La condición de urbanista de mi padre le ayuda a imaginarlos y a adelantarse a sus efectos. Rebés es una de las personas más ricas de su pequeño país y quiere construir un hotel, el primer gran hotel de la capital. El hotel será el Andorra Park, proyectado y levantado por mi padre. Lo que le obliga, por supuesto, a desplazarse hasta allí. En junio de 1952 me lleva por primera vez con él. Cogemos el tren —con salvoconductos especiales de zona fronteriza— hasta Puigcerdà, donde nos espera un hombre bajito y afable, al que uno adivina enseguida una gran fortaleza y serenidad. Conduce uno de aquellos todoterrenos usados por el ejército americano, descapotable y con el parabrisas bajado, como los que salen en las películas. Nos lleva hasta la frontera y, desde ahí, a Andorra. Yo no he salido nunca del país y hacerlo me resulta emocionante.

Pero este viaje es muy breve y la verdadera aventura llega en diciembre, cuando vamos toda la familia: mis padres, mis dos hermanas y yo. Percibo cómo crece aún más mi capacidad evocativa con el imaginario navideño que aquí está tan bien representado con la nieve y los abetos que para mí son de una pureza absoluta, porque he llegado entrenado emocionalmente para valorar, armado con el espíritu de las acampadas y las canciones, todo lo que sean montañas, nieve, prados y el humo de las chimeneas elevándose por encima de los tejados de pizarra. Y por si esto fuera poco, la familia que nos acoge es fácil de idealizar, con una mujer delicada, en los dos sentidos: el de persona sensible —tan afable como él— y el de su misteriosa y grave enfermedad cardíaca. A ellos hay que sumar un ramillete de niños y niñas. De la mayor, Montse, unos años más joven que yo, sonriente y seria a la vez, me enamoro en el acto. Las dos familias pasamos juntos la Nochebuena, yo soy feliz junto a ella, todavía una niña, que se sienta en mis rodillas y juega conmigo. En la obra del hotel se ha preparado un solar difícil (en Andorra no hay solares fáciles) y, de paso, ya se ha dejado a punto la piscina, construida aprovechando las rocas de la montaña y alimentada por un torrente claro y frío que baja de forma natural atravesando aquellas rocas justo al lado de donde se construirá el edificio. He escondido una carta de amor para Montse (¡para cuando sea mayor!) entre las rocas. Como todo, es un asunto sólo mío. Aún tienen que pasar muchos años para que las chicas dejen de ser para mí un asunto personal y lejano. Me he dibujado un pequeño mapa del sitio y las rocas, señalando donde está oculta la carta. Sí, el mapa del tesoro. La vida se me va llenando de tesoros, siempre escondidos.

El hotel se terminará un par de años más tarde y, curiosamente, con el tiempo se convertirá en otra muestra de los complicados y profundos laberintos que a mi padre le causan sus interminables problemas de relación. Cuando él ya esté muerto —y a mi madre no le falte demasiado—, ella se referirá un día a la cobardía social —que nunca entendió— de su marido, para explicarme que él no llegó a cobrar la mayor parte de los honorarios que se le adeudaban por el proyecto y la dirección de obra de aquel edificio. Lo cual, aclarará de inmediato, no fue culpa del señor Rebés, que ella recordaba tan generoso y cordial como yo, sino porque mi padre, cada vez que el señor

Rebés sacaba el tema a colación, le respondía que no era importante, que ya hablarían de ello más adelante. Le daba vergüenza. Y, naturalmente, después de escuchar varias veces, cada vez más extrañado, cómo su arquitecto le daba largas en dicho asunto, dejó de insistir, supongo que sin llegar a comprender aquella actitud. Mi madre, muy vieja, todavía con la rabia contenida al recordar nuestros problemas económicos de aquella época, aún tendrá la esperanza de vengarse de su marido reclamando los honorarios a los herederos del señor Rebés. Tendré que convencerla de que desista por lo absurdo que sería volver a un asunto cuyos protagonistas llevaban tanto tiempo muertos.

La persuadiré para que desista en el íntimo convencimiento de que mi padre había trabado con el señor Rebés la amistad de su vida. Desde su punto de vista, donde el dinero y el prestigio social estaban tan enredados entre rencores y admiraciones que él conocía y otros que ni él mismo sabía que le atormentaban, defendió cada vez más aquella relación, y no permitió que se mezclaran los intereses económicos. Esto se produjo de manera progresiva y seguramente, en parte, de forma inconsciente. Estoy seguro de que mi padre convirtió en un tema sencillo, claro y limpio de amistad lo que en su interior era confuso y peligroso. La expresión «lucha de clases», al usarse de manera general y tópica, a veces deja de lado una complejidad psicológica importante. En el caso de mi padre es evidente. Renunció a una cantidad que necesitaba, decidido a asegurarse —él, íntimamente— que una relación de amistad como no había conocido otra igual (ni volvería a conocerla) no se contaminase de su mundo de dudas y angustias. Quizá el señor Rebés supo y entendió todo este embrollo, o quizá no. Quizá aquella amistad adquirió la misma magnitud por las dos partes. Yo me inclino a creerlo. Sobre todo si hay bosques pirenaicos de por medio.

A mi reconocimiento artístico y sentimental le faltaba el mar, al que no es ni será fácil acercarse desde la Barcelona de la época. La ciudad no se abrirá al mar hasta finales del siglo XX. Descubro el mar en el verano de 1950. La oficina de Regiones Devastadas de Girona ha acabado de construir ocho o diez casitas unifamiliares para pescadores en Port de la Selva, una población de unos novecientos habitantes, tanto en invierno como en verano, y que permanece resguardada junto a una bahía. Las casas tienen todas una sola planta, blancas, situadas al final del pueblo, muy cerca de la última playa, que es de piedras y que ya mira a mar abierto. Durante la primavera han ido entregándose a sus propietarios. Ha quedado una por un problema administrativo y no se adjudicará hasta terminado el verano. Está amueblada porque se ha utilizado de piso piloto. Y al personal de la oficina le han dado permiso para utilizarla los meses de julio y agosto. A mi padre le han tocado los quince primeros días de agosto. Nunca he veraneado ni lo volveré a hacer hasta que me case. Él sólo va los fines de semana, en tren desde Girona a Llançà y después caminando ocho kilómetros por la estrecha carretera. Llega con la americana y la corbata colgadas del brazo y la cartera en la mano, con la humildad de un personaje de Camus. Mi madre, que ya tiene suficiente con la casa y mis dos hermanas, una de un año y la otra de cinco, no está demasiado pendiente de mí. Vuelvo a pasar el día a mi aire, como en Girona, con más independencia aún porque estamos de vacaciones. Sólo tengo que presentarme en casa a las horas del almuerzo y de la cena.

Todos los días son radiantes, limpios, con un aire de una transparencia no respirada antes por nadie, con el contrapunto de unas rocas oscuras, resistentes, de una feroz impassibilidad, siempre

de cara al horizonte. El pueblo, para mí, es una única calle cerca del mar, de la que sale un espigón. Pocas veces me cruzo con nadie, todos están en el trabajo. Así son los pueblos de mi infancia. Desiertos y silenciosos. Ni la hilera de casas ni las calles de atrás atraen mi interés y, son, a lo sumo, lugares de paso marcados por las fachadas blancas.

Un domingo por la mañana, bañándome con mi padre en la pequeña playa de piedras situada más allá de nuestra casa, me percató, de pronto, de que puedo nadar. Voy y vengo de un extremo a otro de la playa, mi padre me anima, está contento, reímos, descanso, me da indicaciones, vuelvo otra vez, soy feliz, es la clausura del episodio amargo de la piscina de Girona. Entro hasta que no toco fondo, ya no me da miedo el agua, el mar puede ser un amigo que no tiene nada que ver con el de Barcelona. Vuelve a intervenir la belleza, no sé cómo. Belleza quiere decir sentido y fuerza de la vida, todo aquello que nos ayuda, hasta el punto de entusiasmarnos. ¿Nos engaña? ¿Nos ayuda a vivir? Quizá sí. Lo que sé es que no me plantea, todavía, ningún problema relacionado con la verdad. Aún no.

Alguien me ha regalado hilo y un anzuelo. Busco una caña y empiezo a pasar horas en la punta del espigón, donde nunca hay nadie. Pesca algún pez. Y es como si el mar hubiese estado frente a mí, con una presencia separada, y de pronto el hilo me hubiese conectado y estallase en mi cerebro un idealismo panteísta, y lo que era hasta ahora una imprecisa sensación de confort se transformase en un sentimiento mucho más amplio de seguridad. Algo ha quedado encajado, ha encontrado su sitio.

Comprendo, de repente, qué significa el mar de Homero y de Baudelaire antes de leer a los clásicos y a los románticos. Leer no es descubrir, sino reconocer. En ninguno de los lugares en los que me reencuentro con el mar, éste volverá a tener nunca una presencia igual a aquella de Port de la Selva. Descubro el idealismo, esa mezcla de mundo real y deseo interior, a pesar de que aún no necesito el corrector del sentido común.

Jamás había percibido, tan avasalladora, la sensación de que el paisaje puede significar tantas cosas inexplicables, poderosas, que ya no me abandonarán, que debo saber explicarme a mí mismo y mantener todavía vivas, aunque yo no las tenga delante. Donde vaya, tengo que llevarme el mar. Culmino las sensaciones, confusas aún, de las acampadas con la insinuación de la posibilidad de una teoría, un lugar para guardar y a la vez prever tanto la tristeza como la alegría. No ha llegado la poesía, pero ya está cerca. Mucho más presente que en Girona, donde todo esto se tiñó de un color que era el de la miseria, luminoso en algún lugar de los más solitarios, como la Dehesa o los bosques cerca del Ter, o en el agua con el fondo de arena blanca de aquel río más allá de la Dehesa. Aquí, en Port de la Selva, soledad y belleza generan admiración, un sentimiento más cercano al amor.

Hacia el atardecer, regreso de pescar y encuentro en las rocas cerca del agua una gran cavidad o agujero que forma uno de esos charcos que, si el mar está agitado, se inunda y donde el agua se queda y después se va evaporando poco a poco. Está entre la playa, las rocas y el espigón. Un lugar con alguna caja de madera vacía o algún utensilio de pesca roto, por los alrededores. Iba a cruzarla descalzo y, de repente, el agua se ha enturbiado en algún sitio, como si un animal se moviera. Enseguida descubro que eso también sucede en otros puntos del charco: entonces veo un animal del que no tenía noticia: el centollo, un cangrejo enorme que me aterroriza de una manera

violenta y exagerada, en el agua sucia y turbia. No me atrevo a pasar, así que rodeo el charco y corro hacia mi casa como si de repente hubiese descubierto los peligros que pueden esconderse en un lugar espléndido, radiante. La primera prevención contra el idealismo.

Esta advertencia todavía volverá con más fuerza una de las últimas tardes. Me he alejado con mi padre desde nuestra playa de piedras hasta la cala siguiente, a través de las rocas que las separan. Estamos a media escalada, a unos diez metros por encima del agua. Él va delante, ayudándose con las manos para ir subiendo, yo lo sigo un par de metros por detrás. De pronto, él pisa un nido de avispas que salen furiosas y directas hacia mí, mientras mi padre se queda inmóvil, agarrado a la roca. Asustado, empiezo a bajar tan deprisa como puedo hacia el mar, saltando sin precaución por la roca, con el consiguiente riesgo de una caída peligrosa y perseguido por las avispas, hasta que me lanzo al agua. Me tienen que llevar al médico por las muchas picaduras, pero la sangre no llega al río.

He pasado mucho más miedo que durante el episodio del centollo, sobre todo porque me he sentido agredido por toda aquella belleza. Tan agredido que conservaré el terror hacia las avispas y abejas. En Barcelona, cuando mi madre me mande a comprar verduras a las masías que hay entre el Turó Park y la Diagonal, pasaré miedo en los tramos de camino que, al travesar los campos de cultivo, rodean los canales de riego, sobrevolados siempre por avispas y abejas.

Este aprendizaje tiene una coronación precisa en la última salida que realizamos, solos, mi tío Lluís y yo. Ascendemos al Puigmadrona, una montaña —en realidad la más alta de un puñado de modestas colinas como todas las del Vallès— cerca de la zona donde se encuentra la viña donde un día, vendimiando, me herí la mano. Llegamos a pie desde Rubí en pleno otoño, con una niebla que, cuando alcanzamos la cima, después de una caminata de horas, aún no se ha levantado. La humedad que favorece el olor de los pinos y de las encinas, el tomillo todavía perfumando los caminos, la mezcla del esfuerzo con la percepción, todavía oculta para mí, del cumplimiento de un objetivo, y llegar a un sitio que es con claridad la cúspide, envuelta por una niebla tan densa que uno no puede verse los pies, me ha emocionado tanto que éste será uno de los recuerdos más misteriosos de mi adolescencia. Lo comprenderé muchos años más tarde al leer la historia taoísta de la montaña donde se lleva de visita a los huéspedes que, cuando llegan a la cima después de una ardua y lenta subida, se encuentran también con una vista cerrada por la niebla. Frente a la lamentación de los viajeros por no poder disfrutar del magnífico paisaje que desde allí podría contemplarse, el acompañante les explica que allí se va, precisamente, *para no ver nada*.

## Religión y política

Mis abuelos viven en Rubí, en una vieja casa de dos pisos con patio, que cuenta con un lavadero siempre lleno de agua limpia y fría. A veces me alojo allí unos días, que me permiten recuperar la intimidad con mi abuela. Ella también pasa largas temporadas en nuestra casa para ayudar a mi madre en la difícil organización de un hogar cuyos miembros se reparten entre dos ciudades y un pueblo.

Durante una de esas estancias en nuestra casa, el 27 de mayo de 1952, mi abuelo fallece de forma inesperada en Rubí, de un infarto, a los setenta y un años. En la dura tristeza del comedor de Pérez Cabrero, al crepúsculo, mis padres le piden a mi abuela que se siente con ellos a la mesa y le van explicando lo que ha pasado, mientras yo escucho y prácticamente observo todo a través de la puerta mal cerrada de una de las habitaciones. Me desespera el llanto silencioso de mi abuela, veo por el resquicio que queda abierto cómo se seca las lágrimas con aquel pañuelo que siempre lleva en la mano. La segunda muerte cercana, entre ella y yo, así, sin más historias para rehurla, ni siquiera una enfermedad previa. Reconozco la misma impotencia de cuando ambos vimos morir a Trini.

Para el entierro han traído un féretro de algún sitio cercano al cementerio nuevo, y el sacerdote del pueblo pronuncia un sermón repugnante. De la familia asistimos mi padre, mi tío y yo, y enseguida percibo la indignación de ambos. Nunca he prestado atención a los sermones de los sacerdotes, ni siquiera a los del padre Batlle, y hoy no he escuchado sus palabras hasta que he advertido la reacción de mi padre y mi tío. Aquel hombre está aprovechando la situación para explicar que, con toda seguridad, mi abuelo ha ido directo al infierno, al eterno suplicio, por haber muerto sin los sacramentos. El discurso va subiendo de tono, con una ferocidad que habría causado mucho dolor a mi abuela, de estar presente. Desde el momento en el que me doy cuenta, cierro los ojos y, apretando los dientes, me esfuerzo por recordar cuando íbamos a alguna de las fuentes alrededor del pueblo con aquel vaso de estaño en el que tantas veces bebimos juntos. O cuando mi abuelo y yo comíamos uvas en el borde de un camino de Sanauja. Me duele la mandíbula al final de la homilía. Sacerdotes y militares tienen carta blanca para este tipo de comportamientos repulsivos. Los militares no articulan discursos. Encarcelan y fusilan. En cambio, no tienen una presencia tan asfixiante en la vida diaria como los sacerdotes.

Hay un aspecto del que me costará librarme, cuando entienda cómo el control del sexo

significa un poder sobre la persona que las autoridades religiosas nunca han renunciado a ejercer. Tardaré aún en comprender que el control del sexo es el núcleo de la dominación del ser humano por parte de cualquier iglesia y por qué en esta sociedad franquista absolutamente dominada por los dos grandes estamentos, clerical y militar, las presiones sobre los adolescentes en esta materia son tan importantes.

Cualquier forma de control ejercida sobre nuestra existencia de chicos y chicas de la posguerra está resumida y representada en la represión sexual. Que un muchacho solo —sin infringir ninguna regla social, sin molestar a nadie— intente resolver este tema por sí mismo siempre ha resultado insoportable para cualquier iglesia. Por otro lado, cabe añadir la morbosidad que envuelve el voto obligatorio de abstinencia de los clérigos, los casos de acoso y violación de niños. A pesar de mi poco contacto habitual con ellos, yo también tuve mi parte: un día viajó en un tranvía de la línea 23, el más moderno —no hace mucho que ha entrado en funcionamiento—, cerrado y de formas aerodinámicas, el primero con puertas neumáticas que abre y cierra el conductor, que va sentado, y del cual, por tanto, uno no puede saltar en marcha. En la parte de atrás, la cabina termina en una última hilera de cinco asientos, es decir, que el del medio queda en mitad del pasillo, entre las dos hileras de asientos dobles. En este asiento del medio, al lado del que yo ocupó, acaba de sentarse un fraile de los que se llaman descalzos, que lleva unas sandalias sin calcetines, muy gordo, un hombre que ya está rematando la madurez, con el holgado hábito marrón que ha dejado caer sobre mi regazo. Automáticamente, lo aparto. Pero él lo vuelve a echar sobre mí. Intento apartarlo de nuevo, pero ya no me resulta del todo posible, mientras, por debajo, su mano me empieza a recorrer la pierna. No me altero. Reflexiono sobre lo que debo hacer. Descarto acusarlo en voz alta, porque, si él no se acobarda, yo llevo las de perder: sería mi palabra contra la suya, y ésta no deja de ser la palabra de Dios para cualquier autoridad que acabe interviniendo, incluso para los otros pasajeros. Así que lo soluciono con tranquilidad, levantándome de la manera más natural posible y, con el clásico «perdón», me abro paso hacia las puertas del tranvía, para bajarme en la siguiente parada.

Todo esto explica la insistencia en el sexo de los sacerdotes durante unos años que, en España, representan su época dorada en lo relativo a poder e impunidad. Con cualquier excusa surge el tema de los terribles peligros de la masturbación. Se intenta convertir una práctica natural, incluso higiénica, en una de las actividades más peligrosas para la propia salud, de la cual se derivan, según repiten los religiosos en cada uno de los sermones que no puedo esquivar, enfermedades terribles. Las consecuencias podían ir desde el reblandecimiento de la médula hasta las lágrimas que derramaba san Luis si los chicos «se tocaban». *Tocarse* es condenable desde cualquier punto de vista: social, sanitario, ético y personal. No dudo en ningún momento que los asuntos relacionados con el sexo debo resolverlos solo.

A veces, los chavales de catorce o quince años nos acercamos a los prostíbulos baratos, del barrio Chino, a curiosear. Si no nos echan, contemplamos el impresionante espectáculo de los hombres, con unas expresiones horrorosas en las que se mezcla el miedo y el deseo, amontonados frente a una barra de bar. Mientras, por una escalera al fondo, las mujeres suben y bajan a los pocos minutos, para al rato volver a subir de nuevo con otro cliente. Y todo, como mucho, para que dichos chavales entremos una tarde de novillos en el cine Diana y vayamos al piso de arriba o

a las últimas filas. La mujer se sienta a tu lado, le pagas las dos pesetas y tiene lugar la rápida ceremonia: ella se limpia las manos con colonia barata, te desabrocha, te pone encima un pañuelo para evitar la salpicadura final y la mano procede. Luego se va y tú te abotonas rápidamente y te quedas muy quieto, confundido, con sentimientos contradictorios y los ojos enfocados en las imágenes de la gran pantalla, donde continúa una historia que, como la del mundo, a saber adónde va.

Tampoco contribuyen demasiado a mi tranquilidad en este aspecto ni la actitud seca y autoritaria de mi madre ni la desconcertada y burlesca de mi padre. Cerca de casa están el club Turó y el club Patín, en la plaza Calvo Sotelo. Ambos tienen una pista de cemento para patinar, la entrada es libre y pagas por alquilar unos patines y por utilizar la pista. Los domingos por la tarde se congregan allí los chicos y las chicas más acomodados del barrio (tener patines es una señal de clase, a mí no se me ocurriría nunca pedir unos en casa). Paso las horas contemplando aquellas faldas plisadas cruzar por delante de mí, levantándose en una vuelta y, de pronto, como en un *flash*, dejando ver unas braguitas en alguna caída. Nada más. Cuando se enteran en mi casa de mi entretenimiento dominical, me prohíben volver. Lo peor ha sido la forma en que lo han hecho, con un largo sermón que finaliza con una agria burla de mi padre: «El patinaje: a ver si aún resbalarás».

El miedo que sienten ante cualquier proximidad con el sexo surge por todas partes. Cuando voy al instituto llevando de la mano a mi hermana, en un tramo del trayecto nos solemos cruzar con una chica de mi edad que va con su hermana pequeña al Liceo Francés, en la calle Moià. A fuerza de coincidir, alguna que otra vez acabamos recorriendo el camino juntos. Me parece una chica bastante hermosa, de cara un poco triste. En alguna ocasión le he escrito una carta que ella nunca contesta. Y un día mi madre descubre una y su reacción es la misma que si yo estuviera planeando un acto delictivo: «Por fortuna lo hemos podido detener a tiempo», repite. Me siento humillado.

En los sermones escuchamos cómo los sacerdotes, a la masturbación, la llaman «vicio solitario» —qué crueldad en el sustantivo y en el adjetivo—. Y suelen matizar que es igual de repugnante que el coito interrumpido. De hecho, *interruptus* era el pecado bíblico de Onán, que se salía en el momento del orgasmo para que «se vertiera en el polvo». Es curioso que la Iglesia haya dejado que las dos prácticas se confundan —es habitual utilizar la palabra «onanismo» como sinónimo de masturbación— para matar así dos pájaros de un tiro. Respeto el sentimiento religioso porque me lo recomienda un instinto de supervivencia forjado a lo largo de media vida bajo un férreo despotismo, pero nunca llegaré a valorarlo de forma positiva. Y, copiando la actitud de mi padre, un día me diré a mí mismo que si he llegado con la próstata sana a los ochenta años debe de ser gracias a aquel hatajo de obsesos y lunáticos que pervertían el sexo durante mi infancia y también durante mi adolescencia y juventud, cuando decidí rebelarme contra ellos en la intimidad, aunque sólo fuese con la mano derecha.

La apoteosis de esta barbarie ideológica la vivo en el año 1952, con el Congreso Eucarístico Nacional, un movimiento de masas que ahoga Barcelona, una ciudad con unas fronteras en cuyo interior los barrios extremos son Horta, Sant Andreu o Sarrià. Más allá sólo hay pueblos razonablemente pequeños, como Sant Cugat o aquella Santa Coloma de Gramenet donde pasé un verano con mis abuelos y mi tío Lluís.

Por doquier hay altavoces que todo el día transmiten misa tras misa, la siguiente más solemne que la anterior, con más sermones, más *autoridades*, más millares de personas, colas por las calles, centenares de puntos con un sacerdote confesando, clérigos de un lado a otro llevando con unción el viático. Y si no hay actos que transmitir, suenan con el volumen al máximo los canticos religiosos, el más repetido de los cuales es el propio himno del congreso, una bobada que de viejo aún recordaré. La porquería musical y poética se me va acumulando en el cerebro procedente de unos años que habrían sido más dignos si alguien hubiese utilizado el poder de mi memoria para fijar la mejor música, los mejores poemas y algunas lenguas distintas de la materna. La lengua castellana, impuesta con violencia paralelamente a la prohibición del catalán, será, pese a todo, lo más noble que se imprimirá en mis neuronas, entre tanta devastación y depravación sentimental y estética.

La orgía eclesiástica ha servido para que en el instituto (donde sólo hay una minúscula capilla) nos obliguen a asistir —en horas de clase— a unos ejercicios espirituales en una iglesia cercana que pertenece a la escuela y al convento del orden monástico de las Damas Negras, en Travessera de Gràcia. Los chicos, en los bancos de un lado. Las chicas, con uniformes azul marino con gorrita incluida, en los del otro. Durante los sermones, el tráfico de miradas entre las dos partes es continuo, aturcidos nosotros y aturridas ellas por la falta de práctica. El ambiente ha ido degenerando de sermón a sermón y, durante los últimos, he visto a chicos que se encendían una linterna dentro de los bolsillos para que el foco les saliera por la bragueta. La única consecuencia directa de esta *familiaridad* con las chicas consistirá en que durante unos meses saldré a pasear un rato con una de aquellas chicas de las Damas Negras por el Turó. Siempre aparece acompañada de una hermana pequeña y nos entendemos bien. Qué pena que mi amigo y una amiga de la chica, celosos, él de mí y ella de ella, hayan querido participar también y pronto se convierta todo en un lío de «me dijiste», «no me dijiste», los típicos malentendidos con los que me estreno en este tipo de asuntos. La chica en cuestión y yo nunca llegamos a tocarnos.

El mundo está entrando en lo que muy pronto denominaremos «Guerra Fría». Y otros acontecimientos de índole política y militar me interesan más que las turbias ceremonias religiosas. A partir de 1950, han comenzado las visitas a Barcelona de los barcos de guerra americanos de la Sexta Flota. Esto conlleva el desembarco periódico de diez mil jóvenes, altos, bien alimentados, vestidos de blanco, ricos, que llegan a una ciudad pobre. Primero inundan la Rambla. Desde allí, los marineros se han ido infiltrando hacia el barrio Chino y también hacia el Gótico, donde que se abren nuevos bares, en algunos de los cuales ya se puede escuchar *jazz*, interpretado muchas veces por los propios marineros. Siguiendo una política que lo que busca es ganarse la buena voluntad de los países de los que se sirven, los americanos facilitan las visitas a los barcos, sobre todo a su buque insignia: el portaaviones, que debe anclarse fuera del puerto, obligado por el calado. Hacemos cola frente al monumento a Colón para subir a las lanchas de desembarco, las de las películas de la Segunda Guerra Mundial, que trasladan a los visitantes al barco. Una vez en cubierta, seguimos la visita guiada, admirando y envidiando a la vez a aquella sociedad rica y libre que acaba de ganar la batalla a los malos, Alemania y Japón. Hace ya años que, en mi imaginario, Estados Unidos es el bueno. Este espectáculo de juventud, blancura y *jazz* termina por seducirme.

En 1953, Estados Unidos firmará un amplio acuerdo con el régimen franquista, que se prolongará hasta la muerte del dictador (rodeado de todos los honores y atenciones). Cumplo dieciséis años en mayo de 1954. He acabado sexto curso de bachillerato y me he examinado de lo que se conoce como Reválida, que es la prueba con la que termina la enseñanza secundaria. Después tendré que hacer el curso preuniversitario y otro examen antes de acceder a la universidad. Persiste mi desinterés por las materias de las que me examino, estudio sin ninguna sensación de «necesidad», quiero decir que, si en lugar de Historia de España o Física, hubiese tenido que estudiar Historia de Mongolia o Primeros Auxilios, lo habría encajado sin ningún problema. Mi vida cultural la siguen conformando las mismas novelas y el cine, al que siempre he sido fiel. La narración, el relato, abrigando el núcleo que un día reconoceré como los cimientos de mi poesía.

La ceremonia con la que concluyen estos años en Barcelona será una acampada de despedida con mis mejores amigos del movimiento escultista. Es en agosto de 1954, en la Costa Brava, en una estancia de diez días, con una sola tienda de campaña, en la cala de Montgó. Un lugar al que no regresaré jamás. La acampada de este verano es, por tanto, la última para mí: las relaciones con la organización escultista ya hace tiempo que se han ido enfriando. Al final hemos terminado por formar un simple grupo de amigos, una patrulla sin cabecillas que todavía se reúne alguna que otra vez en la calle Arcs y cuya mayor alegría es irse de fin de semana a la casa que la familia de uno de los chicos tiene en las afueras de Vilassar, con patín a vela incluido. Somos cinco y dormimos, como si de una tienda se tratase, en la misma habitación. Navegamos con el patín y tomamos el sol en la solitaria playa. Muchas de las veces coincidimos con la familia del chico, que tiene una hermana y una prima: esta última me gusta mucho, pero ella sólo tiene ojos para mi mejor amigo dentro del grupo, que es el que más experiencia amorosa tiene de todos nosotros.

Aquí, en esta cala del extremo sur de la bahía de Roses, tendrá lugar mi despedida de Barcelona. Los cinco amigos plantamos la tienda en un bosquecito a unos trescientos metros de la playa. Sin edificaciones ni bañistas. Muy cerca hay una cabaña de pastor construida con piedra seca y con un camastro, que también utilizamos. De noche hacemos una hoguera y conversamos hasta que el cansancio nos obliga a retirarnos a dormir, cada cual donde quiere, en la cabaña o en la tienda. A media sesión nocturna suelen pasar dos guardias civiles, *la pareja*, que recorren incansablemente la zona a pie. Es una institución —como los carteros o los serenos— de la que sólo oiré hablar mal en los poemas de García Lorca. Mi abuela ya me ha relatado la fidelidad de este cuerpo al presidente Companys durante la rebelión militar. Después de comprobar que somos unos simples excursionistas, cada noche vienen a fumarse un cigarrillo junto al fuego y enseguida continúan la ronda.

Es la acampada más relajada que he hecho: ni formaciones, ni juegos, ni caminatas, ni cantos, ni misas, ni uniformes, ni buenas acciones. Somos cinco compañeros que se bañan, pasean y, la mayor parte del tiempo, conversan. Hablamos horas y horas. Un día vamos a una boda en Belcaire, que es un pueblo muy próximo: mi amigo ya está prometido y da la casualidad de que ella es de ese pueblo. Y, como se casa un familiar suyo, nos han invitado a todos. Ya en la fiesta, durante la cena, no me doy cuenta de cuánto estoy bebiendo y termino absolutamente embriagado: tienen que llevarme a la cama. Es la primera y será la última vez que perderé el control por culpa

del alcohol o de cualquier otra sustancia. Más bien trataré de estar siempre lo más alerta posible para aprovechar así la vida, tanto en los momentos buenos como en los malos. No volveré a reencontrarme con mi mejor amigo hasta muchos años después, y ya no podremos recuperar nunca aquella intimidad que culminó con la acampada junto a la cala de Montgó. A los otros tres ya no volveré a verlos.

Durante estos años, mi padre —que tiene cuarenta y seis— se ha desengañado ya de la posibilidad de trabajar en Barcelona, a pesar de no haber dejado de intentarlo. En cambio, en primavera le ofrecen ser el arquitecto en jefe de las oficinas de la delegación del Ministerio de la Vivienda (que se ha creado a partir de lo que había sido la dirección general de Regiones Devastadas) en Canarias, con sede en Santa Cruz de Tenerife. Ha aceptado. Y mi madre me ha sorprendido al tomar una decisión que debe de haber sido muy difícil para ella, la de solicitar una excedencia como maestra y dejar su trabajo. Él tiene que estar en Tenerife en septiembre, pero ya se va en agosto. Yo me voy a comienzos de noviembre en avión para llegar a tiempo de incorporarme al preuniversitario, que tendré que cursar en el instituto de Santa Cruz. El resto de la familia y de los muebles viajarán en barco, algo más tarde.

Mis años en el Turó Park han terminado, del mismo modo que han desaparecido casi todos los lugares de los que el chico que ahora soy va hablando, y que un día no tendré que buscar porque ya no existirán, aunque muchos de ellos continúen llevando el mismo nombre. Yo, que ya seré otro, pasaré por estos escenarios y seguiré recordándolos como fueron, sin poder compartirlos con nadie. Los lugares donde ahora están el instituto, el SEM, las escuelas de Rubí, habrán desaparecido. Regresaré al Turó Park, que todavía protagonizará otra etapa de mi vida en la primera juventud, el Turó Park que cuando yo sea viejo estará más abandonado, espléndidamente igual a sí mismo, y donde me gustará volver a veces para dar de comer no a las palomas sino a los recuerdos. *Des d'on tornar a estimar. Amar es dónde. Love is a place.* Éste será el título de uno de mis libros de senectud.

## La isla del tesoro

El único avión al que he subido es el de las atracciones del Tibidabo, pero ahora me encuentro en un cuatrimotor que vuela gracias a dos poderosas hélices en cada ala y que hará escala en Madrid, Sevilla, Casablanca y Las Palmas. Al final, aterrizará en el aeropuerto de Los Rodeos, el único en la isla de Tenerife. Hemos salido por la mañana y llegaremos al atardecer. Viajo al lado de una chica mayor que, según me cuenta enseguida, se reunirá con uno de aquellos marinos americanos que llegaron a Barcelona: se casarán en las Canarias y después se irán a vivir a Estados Unidos. A los dos nos une la emoción por una nueva vida, por abandonar para siempre la que tenemos, y la conversación —que consiste en explicarnos qué esperamos de los años venideros— nos ayuda a ambos. En Madrid y Sevilla ni siquiera salimos del avión y, una vez en Casablanca, la pequeña estancia en la que nos han recluido a los pocos pasajeros que continuamos viaje tiene las paredes blancas y desnudas, excepto por el retrato de Mohamed V, el primer sultán de Marruecos independiente. Nadie habla, el cansancio del viaje se trasluce ya en nuestras miradas y en nuestra actitud en los asientos dispuestos a lo largo de las paredes. El momento más conmovedor de este día de noviembre de 1954 sobreviene, después del desierto azul del Atlántico, al atisbar las islas: en un final de tarde claro y reluciente en el que el aire es como una lupa que muestra más nítidos los relieves, al ver cómo Tenerife se va alzando en el horizonte desde su punto más alto, el volcán iluminado por el sol de poniente, el Teide. En ese momento la isla entra para siempre en mi vida.

Mi padre me está esperando y vamos directamente al pequeño hotel donde él se aloja y a dar una vuelta por las calles del centro de Santa Cruz. Es como un recibimiento de la suavidad de las noches que nos esperan. El agotador día de viaje y tantas emociones me han vencido y duermo profundamente. Por la mañana hay en la ciudad una plaga de langostas procedentes del Sáhara. También han hecho escala. De pronto mi mundo se ha ensanchado en todas las direcciones. Estoy con mi padre en la habitación y, por detrás del cristal, contemplo un cielo lleno de langostas en pleno vuelo. Con curiosidad, abro la ventana para verlas mejor y en un instante entran diez o veinte, enormes, de unos diez o quince centímetros, como jamás las había visto en nuestros campos, donde siempre surgen pequeñas y saltando entre la hierba y sin llegar a volar nunca. Cerramos inmediatamente y nos dedicamos, con mucho asco por mi parte, a cogerlas mientras van de un lado a otro de la habitación, golpeándose contra las paredes, el techo y los muebles.

Las langostas se van igual que han llegado, así que inicio mi exploración de Santa Cruz y la

isla. Mi padre ya trabaja y, los primeros días, antes de que se presente el resto de la familia, aprovecho para recorrer Tenerife, solo. Esto me permite centrarme en mis pensamientos y hallazgos. Comienzo por los dos grandes bosques, los profundos pinares de La Mercedes y La Esperanza. Me subo a las *guaguas*, unos autobuses que parecen de lata, algo destartados, azules o rojos y que viajan repletos de *magos*: campesinos que visten un poncho que les llega hasta los pies y les sirve de abrigo, mientras que las mujeres, por su parte, llevan un sombrero de ala muy ancha. El famoso buen clima, *la primavera eterna*, existe cerca del mar. El resto de la isla se encarama hacia el Teide, de más de tres mil seiscientos metros y un cráter nevado en invierno. Todo se encarama, con lentitud unas veces, otras, de forma brusca, y puedes pasar, según desde donde empieces la ascensión, de un mar cálido a la nieve en menos de una hora por pequeñas carreteras saturadas de curvas. Y, entre medias, la niebla, que tan pronto está por encima de nosotros como por debajo, formando un mar de nubes. En la isla se pueden realizar multitud de excursiones de un día, que son deslumbrantes para mí, que ya estoy educado en este tipo de esplendor, desde la Dehesa de Girona y el mar de Port de la Selva hasta las acampadas en los bosques.

El norte y las laderas del Teide son exuberantes, con muchas zonas cubiertas por el follaje de las *plataneras*, que son como aspidistras gigantes, sobre todo en la verde inmensidad del valle de La Orotova. En el sur, más seco, están las extensas plantaciones de tomates, con malas y escasas carreteras que dificultan el acceso a la zona. La riqueza de la isla es precisamente ésta: plátanos y tomates. El turismo se limita a la gente que está de paso en barcos que van y vienen de América y que realizan una escala de unos días en Santa Cruz, a veces tan sólo unas horas, y que pronto se ven rodeados por las barcas de los *cambulloneros*, que les venden desde comida hasta máquinas fotográficas, relojes, plumas estilográficas, todo muy barato, porque las islas son, fiscalmente, puerto franco.

Entretanto, en Barcelona, mi madre cuida de las dos niñas y de mi abuela y continúa dirigiendo el embalaje de la casa entera, de todos los muebles, los libros... No dejamos nada, ni las camas, ni la ropa de cama, ni nuestra ropa, ni los pesados pisapapeles de cristal, ni las sillas, ni el torso macizo de Apolo. No se tira nada, no se deja nada, no es fácil ni habitual renovar aquello que nos sirve para la vida cotidiana. Los últimos días, justo antes de partir, cuando ya habían dejado el piso y estaban esperando los cuatro en una pensión de la calle Pelai a que llegara el momento de embarcar, mi madre sufrió un aborto y fuertes hemorragias. Como nosotros estamos en la Canarias, nuestros amigos, Francesc Mitjans y su mujer, Angelina, se hacen cargo de la situación en aquellos días terribles para mi madre. Ella tiene cuarenta y dos años, mi abuela, setenta y cinco, mis hermanas, cinco y nueve. Durante seis días viajarán junto a todas nuestras pertenencias, embaladas, en un barco de línea regular que llegará al puerto de Santa Cruz de Tenerife el día 23 de noviembre de 1954.

Nos instalamos en un piso de la pequeña calle dedicada al poeta modernista Manuel Verdugo, una travesía de la avenida del Manicomio —el nombre ya es lo suficientemente explícito— que se parece a aquella otra de Santa Coloma. Es la parte alta de Santa Cruz, la más alejada del mar, con unas buenas vistas de la ciudad y del Atlántico. Un barrio de clase media baja. Mis hermanas van a una escuela pública que hay al lado.

Mi padre enseguida tiene mucho trabajo, porque hay pocos arquitectos y los que hay ya se ganan bien la vida: es la situación contraria a la que tanto le desesperaba en Cataluña. Al poco le ofrecen la plaza de arquitecto municipal de Las Palmas, que puede compaginar con su actual puesto. Así que empieza a proyectar y a construir —con lentitud y al mismo tiempo que otras pequeñas obras por toda la isla— la Casa Sindical en Santa Cruz y la iglesia de Schamann, el Mercado Municipal, la plaza de Tomás Morales —con su edificio municipal— en Las Palmas.

Este hecho lo obliga a viajar constantemente por las islas y, de una forma fija, unos determinados días de la semana, a Las Palmas. Se repite el estilo de vida anterior. Mi madre, que aquí no trabaja de maestra, se incorpora a la oficina de mi padre, situada en el Cabildo Insular de Santa Cruz, al lado del puerto y del mar, en un edificio entre neoclásico y racionalista, con una torre alta y rectangular que exhibe cuatro relojes. Pronto formará parte de un escaso equipo de personas que preparan los proyectos siguiendo las directrices de mi padre: ella, además de llevar la casa, se convertirá en una especie de gerente.

Desde el primer momento tengo la sensación de libertad. La dictadura aquí no debe preocuparse por nada, no hay problemas graves de seguridad ni ninguna apariencia de control. A los peninsulares se los llama *godos*, un apelativo que según el tono puede ir desde el afecto al insulto, siempre menos incisivo y duro que el *xarnego* catalán. La ciudad de Santa Cruz es tranquila, provinciana en el sentido de cómoda y de que respira confianza, y a la vez cosmopolita, sobre todo por los barcos que continuamente atracan o zarpan del puerto, de un único espigón, por la relación marítima con Inglaterra y América y por los comercios indios —de la India— que salpican el centro de la ciudad y que a mi familia y a mí nos encandilan: electrodomésticos, bebidas, galletas, radios, perfumes, que nos permiten *tocar* el nivel de vida de las películas americanas. En lo personal, me siguen maravillando los paquetes de tabaco, las marcas que iba recogiendo del suelo en Girona y muchas más, que se presentan en cajas metálicas o de cartón de colores con celofán.

En los primeros meses, cada uno de nosotros se enfrenta como puede a la sensación de lejanía. Nos parece que tardaremos mucho tiempo en regresar a nuestras vidas en Barcelona, o quizá ya no podamos recuperarlas nunca. Es una impresión que se va instalando en mi casa. Mi abuela me pregunta en qué dirección queda Montserrat, para rezar de cara. A través de un mapa y una brújula que conservo de los escultistas, la sitúo. Mi abuela sabe que mi tío Lluís, en cuanto pueda, se la llevará a vivir con él. En cuanto a mí, los constantes descubrimientos en esta isla sorprendente, misteriosa hasta un punto que yo no había conocido en ningún otro sitio, consiguen que me dure muy poco la añoranza. Estoy acostumbrado ya desde la infancia a adaptarme a los cambios de vida y de paisaje. Pronto, mi juventud se negará a mirar hacia el pasado y ello, por supuesto, será aún más evidente en mis hermanas.

Poco a poco voy conociendo Santa Cruz: es una ciudad radiante, con una sonrisa afectuosa, silenciosa y sin un solo punto de petulancia provinciana. No posee edificios provocativos. Su única avenida, la Rambla, es amplia y arbolada, con muchas casas rodeadas por jardines. El resto de calles están construidas a la medida de los transeúntes, con tres plazas magníficas: la del General Weyler, la del Príncipe y la de la Candelaria. La primera es la más alejada del mar y, por el contrario, la más próxima a nuestra casa, y punto de partida de las *guaguas* hacia los pueblos

de la isla. Acostumbra a acoger tenderetes de comida y ropa, todo tiene un aire a la cercana Recova, a medio camino entre un zoco y un mercado, animado, inundado de luz, repleto de peces desconocidos para nosotros. Nunca el mar nos ha ofrecido tanto y tan fresco, de tanta calidad y tan barato como aquellos años en Santa Cruz. Mis padres no lo interpretan así, en especial mi madre: según ella todo es «gordote», sin gusto, bruto. Afirma que es casi imposible preparar una comida igual de sabrosa que aquellas a las que estamos acostumbrados. Incluso esto, sencillo de valorar, se lo pierden.

El rechazo de las pequeñas cosas forma parte de otro más profundo, de los lugares y de la gente, consecuencia del propio sentimiento de inferioridad del recién llegado. Mis padres reaccionan a la añoranza de una manera equivocada: para ellos, estamos en un lugar que tiene valores paisajísticos de carácter exótico, es decir, temporales. El resto: las personas, la comida, cualquier cosa de la que puedas hablar, no tiene nunca la misma calidad que en Cataluña. Estamos aquí, pues, para trabajar, y queremos quedarnos el menor tiempo posible. No se dan cuenta de que, después de cinco años de residencia, ellos dos ya no serán los mismos y, menos aún, sus hijos. Como tampoco lo será la Barcelona que han dejado atrás.

Cumplir con el trabajo e irse. Éste ha sido, desde que hemos llegado, el planteamiento. El habitual en una parte de los emigrantes, sobre todo en los de primera generación, si ya no son jóvenes. Surge la sobrevaloración sentimental de lo que dejan, a la vez que, para mantener esta falsa supremacía (si te has visto obligado a irte de casa a buscar otro sitio en el que vivir, ¿dónde está la superioridad?), se necesita el descrédito moral y material del lugar de destino. Cuantos más años pasen, más me demostrará la vida el error de mis padres. Esta tierra y esta gente nos han recibido con cordialidad, nos ganamos bien la vida, mejor que nunca antes en nuestra tierra. A mis padres los ciegan los prejuicios de un sentimentalismo pobre, muy común en Cataluña, que a menudo, para muchos, es un sustituto de la cultura. Que haya resultado tan duro para ellos encontrar trabajo en Cataluña no les servirá para no caer en el error de sacrificar nuestra vida en las islas, que es más real y sólida, por una ilusión, una fantasía que ya hemos dejado atrás y que, ni al volver a Barcelona, reencontrarán.

Pronto empiezo a percibir un sutil, pero importante cambio en mi relación con el entorno. Porque el entorno ha cambiado de forma brusca para mí, pasando a ser notoriamente favorable por vez primera. He llegado a un sitio en el que, lo que antes era dureza, ahora no lo es o lo es menos. Aquí se inicia el fin de la lucha por la supervivencia adolescente entre unos conocimientos que no servían para reconocer nada de lo que estaba esperando una estructura en mi espíritu. Olvidaré el instituto Ausiàs March, aquel instituto me despertaba siempre el instinto de huir al Turó Park o al cine, me olvidaré también de personajes como el profesor de Formación del Espíritu Nacional, así como de la ocultación de las faltas y de las notas. Se terminará la presencia constante de la religión, convertida en un obstáculo real, físico, lugares por donde se debía pasar, por donde se debía ir o que era necesario eludir. El frío. En el futuro, un verso de mi poema «Los muertos» se preguntará: «¿Por qué hace tanto frío en la posguerra?».

A medida que voy conociendo la isla, crece mi sentimiento de admiración ante la grandiosidad y el silencio modesto del paisaje. El mar siempre presente, muchas veces desde lugares altos, la gravedad del poderoso volcán, en el centro de todos los recorridos, los bosques de pinos de una

solemnidad y una pureza de alta montaña y, al mismo tiempo, tan cerca del mar. La fuerza del color violáceo de la costa rocosa, en armonía con el océano al que debe hacer frente. Los pueblos sin escombros amontonados, muros resquebrajados, los groseros estucados desconchados o las desastrosas paredes de ladrillo vista que alguien se ha ahorrado enlucir y pintar, tan comunes en Cataluña. El aspecto en general es de una dignidad que nunca llega a ser presuntuosa.

Más allá de la ciudad, los pueblos y el paisaje, también voy conociendo a las personas. Una de las cosas que me impacta enseguida es la poca gente que hay, vaya donde vaya. En Tenerife siento un descanso parecido al de la inmensa Dehesa de Girona. La soledad es fácil y cómoda. Natural y nunca peligrosa. Crispación y violencia no se valoran, la lejanía del mundo —de la Península ibérica, de Europa, de América— es evidente en el día a día del cielo, del mar, de los barcos. Y esto no inquieta, todo lo contrario. La curiosidad tranquila de los compañeros, el entorno humano más amable que he conocido hasta el momento y que —ahora ya lo puedo saber— conoceré nunca. La inteligencia no vuelve a nadie más áspero, difícil, duro. Humildad, pobreza material, no generan la tensión, solapada o explícita, a la que estoy acostumbrado. Mi mente se llena de significados a los que no sé dar nombre y que me procuran una alegría nueva.

Un día lejano tendré que hacer un esfuerzo para demostrarme a mí mismo que esta isla existió de verdad. Que todo esto es real, que no es fruto de la imaginación. Cuando se me manifiesten estos escrúpulos, dentro de muchos años, la isla habrá doblado su población y Santa Cruz será una conurbación que llegará hasta La Laguna.

Por fuerza me parecerá imposible que el sitio al que me estoy refiriendo esté todavía a cinco o seis días en los barcos de líneas regulares, cuando el avión era un medio de transporte muy poco frecuente. Un tiempo sin turismo ni teleféricos y en el que la mayoría de mis compañeros no había salido de la isla. No, no es una fantasía del recuerdo: fue una realidad fugaz, que tengo suerte de que haya sido mía. En cuestión de recuerdo y sensibilidad —incluso de inteligencia—, nadie es más realista que un poeta.

En Santa Cruz sigo siendo igual de reservado. Pendiente, del mismo modo, sin saber demasiado en qué consisten, de mis refugios interiores, enriquecidos por el acceso a la literatura, a la pintura y a la arquitectura ya desde Barcelona. Y por la poesía, que pronto estalla como una nueva y definitiva realidad. Ahora todo esto transcurre de repente a otro ritmo, porque el entorno, más afectuoso, requiere menos vigilancia por mi parte. Es un mundo menos peligroso, quizá el más digno que llegaré a conocer, aunque tardaré muchos años en percatarme. Y más aún a distinguir con claridad que se trata del regalo de una época que nunca regresará y no podré compartir con nadie.

En el nuevo instituto voy a clase, por primera vez, con chicas. Somos unos veinte alumnos, tres o cuatro peninsulares y el resto son isleños. Tienen procedencias sociales muy variadas, igual que sucedía en el Ausiàs March. Y a pesar de que he llegado tarde y no estuve, como la mayoría de ellos, el curso anterior en el mismo instituto, me he percatado al instante de su cordialidad curiosa por saber qué hace allí «el catalán». Para mí todo es natural, sencillo, sin ningún dramatismo en el encaje con el paisaje, la ciudad y las personas. Apenas el ramalazo de añoranza, en especial de los amigos del movimiento escultista con los que me he ido escribiendo desde mi llegada. La distancia pone de manifiesto pronto nuestras diferencias, principalmente en el plano intelectual,

que la edad había disimulado. Percibo que el mundo anterior, el de Barcelona, se ha vuelto irrecuperable. Las cartas de mis amigos revelan cómo la vida los tiene inmovilizados en un convencionalismo católico que me decepciona. Mientras estoy inmerso en mi descubrimiento de la isla, llega un sobre con un montón de papelitos mal escritos como respuesta a mis cartas en las que les explicaba libremente preocupaciones y sorpresas intelectuales. En la misiva que también hay dentro del sobre me cuentan que han tomado buena nota de lo que les he ido relatando. Me doy cuenta de que el nacionalcatolicismo catalán se diferencia del castellano únicamente en la forma —que no es poco—. Dicha carta continúa explicando que el padre Batlle está muy enfermo: tiene un cáncer de garganta que ya no le deja ni hablar y se comunica mediante papelitos escritos a vuelapluma, con un trazo nervioso, impaciente, terriblemente deformado. De modo que los papelitos que hay dentro del sobre son su respuesta a las preocupaciones que le han ido planteando mis amigos. Ellos le han leído, punto por punto, asustados, mi desafección, palpable en las cartas, y los ha contestado tirando de doctrina. En uno de los papelitos yo me lamentaba de que las acampadas se hubiesen convertido en un asunto de ratas de iglesia: «¡Leones de catedral!», y añade algo que soy incapaz de descifrar. La vieja respuesta jesuítica. He tenido la tristísima sensación de que el cáncer también se llevaba una parte de mi inocencia, que hay un montón de cosas que todavía debo aprender a mirar de frente. Por ejemplo, la falta de delicadeza y la cobardía de mostrar mis cartas a un tercero. En la idea de amistad se han abierto unos horizontes que para mí ya no son del todo luminosos, algunos llegan a ser incluso hostiles. Recordaré los papelitos de aquel sacerdote todo nervio, que morirá, creo, más aferrado a sus dogmas que a las esperanzas.

En Santa Cruz se rompe mi indiferencia ante los temas que me proponen en clase. En una de las asignaturas —Literatura—, don Pablo Pou, un profesor bajito y delgado, con autoridad y al mismo tiempo calidez, dos cualidades que mostraba también el señor Grimalt, en Rubí. Nos habla de Antonio Machado sin hacer apenas referencia a fechas, datos ni estilos. Nos lee poemas y los relaciona con la vida, la del poeta y la nuestra. Enseguida surge un grupo de cuatro o cinco alumnos para los que tiene que hacer horas extras. Leemos y releemos los poemas: Machado, a través de don Pablo, será la entrada a un lugar del que no volveré a salir nunca. Una revelación que también le deberé a la isla.

Paso muchas horas conversando en uno de los márgenes del Parque, unos jardines de unas dimensiones y planteamientos similares a los del Turó Park, pero sin vallas de ningún tipo, ni de día ni de noche: este detalle se me graba como una alegoría de los dos mundos. Aquí hay un minigolf que gestiona Justo desde una pequeña caseta de madera en la que sólo cabe él, que surge por detrás del ínfimo mostrador igual que un busto, calvo e impasible, con su bigote negro al estilo Pancho Villa. Siempre hay varios jugadores que van de agujero en agujero —quien completa los agujeros con más golpes es el que pierde la partida y tiene que pagarla— y los que no jugamos estamos atentos a la partida si está interesante o charlamos, divididos en grupos. Utilizamos dos bancos de piedra, pero todos nos sentamos en el respaldo y en los dos reposabrazos, con los pies en el asiento. Así acostumbramos a pasar muchas tardes con los amigos, unos del instituto, otros que ya trabajan. Es un club o un ateneo de la calle para chicos jóvenes, a pesar de que hay algunos que llegan a la treintena y, esporádicamente, incluso mayores.

Un espacio común de diálogo y de argumentación sería. Hablamos sobre cualquier tema con la condición implícita de que no debe llevarnos a organizar nada. Quiero decir que las pretensiones no existen: respiro una especie de sabiduría de la isla, basada en un sentimiento general de afecto mutuo. Las críticas nunca son feroces, enseguida se deslizan hacia las risas o hacia la socarronería. A pesar de lo cual, el sitio no goza de muy buena fama, porque aquí no se rechaza a nadie y es un lugar recogido dentro de una ciudad afectuosa de una isla tranquila. Por si acaso, yo no explico en mi casa las horas y horas que me paso allí conversando, bajo los árboles y las grandes flores, en un mundo que pronto se convertirá en mi isla del tesoro. Tanto en el curso Preuniversitario como en la Universidad de La Laguna, a la que asistiré al siguiente año, las clases son por la mañana. O sea, que tengo un montón de horas para, cumpliendo los mínimos obligados de estudio, pasear, observar y pensar, que continuarán siendo mis actividades preferidas hasta la plena juventud, cuando la conciencia moral estallará con violencia.

Tras el Parque, la ciudad despliega las calles y las casas más antiguas. La mayor parte de las ventanas son de guillotina, tan características de las regiones atlánticas, y se abren en fachadas planas, estucadas de rosa y de unos pacíficos azules y grises. Una de las cosas que nos ha sorprendido a mi familia y a mí es que las mujeres salen a la ventana, sobre todo por la tarde: se colocan un pequeño cojín —se diría que hecho expresamente para este uso— sobre el alféizar y pueden, así, apoyar los brazos. Ni que decir tiene que mi padre y mi madre ven en ello una evidencia de las pocas ganas de trabajar, mientras que, a mí, en cambio, el espectáculo me transmite dulzura y calma, con aires marítimos, que contrasta con Barcelona, la ciudad vejada y maltratada por la guerra y la posguerra, sarcástica, atemorizada y que trata, nerviosa y, a veces, ferozmente, de volver a ponerse de pie. Empiezo a beneficiarme de una felicidad que me admira y me desconcierta.

Me he enamorado de una compañera de clase. Continúo sin saber nada de las chicas y aún voy a seguir así durante muchos años. Ella es hija de un militar y quiere estudiar Medicina. Es la más guapa de la clase. A lo máximo que voy a llegar es a salir a dar una vuelta con ella —siempre acompañados por alguna amiga— por la plaza de la Candelaria, al lado del puerto, a la vista de los barcos que, de noche, tienen todas las luces encendidas. Cada domingo por la tarde, como en cualquier plaza de las ciudades de provincias españolas, los chicos y las chicas forman dos ruedas concéntricas girando en dirección contraria para poder verse de cara.

Un enamoramiento que se prolongará los dos o tres años siguientes, con poca actividad, digamos, hacia afuera. Ella se percata de mi intención, lógicamente, pero no parece que yo le importe demasiado, y la situación me resulta conveniente, porque no imagino en qué se podría traducir en mi cotidiana vida meditativa escuchar que ella me dijera: «Yo también te quiero». Este amor me espolea y no me obliga a nada. La explicación reside en que he comenzado a utilizar mi descubrimiento: los poemas de Antonio Machado no han tardado en encontrar una poderosa predisposición donde echar raíz. Mi enamoramiento no está dirigido a la chica sino al amor. Y esto me descubre una herramienta de expresión sentimental. Surge noche tras noche en la ventana de mi cuarto de la calle Manuel Verdugo, contemplando las luces de Santa Cruz. Pronto termino mi primer poema. Durante mi vida he llegado a escribir más de mil. Sin cesar jamás en el empeño. Publicaré unos setecientos: el único que me sé de memoria y que no recitaré nunca es aquel que

escribí mirando la ciudad.

El cambio más importante que esto provoca en mi vida cotidiana guarda relación con los espacios de soledad que he mantenido desde la infancia y que el segundo año en Girona ya se concretan como una necesidad personal. En Santa Cruz, estos espacios quedarán, para siempre, en propiedad de la poesía, lo que significa que las meditaciones con las manos vacías y paseando necesitarán a partir de ahora, también, de una pequeña libreta y un lugar recogido y a la vez rodeado por el bullicio de la vida. Mi capacidad de concentración es buena, y esta vida que me rodea no me estorbará nunca para escribir un poema, al menos hasta que ya sea viejo, gracias a lo cual iniciaré una relación con bares y cafés, donde terminaré escribiendo la mayor parte de mi obra.

No volveré a encontrar una ciudad con esta educación. La plaza de la Candelaria no tiene ningún edificio alto ni nuevo, hay numerosos establecimientos que se iluminan hasta muy tarde cuando duerme algún barco de pasajeros en el puerto. Presenta una leve bajada y se articula a través de la Alameda, bajo los árboles, con el muelle y el espigón que avanzan hacia el océano realizando un pequeño giro de manera que a lo largo del camino se va viendo el espectáculo de los barcos atracados. Las casas tienen las proporciones de la dignidad y el Casino impone su arquitectura con delicadeza y modestia. En ningún lugar de Santa Cruz son abruptos ni los gestos arquitectónicos ni el tráfico de vehículos, que es muy escaso, ni el de los transeúntes. En esta segunda mitad de los años cincuenta, los tres bares más característicos de Santa Cruz están en la Candelaria. En la parte de arriba hay dos, uno al lado del otro: el Cuatro Naciones y el Universal, centro de encuentro de los tinerfeños (*chicharreros*) ya de una cierta edad, muchos de ellos regresados de otra emigración, la de los isleños a América. En la parte de abajo de la plaza se abre la frondosa alameda, al puerto. Bajo los árboles están las mesas y las sillas del otro bar que, obviamente se llama Café de La Alameda, de una clientela más variada y, a menudo, relacionada con el puerto. Desde allí sentado se pueden ver, muy de cerca, el espigón y los barcos amarrados, llegando o zarpando majestuosos. Oyendo el rumor de la gente, sin que ésta comprometa mi intimidad. Empiezo a aprenderlo todo, otra vez, desde nuevos puntos de vista y con las esperanzas recién descubiertas de una alegría totalmente nueva.

Entrar en el espigón del puerto es continuar el paseo habitual porque, sin ningún obstáculo, es una prolongación natural de la plaza de la Candelaria y de la Alameda. Cuando llego, observo desde una altura superior a la del muelle el movimiento alrededor de los barcos atracados. Me gusta especialmente, con la brisa en la cara, contemplarlos cuando ya ha desembarcado el pasaje y todavía falta bastante para que vuelva a subir otro.

Al llegar a la punta del espigón, donde hay un pequeño faro, tengo al fondo, por el lado que da al mar, la presencia de Gran Canaria, cambiando constantemente de relieve y de colores. Y, por el lado que da a tierra, me sitúo frente al final de la ciudad y con la costa, que continúa hacia el norte, rocosa y escarpada, adentrándose de forma abrupta en el océano. No salgo de mi asombro ante la emoción que me causan las montañas de Anaga, azul oscuro y violáceas, con las que el sol juega a todas horas como si, a veces, intentara resaltarlas y, otras, en cambio, mitigar su dureza. Sé que me pasa algo nuevo. No sé qué es. Soy feliz. En pocas ocasiones en mi vida lo volveré a ser tanto.

En uno de sus viajes para visitar las obras, acompañó a mi padre a Fuerteventura: percibo que estoy pisando un trozo del Sáhara perdido en el mar. Siempre, al leer a Unamuno, recordaré, a la vez, su exilio y este viaje. Él vivió en el Hotel Fuerteventura de Puerto de Cabras, la capital de la isla. Faltan pocos años para que la sustitución de este nombre por el de Puerto del Rosario — como sucediera con el de La Cala por Ametlla de Mar o con el barrio Chino por Raval— marque el comienzo de un mundo de más apariencia y menos realidad, que se refleja en este triunfo de los eufemismos, que van borrando la historia. Porque nuestra historia es la historia de nuestras palabras. Pasaré una mañana en la isla, hasta que el avión nos devuelva otra vez a Tenerife. Hemos ido a comer a una fonda donde la pieza básica —además del comedor y de la cocina— es un único gran dormitorio en el que ese día no hay ningún huésped. Alargada, de unos cinco metros de ancho con dos hileras de camas encaradas, unas diez a cada lado, que dejan en el medio un pasillo escaso, lo justo para poder pasar. Cada cama tiene una colcha de un color diferente y al final del pasillo hay una habitación, la única privada. «La solemos utilizar para las noches de boda», nos cuenta la señora, que después ha ido leyendo los nombres de los barcos naufragados delante de aquella costa y de los que proceden las colchas. Los nombres están bordados en ellas, junto a dibujos de timones y barcos. Me he imaginado, en una noche de temporal, la escena de los huéspedes en las dos hileras de camas, tapados hasta el cuello, y los novios atravesando el pasillo hacia la habitación privada, bajo las oscuras miradas de todos ellos. La isla es una planicie de poca vegetación y un aeropuerto, del que todavía no disponen Lanzarote, la Gomera, Hierro, ni La Palma. Islas a las que se va en los *correillos*, pequeños barcos que mi padre conocía bien por sus visitas a las obras, ya un poco antiguos y que debían de hacer frente a todo tipo de vicisitudes: siempre era necesario llegar —al barco desde tierra o desde tierra al barco— en barca.

Mi regreso a Barcelona para estudiar Arquitectura se ha pospuesto: mi padre ha comprobado que tres asignaturas de los dos cursos de la Facultad de Matemáticas que tendré que hacer para ingresar en la Escuela de Arquitectura —Física, Química y Geología— pueden realizarse en la Universidad de La Laguna, lo que le permitirá comprobar si vale la pena gastarse el dinero en enviarme a estudiar una carrera larga y de las más difíciles. Un día comprenderé que son sus indecisiones y egoísmos —de hecho, su cobardía— los que me hacen perder el tiempo desde el punto de vista académico, ya que dedico todo un curso sólo a tres materias, precisamente las que ofrecen menos dificultad en Barcelona. Mi madre me explica que a ella ha intentado convencerla de que yo estudiase para aparejador (una carrera más breve y sencilla, de grado medio, sin ingreso, y que se puede cursar en Tenerife). Él, que al poco de vivir en Turó Park me había enviado a dibujar a la academia Baixas pensando ya en el hijo adolescente como futuro arquitecto, repite el esquema familiar de su juventud ejerciendo el papel que había representado su madre, que quería que él entrara a trabajar en un banco, mientras mi madre ahora realiza el papel de mi abuelo, que perseguía que su hijo hiciera una buena carrera. Con todo, saldré ganando un curso entero con poco trabajo y la isla inolvidable, que prolongará para mí, hasta el final de mi vida, la búsqueda de la conjunción de verdad, belleza y bondad que ya se insinuaban en *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

En octubre de 1955 inicio las clases en la Universidad de La Laguna. En el trayecto desde Santa Cruz —una pronunciada ascensión— hay campos, un par de pueblos y numerosas vistas del

mar. Las dos ciudades están unidas por una estrecha carretera que salva seiscientos metros de desnivel, de curva en curva, por donde cada día las *guaguas* transportan, juntos, a estudiantes y a *magos*, con paradas en La Cuesta y en Taco, en un trayecto de algo menos de una hora hasta la universidad, a las afueras de La Laguna. Es un edificio gris con pesados elementos clásicos, recto y muy alargado, situado en uno de los lados cortos de un descampado rectangular —cerrado por un muro de piedra, muy bajo—, lleno de barro y malas hierbas, con la misma solemnidad que si estuviese delante de un jardín francés.

La Laguna es la segunda ciudad de la isla y presume de tener más historia que Santa Cruz. Prácticamente no hay ninguna casa que no sea de época y de estilo colonial, construidas a partir del siglo XVI, todas muy armoniosas y sencillas. Silenciosa, con un leve indicio de ciudad universitaria y un campus que se reduce al barrizal que hay frente al edificio de la universidad. Además, pese a la poca distancia que hay desde allí a la ciudad, el clima, muy húmedo, lluvioso y con frecuente niebla, y que en invierno llega a ser hasta frío (al contrario que en la cercana Santa Cruz), acentúa la sensación de distancia de la universidad con el centro.

Al cursar únicamente tres asignaturas, no tengo que ir todos los días como mis compañeros, así que casi continuo, algo más solitario, con mi habitual vida en Santa Cruz. Siempre que puedo —y es a menudo, igual que sucedía en Girona— deambulo por la ciudad, solo, sin prisa, atento a los contrastes de colores y sonidos, de las distintas texturas del aire matizándose de calle en calle.

No llevábamos ni dos años en la calle Manuel Verdugo cuando, a mediados de mayo de 1956, nos trasladamos a uno de los mejores lugares de Santa Cruz: la plaza Príncipe, al piso más alto, a la planta octava de un edificio neoclásico proyectado por el arquitecto catalán Lluís Bonet Garí, cuya construcción ha dirigido mi padre. Un edificio más imponente todavía que aquel en el que vivíamos frente al Turó Park. Nuestro piso, con dos baños y la cocina *office*, se parece a aquellas casas que aparecían en las películas, y lo es incluso más al incorporar una espectacular nevera de esas que un día pertenecerán al *American way of life*. Aunque todavía nadie utiliza esa expresión. O, al menos, nosotros no.

Desde la ventana de mi cuarto, por la mañana, al mirar recto hacia adelante, la vista pasa justo por encima de los laureles de Indias de la plaza —con su follaje perenne— y continúa hacia los barcos atracados en el espigón y, aún más lejos, llega hasta la isla de Gran Canaria, que ocupa con autoridad el horizonte. Está a unos sesenta kilómetros, sólida, con gran sensación de proximidad. Si bajo la mirada, me topo con la plaza bajo los árboles, un considerable espacio umbrío y en calma. Y el templete, quizá con algunos niños valiéndose de él para sus juegos, y a su alrededor la tierra de sablón que llega hasta la amplia acera donde, enfrente mismo de mi casa, aparcada, la guagua con algunos pasajeros ya sentados, está esperando, siempre sin prisa, el momento de salir. Mientras, el cobrador y el conductor están apoyados en el mostrador de mármol del kiosco de bebidas que, por el altavoz, arroja al aire sin estridencia la canción de moda de estos veranos: «Maringá, Maringá, / después que tú partiste, / todo el pueblo quedó triste / porque amaba tu bondad...». Es el único sonido de un ambiente poco ruidoso y donde el rumor pacífico de la ciudad queda amortiguado por los árboles altos y frondosos.

Por la noche surge el templete iluminado, en mitad de la plaza, con los músicos sentados y, delante de ellos —en dirección a nuestra casa—, las sillas de tijera, alineadas en filas que ocupan

los espectadores, aunque también hay gente de pie. De pronto arranca la música mientras, por encima, la luna preside la intimidad, el respeto y la esperanza que siento en esta casa de la plaza Príncipe, donde mi abuela sólo vivirá un mes porque, acompañada de mi madre, regresará con mi tío Lluís. La suya sí que habrá sido una añoranza razonable: ¿qué sentido podía tener para ella acabar tan lejos de lo que siempre había sido su casa?

Verano de 1956. Manuel Muñoz Monasterio, uno de los arquitectos del estadio del Real Madrid —Chamartín— que se había inaugurado hacía nueve años, está de visita en Tenerife. Mi padre, que lo conoce, ha querido que se lleve un recuerdo importante de la visita y ha organizado, con la ayuda de un constructor de confianza, una subida al cráter del Teide, a la que se sumarán también dos nuevos amigos de Vic que he conocido en la Universidad de La Laguna. De noche aún, los cinco llegamos en coche a Las Cañadas, la vertiente sur del volcán, una impresionante y desolada planicie de lava. Allí nos esperan el constructor y el guía con las monturas. Que el futuro traerá un teleférico para realizar esta misma ascensión que nos disponemos a empezar e, incluso, la prohibición de llevarse de recuerdo alguna de las piedras que cubren este sitio, densas, negras y relucientes, es algo que ni siquiera alcanzamos a imaginar. No me doy cuenta de que voy a ser uno de los últimos privilegiados que verán este sitio virgen aún. Y me quedará una piedra que no se puede coger con una sola mano y que permanecerá cerca de mí en todas las casas que habitaré en mi vida. Y, con ella, este paisaje.

Desde Las Cañadas hemos iniciado el ascenso mientras clarea. Llevamos sombreros de paja y todos van en mula, menos yo, pues me ha tocado ir en el único caballo. Es más ágil que las mulas y enseguida toma la delantera. Así, al cabo de un par de horas, llego a la cima con cierta ventaja. Ya nos han advertido que los últimos cien metros se deben hacer a pie para evitar que los animales se lastimen las patas con los puñales de lava. Desmonto, pues, y emprendo la subida del último tramo entusiasmado y corriendo, y la falta de oxígeno provoca que llegue extenuado al cráter, de tierra caliente, humaredas y ruidos profundos. El día es de una transparencia extraordinaria, y estoy solo frente al horizonte más amplio que veré jamás. Tengo ante mí La Palma, la Gomera y Hierro, las tres islas occidentales. Me enfrento a un aspecto de la belleza hasta ahora desconocido para mí. Por muchos bosques, acampadas y riscales que haya frecuentado en mi adolescencia, lo que estoy saboreando en este momento es un paisaje que se sobrepondrá siempre a cualquier espectáculo natural que pueda contemplar. Pasando a formar parte de lo más profundo de mí.

Cuando llegue septiembre me iré a Barcelona a estudiar Arquitectura. Habré vivido cinco meses en el piso de plaza Príncipe. Este tiempo tan breve coincidirá con el punto álgido de la melodía de nuestra familia. Naturalmente, esta afirmación tardará muchos años en poder hacerla. Los lugares y las situaciones maravillosas lo son, también, porque uno no es consciente de ello mientras se viven. Mis dos hermanas son dos chiquillas bien adaptadas a esta isla amable, de colores vivos y graves, pacífica y sentimental. Mi madre nunca había podido respirar como aquí, sin matarse trabajando y sin problemas económicos, y además vive los dos primeros años en las islas Canarias con la satisfacción de saber que el despacho profesional de mi padre funciona gracias a su capacidad organizativa. Y él, por su parte, con una actividad como arquitecto que hasta entonces siempre le había sido negada, frenada o menospreciada, viaja por las islas con los

emocionantes *correillos*, construyendo en todas partes, siendo bien recibido y viendo cómo le piden que aplique en una ciudad como Las Palmas aquel urbanismo que pacientemente había estudiado y sobre el que había reflexionado, a pesar de haber interesado a muy poca gente en Cataluña. Y, como broche, nuestra familia no había pasado tanto tiempo seguido viviendo junta en una casa tan bonita y en el mejor sitio de una ciudad bellísima.

Mi padre ha comprado un libro que pasará a ser fundamental para mí. Está publicado por la Editorial Sudamericana, en la que —junto con la editorial Losada— leeré muchas de las obras modernas importantes que no se imprimen en España, que son la mayoría. Se trata de *La importancia de vivir*, de Lin Yutang, un autor clave entre la cultura china y la occidental. Candidato al Nobel en diversas ocasiones, me desplegó el mundo de la poesía y de la filosofía china diez años antes de aquella ola de estupidez occidental que incluirá cantantes, estrellas de cine y espabilados gurús indios que ofrecerán redimir ignorancias por la vía rápida a través de la «filosofía oriental». Y esto ya no tendrá fin.

En cambio, mi padre llega demasiado tarde, y la vida no perdona ningún tipo de retraso, especialmente si son culturales o intelectuales. Una escasa formación literaria y filosófica le conducirán a encallar en culturas exóticas que no entenderá y a las que acudirá en buena parte como consecuencia de su viejo complejo de inferioridad. Siempre buscará atajos para sobrepasar con astucia las desventajas. Me pregunto si no intentaba trasladar ese impulso que lo obligaba a vestir con elegancia a un territorio del que nunca llegará a dominar las reglas. Su ejemplo me hará ser más descuidado en el vestir pero más escrupuloso en la cultura. Conservando también —a veces, de viejo, todavía los notaré— los despropósitos de la lucha de clases que a mí me llegarán desde aquella pensión para dependientes de comercio de la calle del Carme donde tienen su origen todas estas turbulencias.

Continúo fascinado por los poemas, la persona y la vida de Antonio Machado. Y acabo de hacer otro hallazgo todavía más importante: estoy leyendo a Pablo Neruda, y lo hago con una pasión que va a marcarme, para bien y para mal, durante los próximos veinte años.

La isla ha sido un final y un principio. El último tiempo de riqueza primigenia. Y haber descubierto a estos poetas significa que ha empezado para mí una madurez que un día intentará salvar la parte de aquella inocencia original que se haya conservado. Quiero decir la poesía, que no sé si resulta de mucha o poca ayuda para soportar el dolor y las carencias. Pero no hay nada más y, si esto es triste, mucho más triste es la intemperie sin los versos. Por este motivo, cincuenta años más tarde, escribiré: «La poesía es hoy / la última Casa de Misericordia».

## Final de la inocencia

Se acaba mi tiempo en Tenerife. Los cinco cursos que ahora me esperan los pasaré en Barcelona, en el Colegio Mayor San Jorge, una residencia universitaria SEU —Sindicato Español Universitario—, también a pocos metros del Turó Park: será un retorno a nuestro antiguo barrio a pesar de que ahora todo el tiempo vivido en la calle Mestre Pérez Cabrero resulta, para mí, después de mi paso por Tenerife, inexplicablemente remoto.

En la residencia nos alojamos cincuenta chicos de edades que van de los dieciocho a los veinticinco años junto a un grupo menor que llega hasta los treinta: las carreras de difícil ingreso alargan la vida estudiantil y, luego, claro, están los «hijos de papá» que no tienen ninguna prisa. Las habitaciones son individuales o dobles. Hay algunas camarillas que ya llevan tiempo en la residencia, estructuradas a menudo por su lugar de procedencia: los vascos, los canarios, los mallorquines, los valencianos, toda la esfera de influencia de la Universidad de Barcelona.

Mi vida tendrá por primera vez un componente social, a pesar de que yo me esfuerce en mantener la misma soledad de siempre. Muy pronto me organizo en dos líneas de investigación personal que avanzarán en paralelo con dos relaciones de amistad que conservaré hasta la muerte o hasta la senectud: mi amigo de escritura y mi amigo de lectura. Será fundamental la afinidad y amistad que enseguida brota con José Antonio González Haba, el entrañable personaje cuyas iniciales darán título a un poema de *Se pierde la señal*: «J. A. G. H.». Procedente de Trujillo, provincia de Cáceres, su padre es un terrateniente fundamentalista católico con diez hijos, que mete estampitas religiosas en el sobre cuando escribe al director de la residencia para tratar cualquier cuestión vinculada con José Antonio. Poéticamente creceremos juntos y nuestro cuartel general será el Café de la Ópera, en la Rambla, después de cenar.

La experiencia de la lectura la emprendo en compañía de otro nuevo amigo, Roberto Cruz. Ya nos conocíamos, porque los dos hicimos el curso preuniversitario en el instituto de Santa Cruz, pero no habíamos tenido ningún tipo de interés el uno por el otro hasta encontrarnos aquí, lejos de la isla, donde comenzaremos la exploración de la gran literatura. José Antonio no era un lector entregado ni apasionado. Su fijación por la poesía es de tan alto voltaje que con un puñado de clásicos castellanos y de la generación del 27 ya tiene más que de sobra para que no se le apague la caldera. Sabe lo que busca y no se desvía jamás. En cambio, yo necesito de esas exploraciones que, a Roberto y a mí, van a absorbernos. Él es hijo de un campesino de la isla de Hierro

emigrado a Cuba y a Estados Unidos que en su madurez regresa para instalarse en Santa Cruz. Juntos asaltamos todos los ámbitos que podemos de la literatura. Vivo periodos en los que mis horas libres están ocupadas totalmente por la lectura. Me paso noches enteras leyendo en la cama. Y todo viene desencadenado por un librito que ya para siempre estará en mi biblioteca, aunque no volveré a leerlo nunca más —el miedo a la decepción—. El librito en cuestión es de André Gide: *Así sea o La suerte está echada*. Aunque la verdadera inundación llega con los rusos del siglo XIX —Dostoievski, Tolstói, Chéjov, Gógol, Turguénev, Andréiev— y con Maiakovski. De este último ahora leo, sin darme cuenta, el poema que veinte años más tarde me mostrará con nitidez el camino que debe seguir mi propia voz. Se titula «Camarada Nette, hombre y barco» y pertenece a un libro publicado por la Editorial Sudamericana. Después le tocará el turno a Shakespeare, a Proust, a Kafka, a Pasternak. Del siglo XX francés ahondaré en Gide y en otros como Sartre, Camus, Beauvoir, Martin du Gard, Malraux. A los que hay que sumar a los poetas españoles del 98 y del 27: Juan Ramón, Unamuno, Antonio Machado, Cernuda, García Lorca, Neruda, Alberti. Y, aquí me diferenciaré de mi amigo Roberto, los filósofos taoístas Lao Tse, Lie Tse y Chuang Tse, junto a los poetas Li Po, Tu Fu, Su Tung Po, la maravillosa *Primera antología de poesía china* de la misteriosa Marcela de Juan. El bautismo de fuego. Sin erudición de ningún tipo como guía, sólo la pura necesidad orientada por el conocimiento previo —cada día mayor— de lo que ya se ha leído.

Roberto y yo entablamos amistad con dos estudiantes argelinos recién llegados al colegio mayor: Rachid Boujedra y El Hadi. Conversamos y salimos de excursión, en especial a la Costa Brava, lo bastante virgen aún como para maravillarnos a los cuatro. Ellos, además, tienen la sensación de que tras el horizonte está su patria. Pertenecen al FLN, el Front de Libération Nationale, la organización que conduce la lucha armada contra el ejército francés para la liberación de Argelia. La política exterior del general Franco daba respaldo al mundo árabe, como prueba el hecho de que el Ministerio de Educación acogiera a aquellos dos militantes, se hiciera cargo de sus cursos en la Universidad de Barcelona y los alojase en el colegio mayor.

Hablamos de literatura, de política y, naturalmente, de la guerra que se está librando en su país. Nos cuentan que la mayor parte de pelotones armados del Front de Libération Nationale entran en Argelia a través de Marruecos y que, para evitarlo, los franceses han dispuesto a lo largo de la frontera una extensa cerca metálica electrificada. Su método para sortear ese obstáculo consiste en que cada pelotón lleva un burro, que lanzan contra la valla, lo que provoca un cortocircuito que les permite cortar el alambre y entrar antes de que el ejército francés haga acto de presencia. No olvidaré nunca mi respuesta en tono de broma: «¡Acabaréis con todos los burros de Marruecos!». A lo que Rachid, sin reír, me contestó: «Cuando no hay burro, el más viejo se tira contra la alambrada». Desde entonces, entiendo las implicaciones de la palabra «independencia». Rachid, tras la guerra de liberación, acabará viviendo en París y será un notable novelista en lengua francesa.

Las mañanas de mis dos primeros años las paso dibujando en la academia Rossell, más amplia, luminosa y moderna que la vieja academia Baixas. También intento seguir las clases de análisis matemáticos —terrible—, de geometría analítica —aún— y de geografía métrica —una pesadilla—. Pronto busco amparo en las clases del profesor Carles Congost, un maestro

excelente, de una capacidad didáctica y una modestia ejemplares: da clases particulares por las tardes, haciéndonos inteligible lo que nos explican las vacas sagradas. Parece que los catedráticos hablen en ruso. Resulta tan importante para mí el análisis o la geometría que aprendo con el señor Congost cómo descifrar qué misterio esconde el hecho de que un docente —amparándose en su posición y en palabras grandilocuentes del tipo «cátedra»— convierta sus explicaciones en algo abstruso, mientras otra persona, con toda la modestia del mundo, lo pueda hacer de forma accesible. Éste es uno de los fundamentos que me llevarán, pronto, a penetrar en los significados ocultos del lenguaje, otra forma de pensar cómo debe ser la propia voz en un poema.

Ésta habrá sido una experiencia importante: aprendo que cuando uno no es capaz de explicar algo es porque no lo conoce en profundidad. Lo cual sirve para cualquier profesor y, también, para reflexionar sobre que toda solución consistente en presentar una obra de arte o literaria que nadie entiende —algo usual en las vanguardias— no tiene más valor que el propio misterio, que a menudo es parecido a la ignorancia.

Voy con frecuencia al Museu d'Art Modern, en el parque de la Ciutadella —donde, como soy estudiante, tengo acceso gratuito—. Es un regreso que para la formación poética y sentimental será muy valioso. Me gusta el parque en invierno, muchas veces con neblina, casi vacío, quizá algún jardinero regando un parterre. Esta imagen de un hombre con una manguera regando la calle (la Rambla a primera hora de la mañana, al desembarcar llegando de Canarias) es una de las imágenes más tranquilizadoras de la ciudad. Atravesar, pues, el parque una mañana de invierno, entrar en el edificio, que también suele estar vacío, y quedarme allí unas horas frente a los Picasso, los Urgell, los Casas... será otro de los actos que contribuirán a mi propio conocimiento. Siempre me recordaré sentado, con una libreta de notas y algún libro de poemas o unos apuntes de matemáticas en la pequeña sala Nonell, mi lugar favorito, durante horas, viendo cruzar a veces por el pasillo del fondo a un conserje silencioso y viejo, porque los conserjes solían ser funcionarios que se habían hecho mayores en otros puestos de trabajo. Mi generación probablemente fue la última que pudo disfrutar del placer de ir a un museo importante y no encontrar a nadie. Su valor, para mi juventud, es el mismo que tuvo la Dehesa otoñal durante mi infancia: el encuentro misterioso con algo grande y sin nombre. Aún necesitaré más tiempo para plantearlo en términos de relación con la verdad. Éste será, para mí, un lugar habitual de refugio durante años, solo, nunca iré con José Antonio ni con Roberto. Y seguiré yendo hasta que un día, lejano aún, ocupe el edificio del Parlament y los cuadros se trasladen a Montjuïc, a lo que, más pomposamente, se llamará Museu d'Art Nacional de Catalunya.

## La segunda isla

Mi familia se trasladará a Las Palmas y abandonará para siempre el piso de plaza Príncipe. Algunas de mis vacaciones iré a visitarlos. Es como si en mi casa no quisieran perder la costumbre de dejar atrás lugares y pedazos de nuestras vidas.

Las Palmas es una ciudad de las dimensiones de Santa Cruz, pero diferente: son dos barrios unidos por el resto de la ciudad, que es larga, muy larga y estrecha, de un grosor de pocas calles. En un extremo está el Puerto de la Luz. En el otro, lejos del mar, el casco antiguo: Vegueta. Este barrio señorial y silencioso, el más noble e importante, está construido alrededor de la gran plaza del Ayuntamiento. Y, a diferencia del barrio viejo de Santa Cruz, no tiene connotaciones de pobreza: todas las casas de Vegueta son de un estilo colonial, con las espléndidas y complejas galerías cerradas de madera. Las Palmas ha crecido uniendo sus dos bordes originariamente separados con unas pocas calles, alargadas, animadas por dos hileras de *guaguas*: unas que van y otras que vienen. Con la particularidad de que tienen diferentes formas, dimensiones, colores, estados de conservación, tipos de asientos... Los usuarios esperamos en las paradas, donde escogemos la que más nos gusta. Nadie tiene prisa.

Nos hemos ido a vivir al extremo del Puerto, cerca de la Playa Chica, a un barrio humilde de casitas de una sola planta y azotea. La modestia queda patente al ver una cabra en todas las azoteas. La nuestra es una casa barata, de las pocas de tres pisos, pero sin cabra. Roza esa miseria que en los arrabales de cualquier ciudad sustituirá la modestia anterior, propia aún de agricultores o pescadores. Un poco como, en Santa Cruz, el piso de la calle Manuel Verdugo. Resulta chocante, porque mi padre no ha abandonado el cargo que tenía en el Ministerio de Vivienda y, aquí en Las Palmas, también es el único arquitecto municipal. La razón es obvia: la ilusión de aventura ha desaparecido. Se trata de trabajar cuanto se pueda y gastar lo mínimo para regresar lo antes posible a Barcelona. Ni paisajes, ni amistades. Mis padres han decidido volver. No dejarán ningún tipo de relación sentimental en Las Palmas.

Este vivir para trabajar, sin mostrar afecto hacia el entorno, no quedará impune. Los sentimientos entre ellos dos ya hace mucho que se habían puesto a prueba, desde que cayó abruptamente la ilusión de la juventud entre las angustias, primero, de los tres años de guerra y, a continuación, del miedo y dificultades económicas de toda índole, a las que añadían la imposibilidad de vivir juntos durante la larga posguerra. Los sufrimientos extremos pueden unir o

separar, pero nunca son neutrales. Y Las Canarias representan una aventura que no supieron aprovechar. Les ha faltado finura sentimental y cultural, esa cultura que no depende de la erudición ni de los conocimientos, sino de la comprensión del mundo. Hay un proceso de alejamiento entre ellos. Y vuelven a equivocarse al pensar que la causa fundamental reside en estar tan lejos de casa, de Barcelona, y que si regresan todo se arreglará. Viven, por tanto, medio ocultos en su piso, sin más relaciones que las relaciones laborales de mi padre. Mi madre se va amargando: no trabaja y está al margen de los asuntos económicos, más allá de los puramente domésticos, en los que, además, mi padre no se lo pone fácil y ella tiene que ganarse a pulso desde el alquiler del piso hasta la asignación que me envían. La miseria avanza cuanto mejor les va la economía. Cada mes, junto al dinero, me llega una carta de mi madre donde, minuciosamente, relata las preocupaciones, los esfuerzos y los engaños de los que se ha tenido que valer para que mi padre le diera aquella determinada cantidad para que ella pudiera enviármela. Me provoca tanta angustia que suelo tardar una semana en abrir los sobres.

Con cada viaje a Las Palmas tengo la impresión de que entro en una etapa diferente, una etapa de pérdida que evoluciona en dos direcciones. La primera, me alejo irremediamente de mis dos hermanas, en especial de la pequeña, con la que me llevo once años. La diferencia de siete con la mayor, Esther, ha permitido que tuviéramos tiempo, desde Girona, de irnos forjando una relación más estrecha, quizá de defensa mutua frente a las carencias y los distanciamientos que hemos vivido en casa. La segunda es la de vivir un último momento de complicidad con mi padre en la Playa Chica. Él entra en el agua empuñando un tenedor —siempre la miseria: no un arpón o un tridente, sino el tenedor del cajón de la cocina en peor estado—, no sé a la expectativa de qué pesca. Una fugaz recuperación, una pálida sombra de aquellos viejos domingos en Barcelona.

Aquí aún me espera un descubrimiento distinto, comparable al de Antonio Machado, que mantiene mi contacto con la zona de la inocencia y de los tesoros: mientras contemplo las cabras de las azoteas frente a mi casa, se produce mi descubrimiento de la música clásica, a un nivel profundo y para siempre. Una música que no había escuchado, de la que ni siquiera se había hablado en casa. Sin previo aviso, mi padre ha comprado un tocadiscos —los llamamos *pick-up*—, uno de los mejores que ha encontrado en las tiendas de este puerto franco, que viene dentro de un gran mueble que, además, tiene sitio para guardar los vinilos, una potente radio y cinta magnetofónica. De madera oscura, noble y barnizada: una joya. Ha comprado algunos discos y en casa suena, de pronto, el *Concierto para piano* de Schumann, y los *Conciertos para piano y violín* de Tchaikovsky.

No tardo en entender la escalada de complejidad que acaba en la música clásica, después de pasar por la prosa y la poesía: la prosa es el mundo por excelencia, el más vasto y lleno de significados. Cualquier palabra desconocida se puede buscar en un diccionario y, en cambio, éste no sirve de ayuda en el caso de un poema. En el poema, a pesar de que el significado se mantiene —*caballo* aún quiere decir caballo—, tiene una carga de significados remotos que vienen de las otras palabras, y es como si lleváramos al límite la posibilidad de relación con este significado. Si estirásemos más de la cuerda, desaparecería el significado y estaríamos en un territorio como el de la música pero sin sus sonidos. En este traspaso, la música gana un mundo y pierde otro, el de los significados. Realizar esta operación con las formas plásticas y estirar de la cuerda desde

un Rembrandt a un Van Gogh sería un paralelismo de lo que he denominado forzar los significados por parte de la poesía. Estirar más —la abstracción— es invadir el territorio de una música sin sonidos, el puro misterio, la nada. Es un recurso que cuenta con el miedo, la vergüenza o la mala conciencia del lector o del espectador para hacerle creer que esta aridez del misterio tiene algún valor. Es muy sencillo: ese poeta o artista está tratando de explicar lo que no sabe. El peligroso concepto del profeta, por boca del cual habla *otro*. O *algo*.

Esto me servirá para entender en profundidad las vanguardias sin caer en el error de creer que eliminar el significado puede convertir la pintura y la poesía en una nueva música sin sonido. Letras formando palabras sin significado, palabras construyendo frases sin sentido, grafismos o manchas de color sin correspondencia con nada existente. La pérdida de significado que para la música representa el enriquecimiento de entrar en un nuevo mundo de infinitas posibilidades, para la palabra o para la imagen supone un brusco, irremediable, empobrecimiento: pasar, como máximo, del arte a la decoración o al panfleto.

Todo este mundo musical que ya no me abandonará nunca adquiere su primera plenitud aquí, en la calle con cabras en las azoteas, durante un mes de vacaciones.

## Cimientos profundos

Pasaré todavía dos veranos enteros en Tenerife, aunque, esta vez, para realizar el servicio militar en lo que se llamaba *milicias universitarias*: dos etapas de tres meses en campamentos distribuidos por España. De la primera se salía con el rango de sargento y, de la segunda, de alférez. Mi condición de residente en Las Canarias me daba derecho a cumplir los dos veranos en el campamento de Los Rodeos, cerca del aeropuerto de Tenerife. Es un lugar fresco, húmedo, como toda la zona de La Laguna, de un paisaje agradable. A los arquitectos e ingenieros nos agrupan en una compañía —somos unos treinta— de ingenieros zapadores. Nuestro día transcurre haciendo instrucción, clases de rudimentos de ingeniería militar —que imparte un capitán educado y serio— y prácticas montando y desmontando un puente provisional. Dormimos en grandes pabellones con literas dobles.

Después de despertarse con el toque de diana, el campamento entero —unos quinientos jóvenes— forma en el patio de armas, un espacio vacío rodeado de los pabellones en el que se hace la instrucción, arriba y abajo en formación y marcando el paso, y se celebran los actos «solemnes»: conmemoraciones militares o religiosas. Con la puesta de sol se repite la ceremonia antes de retirarnos a los barracones. La última es de una gran belleza: el toque en sí —de oración— ya tiene un valor musical, acentuado por la inminencia del crepúsculo y por las notas largas y lentas de la solitaria corneta. Enaltecido, porque se ha autorizado que el toque se refuerce cada anochecer con la voz de uno de los chicos —magnífica— que canta el conocido «El adiós del soldado». Entre los dos consiguen que se me graben en el cerebro unos cuantos versos de la canción: «Adiós, adiós, lucero de mis noches..., / se ve vagar la misteriosa sombra / que se detiene al pie de una ventana / y murmurar: *No llores, ángel mío, / que volveré mañana*».

Almorzamos y cenamos todos juntos en unos grandes cobertizos con mesas dispuestas en largas hileras. La comida no es gran cosa y a veces la complementamos en la pequeña cantina, en cuyo mostrador nos amontonamos para pedir, principalmente, un huevo frito con pan. Me impresiona la única persona que los hace, uno tras otro, en la grasienta plancha siempre al fuego. Un hombre bajito y robusto, en mangas de camisa, que no utiliza ningún tipo de espátula, pala o tenedor, tan sólo sus propias manos desnudas, con las que recoge el huevo acabado de hacer de la plancha metálica y lo pone en el plato, que después te alarga a través de la barra, las mismas manos con las que luego te cobra. Mientras espero mi turno, no aparto nunca los ojos de ellas, que

deben de tener las palmas endurecidas, y que son ágiles y expertas.

A veces no me puedo ir a dormir porque estoy de guardia, lo que significa que una parte de la noche la paso en una de las garitas dispuestas a lo largo de los límites entre los terrenos militares y los bosques y campos de cultivo. Es algo imponente cuando me toca el turno de madrugada, con la luna llena y los *magos* que, no muy lejos de donde yo me encuentro con el fusil, aprovechan la frescura de la noche para la recolección de los sembrados adyacentes al campamento. Hablan entre ellos y cantan, mientras yo los escucho, fascinado, en mi silencio y distingo perfectamente las sombras en medio del trigo, recortadas por la luz de la luna.

Con mi familia en Las Palmas y, por tanto, sin el piso de la plaza Príncipe, los fines de semana que tengo permiso me alojo en el Hotel Pino de Oro: una cómoda casa colonial propiedad de unos ingleses, construida con mucha madera, en medio de un gran jardín. Un lugar noble, sin pretensiones, callado, discreto, amable y de una considerable belleza. Siempre parece que soy el único huésped. No me muevo en todo el fin de semana, porque cuando salgo a la calle debo llevar el uniforme. Aquí, tranquilo, después de pasar por el baño, fresco y vestido de civil, escribo, leo, a veces converso con la encantadora pareja de propietarios o paseo por el jardín.

En otoño de 1959 inicio mi último curso en el colegio mayor: un grupo de estudiantes de la universidad está organizando un acto al que quieren invitar a algunos escritores que viven en Madrid, y me he ofrecido a ir allí y contactar con ellos. Es la primera vez que viajo a esta ciudad. La Navidad está próxima. El trayecto en tren dura un día entero y voy en un compartimento de tercera clase junto a una familia de campesinos andaluces al completo, de aquellos trasplantados a las fábricas o a las obras de Barcelona. Son buena gente. Cordial, ruidosa, contentos de regresar al pueblo. Una afectuosa compañía que me ayuda a pasar aquellas largas horas. También viaja con nosotros otro personaje, un hombre joven y serio que rechaza de forma educada, pero no sin cierto punto de menosprecio, los ofrecimientos de comida y bebida de nuestros vecinos y que se acurruca ostensiblemente aparte, con su pipa, en un rincón del compartimento. Al enterarse de que soy estudiante tiene conmigo la deferencia que le niega a los otros y, a ratos, de pie en el pasillo y contemplando el paisaje, me cuenta que va a Zaragoza en tren, «no porque no tenga coche» (nunca olvidaré la construcción de esta frase), sino porque tenía que escribir una serie de reportajes rurales bajando por el Ebro y quería hacer el recorrido en una moto que alquilaría al llegar. La insistencia en aquello del coche y en que era escritor lo identifica como un tipo de personaje de la pequeña burguesía catalana —pequeña en todo— lleno de pretensiones y cobardías que quizá explique algo sobre ciertos rasgos y defectos de mi patria. Nos reencontraremos, al cabo de los años, cuando él ya será un escritor y periodista distinguido, incapaz, eso sí, de reconocer en mí a aquel estudiante que, en el pasillo de un tren, se percató de sus miserias. No sabemos nunca qué ojos nos están mirando.

De los escritores de Madrid yo había leído a los poetas Jesús López Pacheco y Gabriel Celaya. Éste es más consistente, no tardaré en escuchar sus versos cantados por Paco Ibáñez. En cuanto al primero, en realidad es traductor y no contará demasiado como poeta. Llego a la ciudad de noche, cansado, busco una pensión en una de las calles próximas a la Gran Vía. A la mañana siguiente visito a Alfonso Sastre, que me habla de una obra que está acabando mientras nos trae café Genoveva Forest, cuya turbadora belleza no me permite atender las explicaciones. Él sigue

relatándome su obra u opinando sobre política durante dos horas en las que yo no puedo dejar de prestarle atención a ella. Quizá colabore el hecho de que ya estoy al límite de mis necesidades sexuales: cuando llega la noche me voy a la cama con una mujer por vez primera. Pagando, evidentemente, y baratito. Estaba haciendo la calle no muy lejos de la pensión. Me lleva por aquel barrio desierto hasta un piso en el que alquilan habitaciones por horas; un eufemismo, porque no creo que tardásemos más de treinta minutos. Le explico la situación y ella, sin complicarlo demasiado, me lava los genitales con un punto de eficacia maternal. Hacemos lo que hemos ido a hacer y nos vestimos. No hay ni una sola sonrisa. El retorno a las calles vacías es un alivio.

A la mañana siguiente me encuentro con el afectuoso recibimiento, mucho más campechano y nada presuntuoso, de Gabriel Celaya, uno de los poetas más leídos de aquellos años, junto a Blas de Otero. Me atienden él y su compañera, Amparo Gastón —«A Amparitxu» dedica él sus libros—, en su piso pequeño y abarrotado de libros. No se jactan ni se vanaglorian de lo personal, sino que me preguntan, mucho, sobre la universidad. Me siento como en casa. Me he llevado un libro suyo para leer durante el viaje, pero no me atrevo a romper la calidez de la entrevista pidiéndole una dedicatoria.

Y, por último, aquella tarde, en un piso de un barrio residencial alejado del centro, visito a Jesús López Pacheco, que ahora debe de estar trabajando —yo no lo sabré hasta más tarde, cuando se publiquen— en sus traducciones de Yevtushenko, que para mí serán las mejores tanto en castellano como en catalán. La sorpresa es mayúscula cuando me abre la puerta una doncella ataviada con el clásico uniforme, de película, vestido y medias negras, delantal y cofia blancos, que me dice: «El señor lo está esperando». No llego ni a sentarme. Él tiene prisa y yo he perdido el poco interés que tenía. Después de lo cual, aquella misma noche cojo el tren nocturno para llegar a la mañana siguiente a Barcelona, donde me encuentro con que nuestro acto cultural se ha suspendido por problemas con la censura. Nunca más volveré a ver a aquellos escritores.

Mi padre comienza su nueva vida profesional en Barcelona. En las islas Canarias se ha ganado el difícil respeto profesional de una tierra que no es la suya. Esto le ha permitido, además, poder dejar definitivamente atrás todas las miserias económicas que parecían imposibles de superar en Rubí, Girona y la Barcelona del Turó Park. Asumió el riesgo de partir sin saber muy bien adónde se dirigía, aunque ahora no había sido capaz de hacer frente al vértigo de la decisión de quedarse en las islas, que le habría permitido escapar no ya la pobreza económica, sino también, y sobre todo, de la moral, sirviéndose de un prestigio, adquirido por méritos propios, que en Barcelona no alcanzará nunca.

El viaje de vuelta de mi hermana Esther es todo un símbolo de la incongruencia de este regreso. Tiene quince años y se ha visto obligada a prolongar su estancia hasta final de curso, unos meses a pensión completa en el colegio de monjas para preparar y examinarse de la reválida, el examen que uno debía hacer al terminar el cuarto curso de bachillerato. Y, por tanto, regresa sola en un barco de línea regular. Cuando seamos viejos me explicará, todavía conmovida, su tristeza al separarse el barco del muelle del Puerto de la Luz, dejando atrás lo que para ella habían representado unos años luminosos de infancia y adolescencia. «Busqué un lugar en cubierta en el que no hubiese mucha gente y me puse a cantar, flojito, casi para mí misma: *Adiós, Canarias querida, / me voy a tierras extrañas...* mientras se me caían las lágrimas.»

Mi padre, en Barcelona —¡por fin tiene trabajo en su ciudad!—, ha comprado un piso grande y soleado en la calle Pintor Fortuny, cerca de la Rambla, y entra en la oficina del Ministerio como funcionario trasladado para instalarse en una *mediocritas* muy poco *aurea*. De dirigir las dos provincias de las islas y ser el único arquitecto de Las Palmas pasa a ocupar un puesto de subalterno, compartiendo un pequeño despacho sin luz natural con un aparejador. Tiene algún encargo, pero a diferencia de lo que sucedía en las Canarias, esto no es imputable a sus virtudes o talentos como arquitecto sino al aliciente burocrático y económico que para los empresarios significa contratar a alguien perteneciente al organismo que gestiona las ayudas del Ministerio de la Vivienda. Es una buena época en lo económico para los arquitectos municipales, que llegan a pensar —años más tarde yo mismo seré testimonio de afirmaciones aberrantes como esta— que ellos son los mejores de entre los arquitectos porque también son los que conocen mejor las ordenanzas municipales y por esta razón son los que tienen más trabajo. La Administración franquista, lejos ya de las urgencias de posguerra de Figueres y Girona, echará a perder a mi padre, que tiene poco más de cincuenta años. Cae en un cinismo a través del cual busca un atajo en el hinduismo: menosprecia mucho de lo que desconoce y culpa al mundo de sus problemas. Intenta utilizarme como delineante, instala para mí un tablero de dibujo en casa, me da trabajos vulgares, aburridos, y pretende que me pase las tardes trabajando para ahorrarse los costes de un auténtico despacho. Y lo disfraza de presunto aprendizaje, sin serlo para nada, porque lo que me obliga a realizar me hunde aún más en mis propios problemas. No es a delinear lo que debo aprender. Mi padre, al que adeudo unas pocas y sólidas iniciaciones culturales, se está convirtiendo en un ser amargado que practica conmigo no ya un intento de enseñarme el oficio, sino un intento de explotación, mientras las relaciones entre mi madre y él —que se ha reincorporado como maestra a la escuela pública que hay delante de nuestra casa— son cada día peores y las escenas se suceden.

También ha estallado la crisis de la poesía. Convencido de que será siempre el centro de mi vida, el estudiante que ahora soy cree que debo asegurarme la subsistencia no ya ejerciendo de arquitecto, sino algún oficio relacionado con las letras. Lo trato como una exigencia, una cuestión de fidelidad. Aquel septiembre de 1961, después del primer campamento militar de verano en Los Rodeos, en lugar de asistir a mi segundo curso de la carrera, decido abandonar Arquitectura y busco y encuentro trabajo en la editorial Plaza. Debo redactar la parte científica de un diccionario enciclopédico. «Redactar» significa copiar lo que se dice de cada palabra en un par o tres de diccionarios ya existentes —uno de los cuales es el Larousse— para terminar confeccionando una nueva definición. Así me extravió, lejos de la arquitectura, a la que he dedicado tantos años, y con serias dificultades en la relación con mi familia.

Por fortuna, el imperativo de tomar algunas decisiones personales me lleva a reaccionar y descubrir un par de verdades personales que pronto me centrarán definitivamente. La primera es que la poesía no es un oficio. Los oficios tienen una característica muy diferente de la actividad artística o literaria: quien se dedica a ellos en cuerpo y alma tiene garantizado ser mejor con el paso del tiempo. Un poeta, en cambio, puede llevar cuarenta años escribiendo y ser tan mal poeta como al principio. O peor. Y, la segunda, su exclusividad. Mucho más de lo que yo había creído hasta entonces. Y no en el sentido más aparente y, por tanto, irrelevante. Sino de forma íntima.

Exige no compartir el territorio —ese espacio en el que todo debe estar destinado a la elaboración de un buen poema— con nadie. Una exigencia que no esconde relación alguna con mi decisión del todo superficial de colgar la carrera. Porque *la poesía no es la vida*: esta identificación es la mayor falsedad inventada por el Romanticismo. Leo la conferencia de Stefan Zweig sobre Rilke, que defiende con un idealismo exacerbado dicha elucubración, aplicándola al caso del autor de *Las elegías de Duino* —un poeta que conozco bien— y se me cae la venda que me cubría los ojos. La poesía sólo puede surgir de la propia vida del poeta: nunca la podré buscar, como sí puede hacer un novelista, en vidas al margen. Así que *necesito una vida*. Y pronto me pongo a analizar desde esta nueva mirada el mundo de la arquitectura, que es el que tengo más a mano y del que ya he recorrido un largo trecho.

Un análisis que se verá profundamente influenciado por un acontecimiento trágico en la riera de Rubí. Yo recordaba de los cinco a los siete años cómo, por el lado de Terrassa, el pueblo quedaba recortado por la riera y, sobre todo, la impresión que me causaba atravesar el tramo más próximo a la estación, que discurre por el fondo de una angostura con viejas historias de muerte. Pues bien, la noche del 25 de septiembre de 1962, con una parte importante del lecho de la riera ocupado por la autoconstrucción incontrolada provocada por la avalancha inmigratoria que, desde toda España, no ha dejado de llegar a Cataluña durante la posguerra, baja en plena noche y en mitad de un chaparrón torrencial, un alud de agua y barro que se va agrandando con los restos de la misma destrucción a lo largo de su recorrido. Arrastra para siempre a entre seiscientas y mil personas. Mi tío Lluís se pasa la noche entera sacando a las personas que puede del agua, aunque algunas se le resbalan de las manos y se las lleva la corriente inflada y ruidosa. Yo me paso la noche sentado, solo, dentro del coche, viendo cómo cae el feroz aguacero y escuchando en directo por la radio, paso a paso, el drama. Hago de chófer a mi padre, que todavía no sabe conducir, y estoy aparcado frente al Hotel Avenida Palace, donde se ha establecido el cuartel general de emergencia y donde él permanecerá reunido toda la noche con los distintos servicios técnicos.

Vivir de cerca este drama colectivo me lleva a percibir que una parte fundamental del mundo de la arquitectura es el de la seguridad de los edificios, una toma de conciencia que me empuja hacia el cálculo de estructuras. Intuyo que es una especialidad que, indirectamente, me proporcionará unas herramientas poderosas en el aprendizaje de un rigor que ya valoro en los poemas de los grandes poetas que leo y estudio. Empiezo a decidir que yo no iba a ser alguien que se dedicara a «las letras», como se decía por entonces. Para mí, la poesía no era de letras ni de ciencias. Y, en consecuencia, no necesito ni me conviene leer tantos ensayos, tantos textos de teoría literaria, ni conocer tantos libros como los que conocería si me hubiese dedicado a una de aquellas actividades investigadoras o profesoras que respeto y admiro. Para mí sería imprescindible adquirir un buen nivel en cálculo y en la construcción de edificios. Porque mi poesía necesitaba más esta formación matemática y lógica en la que se basa la seguridad de nuestras casas —de nuestras vidas— que un exceso de información literaria. Tomar esta decisión es ya una cuestión de estrategia poética.

Aquel invierno empieza a existir la persona que ya seré para siempre: un poeta y un especialista en cálculo de estructuras. Dos mundos propios que se respetarán y encontrarán formas, basadas en dicho respeto, de ayudarse hasta incluso llegar a confundirse. Paso horas y

horas por los cafés al lado de mi casa —el Moka, el Café de la Ópera, el Baviera...— estudiando resistencia de materiales y estabilidad, unos nombres que mi instinto de poeta ya pronuncia sintiéndolos muy próximos a los versos. Sólo voy a clase si es imprescindible y me examino con excelentes calificaciones en las asignaturas de cálculo. Los dos años siguientes a la tragedia serán mis últimos en la Escuela de Arquitectura, sin dudas y con un interés definido, sin fisuras y creciendo yo mismo a través de unos estudios científicos que ya convivirán para siempre de una forma noble y limpia con la poesía. Me habrá salvado tener el suficiente sentido común como para que no me destruyera ni el hecho de confundirla con la vida ni el hecho de confundirla con un oficio, como les estaba sucediendo, según mi opinión, a algunos poetas sociales de la generación del 50.

## Últimos barcos

Los dos lugares donde mi vida se ha desarrollado en estos años, Barcelona y las islas Canarias, comparten un elemento que los une: el medio de transporte en el que tantas veces he salvado la distancia por mar que los separa. Los barcos de pasajeros y los barcos mercantes siempre han existido de una forma o de otra, aunque no me doy cuenta de que pertenezco a la última generación que los utiliza con regularidad para trayectos largos. Hay una serie de aspectos personales que no existirían en mis poemas si no fuera por aquellos viajes. Porque no habría entendido como entiendo ni *Los hijos del capitán Grant* ni *La isla del tesoro*. Ni tampoco a Baudelaire. A lo que debe añadirse que, sin éstas y otras lecturas, los viajes entre Tenerife y Barcelona no serían para mí un sitio «desde donde amar de nuevo».

Mi historia personal con los barcos empieza una mañana de septiembre de 1956, cuando me voy a estudiar arquitectura. Estoy en el puerto de Santa Cruz, en aquel espigón de mis paseos y meditaciones, y me embarco en el *Ciudad de Cádiz*, que está a punto de zarpar hacia Barcelona, vía Las Palmas y Cádiz, con unas horas de escala en cada uno de dichos puertos. Es una partida fastuosa, emotiva, simbólica. La familia, en el muelle, agitando las manos, los paseantes mirando con curiosidad desde detrás o por encima —como yo había hecho en tantas ocasiones—. Los pasajeros, agarrados a la barandilla de cubierta, respondiendo con particular emoción a los que se quedan, mientras el barco recoge con parsimonia las amarras y suena la sirena. La columna de humo se eleva desde la alta chimenea y el barco va separándose del muelle en dirección a la bocana y al mar abierto. Por fin unos y otros estamos lo bastante alejados como para dar por terminada la ceremonia. En el barco, cada uno prepara su personal adaptación a lo que será su inevitable domicilio durante los siguientes seis días —o, en el caso de los mercantes, nunca menos de diez—. La Cordillera y la Punta de Anaga, impresionantes una vez más, pero esta vez desde una perspectiva nueva, más desnuda, me despiden de un mundo que me ha acogido, ayudado y respetado. La tierra que más me ha querido.

Viviré en Barcelona casi cinco años, aunque regresaré a Canarias durante las vacaciones. Con la imagen mental de un mapa, decimos que *bajamos* a las islas Canarias: en La Laguna había un *magó* a quien los estudiantes hicimos creer que el barco tardaba más en hacer el recorrido inverso porque le costaba más la subida.

Los años que paso solo, en Barcelona, irán alejando mi percepción —entre maternal y sensual

— de una isla que, poco a poco, se irá convirtiendo en pasado. Es el final de una época que empezó en Sanaüja y con la Guerra Civil. Los viajes, siempre en barco, acabarán de construir la profunda relación con el mar que aquel chico de la Segarra había iniciado en Port de la Selva. Intentaré siempre encontrar un pasaje en aquellos barcos mercantes, a pesar de lo difícil que resultaba, dado el reducido número de plazas de que disponían: permiten ir en una amplia cabina individual de cubierta, aireada, con una cama metálica con cabezal y una mesa, todo anclado firmemente en el suelo. A través de los ojos de buey puede verse el mar, así como las cajas de plátanos apiladas en la cubierta que dejan, por el peso, la línea de flotación muy por debajo de la única hilera de ventanas de las cabinas inferiores. Los ocho o diez pasajeros comemos con los oficiales. Son los escasos ratos en el que estamos juntos, conversando: el resto del tiempo lo pasamos —o al menos así lo hago yo— en solitario, ya sea en la cabina o caminado por los espacios que han quedado libres de cajas de plátanos entre las cubiertas y los puentes.

En los barcos de línea regular el viaje se hace más pesado porque los alojamientos de tercera clase se hallan en lo más profundo de la popa (el lugar de más movimiento) y tienen seis literas, tres bloques de dos con el correspondiente par de orinales debajo de cada una. Cuando hay mal tiempo el espectáculo es muchas veces repugnante. El olor de los pisos más hundidos no ayuda a la sensación de salubridad. En cambio, el comedor también está en popa, pero a nivel de cubierta, y siempre será una imagen afectuosa recordar los almuerzos en mesas de seis o siete personas y con el familiar camarero bizco —ya de una cierta edad, cordial y bromista, con la chaqueta blanca siempre sucia por los cuellos y los puños— que llega con los platos de sopa.

La compensación que ofrece el barco de línea regular es que las cubiertas son más grandes y están libres de obstáculos, a pesar de que la mejor de ellas, la de primera clase, con su propio bar, es inaccesible para los otros pasajeros. Pero el mar está al alcance: tanto las olas cercanas, amplias y majestuosas, como las mansas y verdes o las espumeantes, siempre alrededor de aquel buque de hierro blanco, en una planicie que se extiende verde, gris o azul —más lisa y reluciente cuanto más lejos— hasta el horizonte. A menudo me siento en la madera de cubierta, justo en la popa, donde casi nunca hay nadie, apoyado contra la pared exterior del comedor de tercera y de espaldas a la marcha, contemplando la inacabable estela de espuma blanquecina que el barco deja tras de sí, que sobrevuelan con frecuencia unas cuantas gaviotas.

A lo largo de los cinco, seis o diez días que dura el viaje, una espléndida sensación de soledad no deja de acompañarme en ningún momento. Es más intensa en los mercantes, donde resulta difícil encontrar a alguien paseando o contemplando el mar al aire libre. En todos los barcos, tanto la tripulación como el pasaje tienden a buscar lugares a cubierto —la tripulación descansa en su zona durante las horas libres, el pasaje en el comedor o en la cabina, en los mercantes, o en las salas y bares, en los de línea— donde matan las horas charlando, jugando a las cartas o leyendo.

Así paso las horas entre la tranquilidad exterior, cuando el tiempo lo permite, y la lujosa intimidad de los camarotes si viajo en un barco mercante. Gracias a los recursos que progresivamente venía descubriendo desde Girona, las sensaciones o los sentimientos que me despiertan estas travesías alcanzan el punto más álgido de consuelo. Es muy costoso encontrar alguna forma de fealdad si no es en los camarotes profundos y abarrotados de los pasajes de los

barcos de línea. Coincide, primero, el lugar y el entorno. Percibo cómo la belleza me acompaña, de proa a popa, por entre los pasillos, puentes, cubiertas de sólidas planchas metálicas pintadas de blanco dentro de un gran barco de hierro que se limita a cumplir lo esencial del transporte con el esplendor del mar a su alrededor. El mar no es nunca el mismo en función de la hora del día. Y cambia también de una jornada a otra, dependiendo de la luz que le envía la enorme y transparente cúpula del cielo. Cada noche antes de que amanezca, procuro enfrentarme a tanta maravilla abriendo simplemente la puerta de la cabina en los mercantes o subiendo desde la oscuridad de la bodega de tercera clase en los barcos de línea— para no perderme el espectáculo de las estrellas y, apenas un segundo después de las primeras señales, del alba en el vasto horizonte sobre el agua.

El uso de la soledad como un refugio se refuerza en estas travesías de larga duración. Todo viaje —a veces incluso un recorrido corto en un transporte urbano— siempre ofrece una tregua entre lo que hemos dejado al salir y lo que nos espera al llegar. Este efecto, es evidente, crece de forma proporcional a la duración del trayecto. Pero el verdadero efecto multiplicador, en mi caso, se debe al alto nivel de belleza, unido a la escritura de los primeros poemas (o quién sabe si provocándola). En la calle Manuel Verdugo, en Santa Cruz, ya había escrito uno, sin más pretensión que intentar liberarme de un amor inmaduro. Lo que comienza en el viaje en el *Ciudad de Cádiz* es ya —con tan poca habilidad y conocimientos como se quiera— lo mismo que todavía está ahora en mi mente cuando me dispongo a escribir un poema. Un mundo tan lejano por la dificultad como el de la poesía de pronto se acerca y siento enseguida que me está cambiando la vida. Sé que será imparable, que nadie me lo podrá arrebatar, que ya nunca van a parar de abrirse y cerrarse puertas en mi interior.

Las etapas de la vida no se pueden separar con un corte limpio, sino que, durante un cierto tiempo, una penetra en la otra. Más, incluso, de lo que nosotros mismos imaginamos. Por ello, los tesoros primigenios que suele dejar la infancia continúan apareciendo y a veces lo hacen hasta la primera juventud. Pero enseguida se enturbian y se pierden dentro del vasto mundo de nuestra propia existencia.

Reencontrar algún resto de ellos será la misión del poeta. Una búsqueda que comparte la épica de los buscadores de oro en las aventuras del Oeste americano que tanto me gustaban de niño. En la poderosa complejidad del existir, como el insecto en una telaraña, van quedado atrapados estos residuos preciosos que serán casi inencontrables entre todo lo que atañe a la intimidad.

Los iba dejando para mí aquel niño que avanzaba por la hojarasca, debajo de los grandes plátanos en la Dehesa, cuando aún ni sabía de la existencia de la literatura. Un niño que salió de la Guerra Civil con poco más de lo que llevaba puesto y no se podía arriesgar a buscar la salvación fuera de la realidad. Ya sentía el peligro si seguía esta dirección. Más tarde, le llegó el turno a aquel adolescente del entusiasmo y del miedo en los suburbios de Santa Coloma. Y todavía generó sus misteriosas maravillas el joven que esperaba la salida del sol en la popa de un gran barco de línea.

Acabo mi relato consciente de que al final de la vida hay una etapa muy diferente de las que se iniciaron en el punto donde ahora dejo el personaje. Me refiero a la senectud, la etapa que cierra el otro extremo. Igual de nítida que estas primeras, pero con una característica: después de que haya pasado, ya no estaré para explicarla. Con seguridad, por tanto, aquí se acaba esta narración.

Lo hago con esa alegría que a veces llamamos belleza. O *poesía*. Es la que el niño cimentaba sin saberlo en las duras circunstancias de aquellos años. A su manera, se ganó la paz. Para tener casa, hay que ganar la guerra.

Sant Just Desvern, Forès, Colera  
(4 de mayo de 2014 – 23 de abril de 2018)

## Agradecimientos

En primer lugar, a Mariona, por la inteligencia paciente con la que ha realizado todas las lecturas que he necesitado.

A Josep M. Rodríguez, por permitirme contar con su fuerza de poeta amigo.

A Mònica Margarit, por su tajante y negativa lectura inicial.

A Jordi Gracia, por su tajante y positiva lectura inicial.

A Esther Margarit, compartiendo su tristeza en la despedida de nuestras islas.

A Carles Margarit, por sus bondadosos sarcasmos.

A Izaskun Arretxe, por haberme empujado a escribir este libro.

*Para tener casa hay que ganar la guerra*  
Joan Margarit

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Per tenir casa cal guanyar la guerra*

Del diseño de la colección, Austral / Área Editorial del Grupo Planeta  
De la ilustración de cubierta, archivo del autor

© Joan Margarit, 2018  
© de la traducción, Josep M. Rodríguez

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19674-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

JOAN  
MARGARIT

PARA  
TENER  
CASA  
HAY QUE  
GANAR  
LA GUERRA



AUSTRAL